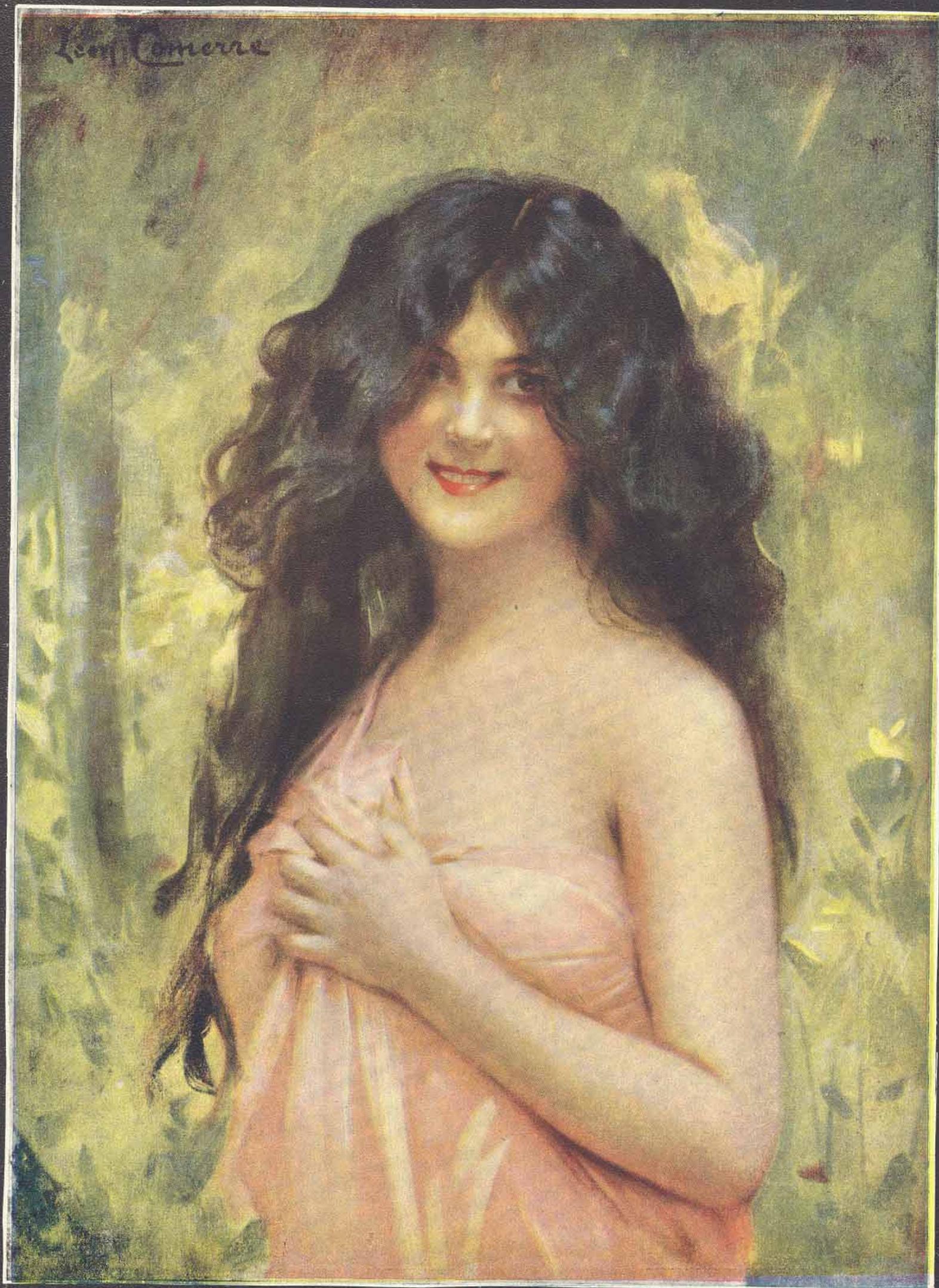


CHILE MAGAZINE



JULIO 1921

Publicado por la Empresa ZIG-ZAG

Precio: \$ 1.50

LA PASTA



ESMALTINA

ES
INSUPERABLE

BOR
COS
QUE

LOS DIENTES
DAN LA SALUD



NOVEDADES PARA PRIMAVERA

NUEVOS MODELOS EN

TRAJES SASTRE, VESTIDOS Y BATAS, CAPAS Y ABRIGOS, ETC.

PARA SEÑORAS, JOVENES Y NIÑAS

MODELOS Y CREACIONES DE ULTIMA MODA — GRAN VARIEDAD
EN GUSTOSOS Y ELEGANTES COLORES

TENEMOS GRAN EXISTENCIA DE ARTICULOS RECIEN LLEGADOS DE EUROPA QUE CONS-
TITUYEN LO MEJOR EN CLASE Y ELEGANCIA HASTA HOY
|| || DIA, A PRECIOS MUY CONVENIENTES

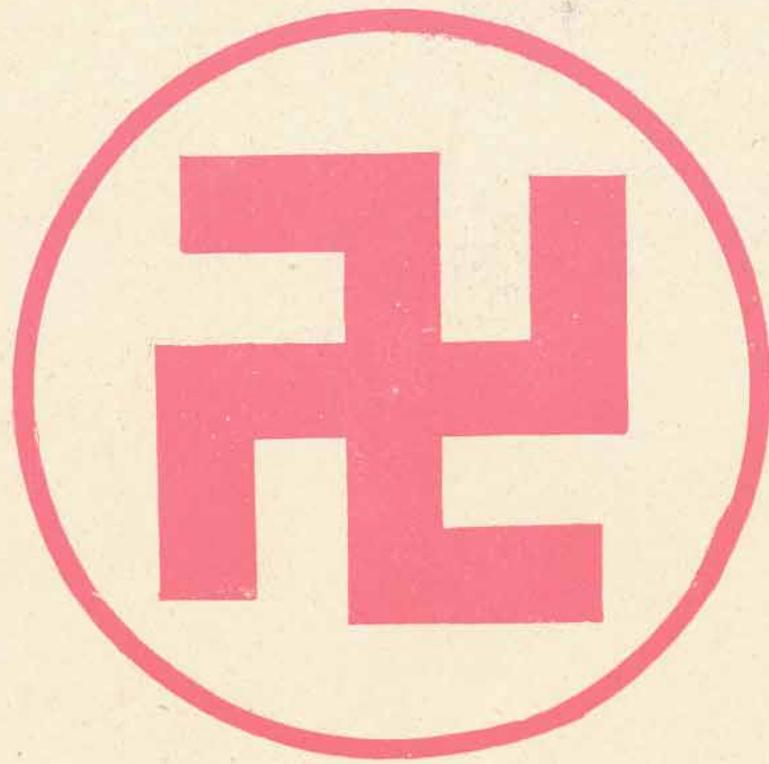
ALEXANDER J. LATTO

Sucesor de Riddell y Cía.

151-ESMERALDA-151 - CASILLA 1242

VALPARAISO

GASOLINA ENERGINA



Marca

Registrada

PARAFINA ALBA

IMPORTADAS Y VENDIDAS POR LA

Anglo Mexican Petroleum Co. Ltd.

CASA PRINCIPAL EN CHILE:

PRAT 77 - CASILLA 304 - TELEFONO INGLES 2356

VALPARAISO

SUCURSALES EN CHILE:

ANTOFAGASTA
WASHINGTON, 214
Casilla 873



SANTIAGO
HUEFANOS, 1153
Casilla 11-D



CONCEPCION
RENGO, 529
Casilla 951



EL PAPEL

Y aquí mi epístola concluye.
Hay una ansia de tiempo que de mi pluma fluye
a veces, como hay veces de enorme economía.
RUBEN DARÍO.

Los papeles de escribir para todos los usos, necesitan reunir cualidades que se escapan a la simple vista. Con nuestros papeles el cliente está garantido, porque nuestro departamento de análisis determina sus cualidades antes de ofrecerlo al público.

Sociedad Imprenta y Litografía
UNIVERSO

VALPARAISO: Calle Prat, Núm. 52

SANTIAGO: Agustinas, Núm. 1250

CHILE MAGAZINE

La Revista para todos

ARQUITECTURA, ESCULTURA, PINTURA,
MUSICA, SPORTS, INTERIORES, ETC.

AÑO I.



NUM. 1

Santiago de Chile, Julio 1921

NOTAS EDITORIALES

SUELE ser una nueva revista que se entrega al público una nueva promesa y una nueva orientación: ¡tanto queda por sembrar y tanto por decir en tiempos como los que corren, cuando todos los valores están proyectados en una perspectiva infinita de renovación constante!

Siempre nuestro público ha correspondido con creces al éxito de las nuevas publicaciones nacionales que respondían a un esfuerzo interesante de cultura y de acción: son innumerables las que hemos visto nacer, deslumbrar el horizonte de nuestra vida, y perderse luego en una sucesiva decadencia, que es como el lento acomodo a la muerte inevitable.

Más que la revista de simple orden literario o artístico, y más que el cuaderno hebdomadario de especializaciones deportivas o industriales, el arquetipo de la publicación de espíritu modernísimo, de tendencia cosmopolita y de acción educativa, es sin duda el Magazine, que los hombres de Yankilandia han exaltado hasta una perfección envidiable. Caben en él todas las medidas de la inteligencia, del esfuerzo y de la acción colectiva, en una suma de las actividades y del esfuerzo: junto al cuento de inspiración poética, encontramos el pugilismo erigido en escuela; y cerca de la reseña sobre la escuela al aire libre, la alta información trazada por el hábil reportero. Concreción de todas las aspiraciones y de todas las direcciones, el magazine sólo quiere encarnar un eco de toda actividad individual y de todo impulso colectivo: nada tiene de la revista estática, de la publicación helada, en la que el fruto de la erudición colma páginas y páginas. En caluroso dinamismo busca y quiere expresar todos los aspectos de la vida en ejercicio, del movimiento creador y de cuanto lleve a mejorar y a educar. Un país nuevo tiene siempre en acción penetradora, proyectadas hacia el futuro, todas las mejores energías de su raza, y cada día que transcurre es para sus actividades el de un nuevo aprendizaje. Todo lo que tienda a una aspiración, todo lo que busque un impulso creador, le convendrá y será a manera del estimulante para sus energías latentes.

Es así como "CHILE MAGAZINE" quiere y tratará de ser una reseña de las actividades nacionales, poniendo en juego el ejercicio de las mejores inteligencias y el interés de las más diestras actividades. Mirará al pasado para cimentar en él sus aspiraciones de porvenir. Querrá ser, en la hora actual, un eco de todas las energías que luchan por el mejoramiento social, físico y cultural. Su objetivo y su pluma irán desde el taller modesto del obrero humilde hasta el gabinete donde el sabio trabaja, desde el libre campo donde el rústico farmer enriquece la tierra, hasta el semi círculo donde el piloto traza la elegante parábola de su vuelo; desde el hogar tranquilo donde el varón de otros días repasa los viejos recuerdos, hasta la sala blanca de la clínica en la que el alumno interroga en el cuerpo vivo los secretos de la muerte; desde el camino por donde se desliza, en vuelo casi aligero, la máquina elegante, hasta el rincón de la biblioteca donde el escritor repasa el libro recién entregado a la estampa; desde la casa opulenta, que guarda preciados tesoros en sus galerías, hasta el modesto asilo en que la caridad enreda los sutiles hilos para enjugar las lágrimas anónimas. Escritores, artistas, industriales, deportistas, trabajadores, todos cuantos contribuyan con la chispa de una idea o de un esfuerzo en los progresos de un pueblo, irán a encontrar en las páginas de la revista una huella de su actividad y de su esfuerzo.

Nada quiere prometer "CHILE MAGAZINE", que no haya rigurosamente de cumplir: por eso carece de programa y de bandera. Su propósito es demasiado simple para caber en un programa y demasiado solicitado por todas las contingencias inesperadas para tener la pretenciosa aspiración de un propósito formal. Número a número sus páginas irán trazando su mejor programa y el público podrá deducir de su contenido la más elocuente promesa.

Sólo quiere la dirección de la revista expresar, con calurosa simpatía, el interés que la nueva publicación ha encontrado

en todos los círculos de la actividad nacional. Su esfuerzo inicial ha tenido una insospechada correspondencia en todo el país y ya, antes de nacer a la vida "CHILE MAGAZINE", llegaban hasta su sala de trabajo palabras de aliento y esperanzadas voces de entusiasmo. Las más eficaces ayudas, las colaboraciones de las firmas más reputadas, los ecos más interesantes de toda la vida nacional, estarán en ella dando impulso a su vida y calor de renovación a sus aspiraciones.

Y como ya lo advertíamos, no hay esfuerzo fecundo que no ahinque en su tradición, como el más firme árbol es el que hunde más hondo sus raíces en la entraña de la tierra, "CHILE MAGAZINE" reanuda para sus lectores una serie de interesantes conversaciones, viajes de medio siglo hacia el pasado, hechos por acreditada pluma, con los hombres más eminentes del país, que han tenido una larca vida pública. El interés que, hace algún tiempo, encontraron estas conversaciones en el público del país, han movido a la dirección de la revista a mantenerlas como una nota periódica del más alto interés nacional.

Todas las más recientes actividades del deporte moderno, que comienza con las actividades elegantes, renovadoras de los buenos días de la gracia helénica, y se desenvuelve en la arena del amplio estadio; el gusto por cuanto desarrolle y contribuya a mejorar la cultura física, el ejercicio noble del automóvil y del juego; el fomento de cuanto concorra a difundir el gusto por la vida al aire libre y sea para el pueblo una distracción y una escuela de energía, encontrarán una atención preferente en las páginas de "CHILE MAGAZINE".

Más que una promesa, este primer número quiere ser un anuncio de lo que la revista irá realizando con la cooperación cotidiana del público y de sus colaboradores. Nada, por lo demás, cabe prometer que no haya de realizar en la medida de todas las posibilidades próximas y futuras.

RECUERDOS DE MEDIO SIGLO

DON JOAQUÍN WALKER MARTÍNEZ



RIUNFA la gloria del más hermoso Otoño entre los arbolados, en los jardines, sobre los viñedos lejanos, que se extienden como manchas de un intenso amarillo. Comienzan a quedar desnudas

las ramas de los más corpulentos árboles; pero aquí, en el parque sombrío, los pinos mantienen la obscura pincelada de verde renegrido, que hace contraste violento con los amarillos incendiados de los álamos, de los olmos y de las trepadoras, que se arrastran junto a los muros.

El espectáculo matinal que ofrece en Nufía la otoñada, en los hermosos días abrilinos, reclama el pincel de un artista, que logre recoger la emoción de estas horas únicas, en que la vibración de la luz convierte el paisaje en una égloga.

Recogida a la sombra del viejo parque, la amplia casona antigua nos recuerda esas residencias campesinas de nuestras haciendas, en las cuales el aspecto exterior no parece justificar la holgura y comodidades de que se puede disfrutar en su interior. Las salas son amplias, bañadas de luz, de aspecto sencillo, sin adornos. El cuarto de trabajo del dueño de casa es una pieza que respira absoluta sobriedad: sus muros están desnudos y a ellos se arriman modestos anaqueles, colmados de libros, folletos y papeles en desorden: hay allí publicaciones oficiales, volúmenes de graves obras históricas, tomos de sesiones de las Cámaras, libros sobre problemas internacionales, entre cuyos autores apuntan nombres familiares.

Abandonamos un instante la sala de trabajo para llegar hasta el jardín, a través de cuyos senderos avanza el señor Walker Martínez, llevando de la mano a un nietecito. De pronto el pequenín se resiste a seguir caminando, vuelve la cabeceita rubia, y el abuelo dobla su cuerpo corpulento, lo toma entre los brazos y lo levanta en el aire. En un impulso de afectuosa intimidad. El chico ríe y el abuelo se muestra complacido.

Así le sorprendemos, en la fresca mañana, bajo el plácido follaje de su jardín. A pesar de sus años y de la albura de su barba, su rostro denuncia una salud inquebrantable y el calor de una inteligencia juvenilmente inextinguible.

Henos aquí ante su mesa de trabajo, en el interior de la sala silenciosa. Papeles, folletos, carillas en blanco, todo un agradable desorden que denuncia la cotidiana labor interrumpida.

En pocos días más los fríos le obligarán a regresar a la ciudad, dejando el plácido retiro de sus árboles y de sus campos. Aprovechamos su descanso y sus vacaciones para conversar con él sobre su vida.

Con solícita ternura despidе al nietezuelo y se dirige a nosotros. Rueda la charla, mientras don Joaquín se pasea por la sala. Su voz es firme, su expresión franca, su palabra acentuada por hondas y seguras convicciones. Pensamos en un temperamento apasionado, en una energía de esas que tienen

Por
ARMANDO DONOSO

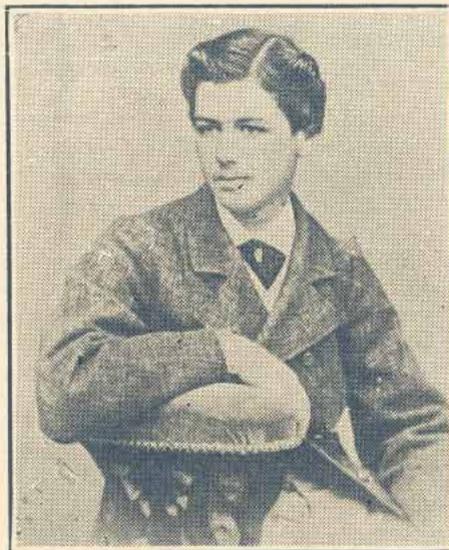
siempre el impulso pronto y que no le restan a su actividad avaras reservas. Obra como piensa y piensa con la convicción con que obra.

Nuestra primera pregunta va a inquirir en sus recuerdos acaso una rebusca desagradable:

—¿Quisiéramos saber, le decimos, por qué razón, queriendo acentuar un reparo sobre su carácter, durante una sesión del Senado, hace algunos años, al tratarse de cierta aprobación de poderes, don Guillermo Rivera trajo a cuenta cierto episodio en el cual fué Ud. el protagonista y la víctima, en el Liceo de Copiapó? Además, hemos leído, si no es infiel nuestra memoria, en el Diccionario Biográfico de don Pedro Pablo Figueroa, que, siendo Ud. un niño fué obligado a abandonar el establecimiento, a causa de un incidente con los profesores...

Tan pronto cesa nuestra pregunta, don Joaquín cavila un instante y nos responde:

—Trae a cuenta Ud. una pregunta oportuna, cuya explicación va a encontrar en todo lo que le he de referir en seguida. Figueroa conoció ese incidente porque era alumno, en aquel entonces, en el Liceo de Copiapó. Lo del senador Rivera se lo explicará Ud. mismo con estos recuerdos y por razones de simple apasionamiento político, por lo demás muy explicable.



Siendo estudiante del Liceo de Copiapó a los 14 años

Con motivo de un viaje a Europa, por asuntos de salud, había interrumpido yo mis estudios y cuando regresé tuve que reanudar juntos los cursos del quinto y del sexto año de humanidades. Recuerdo que en mi examen de filosofía me cuestionó largamente don Juan Serapio Lois sobre si la percepción era anterior al juicio o simultánea; yo le contesté que no puede haber juicio si antes no obra la percepción, disertando fundadamente sobre el particular. El señor Lois se empeñó en convencerme que la percepción es simultánea del juicio, no llevando en vista otro afán que el de hacerme fracasar. Terminado el examen, el resultado de la votación fué: dos bolas negras y una colorada. Se suspendió la tarea y los examinadores echaron a todos los muchachos para afuera a fin de deliberar sobre el particular. Desde el patio oíamos nosotros la discusión acaloradísima de los examinadores. Uno de ellos, don Manuel Concha Ramo, me defendía y era quien me había puesto la colorada; las dos negras se las debía al señor Lois y al otro examinador. Tanto don Manuel Concha como don Juan Serapio eran radicales, lo cual le explicará a Ud. si, en realidad, no era aquélla una manifiesta injusticia. Como los tres examinadores defendían su respectiva votación, el resultado fué que, por mayoría, acordaron convertir el voto de distinción por dos de aprobación pero no quitaron las bolas negras; de modo que, siendo tres votantes, resultaron cuatro y yo repudiado de hecho por igualdad de votos. Algunos días después, fuera del colegio, me encontré con don Serapio Lois: le pedí explicaciones, agrediendo de hecho. El interpuso demanda en mi contra y el juez me condenó a treinta pesos de multa. El consejo de profesores del Liceo me expulsó del establecimiento y ahí me tiene usted con mis estudios cortados. Entonces mi familia resolvió enviarme a Santiago. El día que debía partir, me fuí un rato antes al Liceo y allí, delante de todos los muchachos, que eran más de doscientos, castigué al otro profesor que me había puesto la negra. Grande escándalo promovió esto, pues salieron el rector con los profesores detrás de mí mientras los muchachos armaban un solemne alboroto. Tomé el ferrocarril y ya en Santiago ingresé al Instituto Nacional. Pero no tardó mucho en llegar a Santiago una nota del rector del Liceo de Copiapó y el Consejo Universitario pidió al Ministerio de Instrucción que me prohibiese dar exámenes ni pisar ningún colegio del Estado durante toda mi vida. Don Abdón Cifuentes, que era el Ministro de Instrucción, limitó a dos años esta medida, pero, de todos modos, esta prohibición me hizo abandonar el Instituto Nacional influyendo ello quién sabe si de un modo decisivo en mi vida, pues no pude continuar mis estudios y seguir, como lo pensaba, la carrera de abogado, ya que no era dable andar a caza de ocasiones para rendir exámenes a hurtadillas.

Piensa un instante don Joaquín y luego, riendo, exclama:

—Tal vez me hubiera ido bien de abogado y habría logrado ganar dinero, ya que en esta profesión aun a los más torpes suele no irles del todo mal!

Luego, tras una breve pausa y como volviendo al punto de partida de sus recuerdos, nos dice, al pensar en ese primer incidente de su vida:

—Muchos han atribuido esto a mi mal carácter, cuando fué éste un rasgo de dignidad y nada más.

Nosotros pensamos en seguida en la alusión a un viaje a Europa que ha hecho don Joaquín, que fué la causa que le obligó a interrumpir sus estudios en el Liceo de Copiapó. Entonces le preguntamos:

—¿En qué circunstancias, a qué edad y por qué causa hizo usted viaje a Europa por esos años?

Y él nos responde inmediatamente:

—Mi viaje obedeció a motivos de salud. Era yo un muchacho que me había desarrollado de repente y un médico inglés le aconsejó a mi madre que me hiciera viajar. Entonces me metieron en un buque de vela, de seiscientas toneladas, que eran los más grandes en aquella época, y fui hasta Inglaterra, donde estuve algunos meses con los parientes de mi padre que aún quedaban vivos; pasé un mes en París, tocándome presenciar la última gran fiesta de Napoleón III, el último 15 de agosto de 1869; por fin, en otro buque de vela y después de cien días, llegué a mi tierra a invernar.

—¿Muchas peripecias hubo de soportar en un viaje tan largo y demorado?

—Naturalmente, pues era cosa seria realizar un viaje a Europa por esos años. Recuerdo que, en nuestro regreso, al pasar el Cabo de Hornos, el capitán quiso aprovechar un viento favorable siendo arrastrado hasta los 56 grados de latitud sur. Un día vi destrozarse a un buque, en esas regiones, a cien brazas del nuestro, sin poder auxiliarlo nosotros, pues las olas eran enormes y el mar imposible.

Nosotros pensamos, entonces, cuánto pudo influir este viaje en su carácter de mozo: las rudas asperezas del mar, la vida monótona y ruda de abordaje, el hecho de andar solo en esa edad en que los afectos retiemplan el espíritu, conociendo de cerca todos los sinsabores de la vida. El mundo es enorme y mientras más lo conoce un joven, mayores angustias puede presentar en él, sobre todo si tiene ocasión de observar de cerca a los hombres, desnudos en sus pasiones, mezquinos y calculadores. ¿No ha dicho, acaso, un triste proverbio latino, que el hombre es el lobo del hombre: Homo homini lupus?

Ante una pregunta nuestra sobre los días que siguieron después de su salida del Instituto Nacional, nos dice don Joaquín:

—Estábamos en el año 74 y yo tenía veinte años. No pudiendo seguir mis estudios, pues no era posible continuar dando exámenes a escondidas, me lancé a la prensa y llegué a ser editor de "El Independiente", que era el diario de los conservadores. Los periódicos de aquella época no eran en Santiago más que "La República", "El Independiente", "El Ferrocarril" y en Valparaíso "El Mercurio" y "La Patria", que circulaban también bastante en Santiago. Tenían los diarios muy escasos servicios noticiosos: no había cable, y solamente cada quince días, el correo directo de Panamá nos traía un periódico, "La Estrella de Panamá", que saqueaban todos los diarios. Era la información que se daba de todo el mundo. En cambio, la redacción política en los diarios era muy cuidada. No ha habido época posterior que esté a la altura de aquella. Y Ud. lo va a poder apreciar: "El Independiente" era redactado por don Zorobabel Rodríguez; "La Patria", por don Isidoro Errázuriz; "El Mercurio", por don Manuel Blanco Cuartín; "El Ferrocarril", por Justo Arteaga Alemparte, y en "La República", aunque había diversos redactores oficiales, en toda polémica de importancia escribían los editoriales don Miguel Luis Amunátegui. Cada mañana era, pues, la de un diario, una lectura de lo más interesante, pues no faltaba una polémica política; unos influían sobre los otros formando el criterio político. No se vendían entonces los diarios en las calles: esto nació con la guerra del Perú, el 79, cuando comenzaron a gritar los muchachos los suplementos, y de ahí vino hasta el nombre que les quedó de suplementeros. Después estos muchachos principiaron a sa-



En Santiago, a los 26 años, siendo diputado suplente por Rancagua, Congreso 1879-80.

car los diarios. No había reporteros en ningún diario de Santiago; yo lancé al primero. Como el personal era muy reducido y los diarios eran eminentemente políticos, había sólo un cronista en cada diario, que era también siempre un escritor distinguido. Así, por ejemplo, Vicente Grez era el cronista de "La República"; Rómulo Mandiola el de "El Independiente"; Román Vial el de "El Mercurio"; Eduardo Hempel de "El Ferrocarril". Sus crónicas contenían uno que otro hecho local de resonancia y el resto lo constituían polémicas y sátiras políticas. Ninguno de estos hombres de gusto literario, iban a andar recogiendo hechos locales. Todo se trataba en pequeños artículos. Pero le he dicho yo que lancé al primer repórter: siendo cronista de "El Independiente" Rómulo Mandiola, que se quejaba de tener que ir a la policía en busca de los hechos menudos, al mismo tiempo que al Congreso, me pidió un auxiliar que se ocupara de estas menudencias y tomé entonces a un señor Gilabert, que tenía la particularidad de tener seis dedos en una mano, y por quince pesos mensuales hacía su trabajo; después él mismo obtuvo igual empleo de "El Ferrocarril" y así reunió treinta pesos mensuales, siendo el primer repórter que hubo en Santiago. En la misma época escribían en "El Independiente" Máximo Lira y José Francisco Vergara Donoso, como segundos redactores. En "El Independiente" yo conocí a muchos de los hombres públicos de esa época: acostumbraban los senadores y diputados ir a corregir sus discursos en las versiones de la Cámara. Todos los diarios daban en ese tiempo versiones taquigráficas de las sesiones; y cada diario tenía sus versiones propias. Ventura Blanco, Manuel Egidio Ballesteros, Fanor Velasco, Nicolás Peña fueron redactores de sesiones durante algún tiempo en los diarios.

Como se interrumpe un instante don Joaquín, advertimos nosotros:

—¿Cuánto hemos cambiado hoy!

Y él agrega:

—En efecto, mucho, más de lo que habitualmente se cree. Porque entonces el periodismo era otra cosa. Los editoriales movían la opinión, pues quienes los escribían eran personas de grande influencia. No se limitaban a hablar de las cuestiones sino que las trataban. Un editorial podía cambiar una situación o crearla: recuerdo que uno de Zorobabel Rodríguez, **Herrero o quitar el banco**, trajo por consecuencia la caída de los conservadores del Gobierno de Errázuriz, y del Ministerio en que estaba don Abdón Cifuentes. En él planteó la cuestión de que los conservadores debían seguir con dignidad en el Gobierno o retirarse de él.

Calla un instante don Joaquín y aprovechamos su silencio para preguntarle:

—¿Entonces conoció usted a don Zorobabel Rodríguez?

Antes de respondernos busca él en los anaqueles y nos obsequia un volumen: es el primero de las obras completas del célebre periodista conservador, las que, con noble pie-

dad de amigo y de discípulo, comenzó a editar hace algunos años y que su alejamiento del país le impidió continuar.

De pronto nos dice:

—Lo conocí a Zorobabel Rodríguez en esa tertulia que se formaba en la imprenta de "El Independiente", de la que era el alma, porque los viejos conservadores, que eran tantos, tan respetables y tan entusiastas por su causa en aquellos tiempos, acudían a felicitar por sus espléndidos artículos a aquel titán del periodismo, a suministrarle informaciones o a cambiar ideas sobre la labor parlamentaria los que asientos tenían en el Congreso.

Zorobabel Rodríguez no era un hombre comunicativo; era varón de pocas palabras y por temperamento y en su exterioridad acaso podría decir terco. Todos reconocían en él que esas condiciones exteriores no alcanzaban a apagar la afectividad de su alma, porque era muy sincero para con sus amigos y muy entusiasta para defender la causa que se le tenía encomendada.

Fué tan fructífera y tan amplia la labor de Rodríguez en "El Independiente" y en el Congreso que siempre he creído yo que su influjo fué grande dentro del partido a que pertenecía y en las ideas de su tiempo. Dió al partido conservador rumbos nuevos: los conservadores de las tradiciones y de la Constitución de 1833 dieron a la juventud que les seguía, por norma de su credo, en los años en que Rodríguez daba forma a su pensamiento, el criterio de la libertad en el derecho común.

Y Rodríguez no se contradijo jamás ni pudo ser confundido por sus adversarios. Nada conserva más el orden que la libertad, nos decía constantemente a sus discípulos, y artículos escribió explayando la idea de que el primer principio del partido conservador era el respeto a la libertad. Cuantos liberales practicaron en aquellos tiempos el liberalismo político estuvieron de acuerdo con Zorobabel Rodríguez, no así los que cifraban sus aspiraciones liberales en combatir el credo religioso de los conservadores.

He dicho en otra parte, (cuando don Joaquín escribió sobre don Zorobabel) lo que acabo de decir a Ud.; que Zorobabel influyó en las ideas de su época; por qué detuvo muchos atropellos y empujó muchas ideas con sólo un artículo editorial. "El editorial de Rodríguez" era una frase consagrada en las conversaciones políticas de cada día, para recordar lo que dijera sobre las cuestiones de actualidad don Zorobabel. En tiempos de una efervescencia y de odios políticos muy acentuados, en que la generalidad de la gente leía únicamente el diario de su partido, único a que estaban suscritos, y en que no se vendían como hoy en las calles, la lista de suscriptores de "El Independiente" contenía los nombres de don Aníbal Pinto, de don Miguel Luis Amunátegui, de don Jorge Huneeus y de muchísimos adversarios acerbos del partido conservador que no querían perder un artículo de don Zorobabel.

Cuando Rodríguez hablaba de la justicia o de la libertad era elocuente y palpataba en cada una de sus frases la sinceridad más profunda.

Hubo veces en que acaso se adelantó algo a las resoluciones de su partido, pero de ordinario marchó en la más perfecta armonía con él.

Con don Manuel Irarrázabal, que era la figura más prominente del partido conservador, desde que éste rompió la unión liberal conservadora, Rodríguez vivía en la más estrecha comunidad de ideas. Los que han tildado de reaccionarios y oligarcas a los conservadores de la época a que me refiero, no podrían citar un solo discurso de don Manuel Irarrázabal que no fuera en defensa de alguna libertad pública o de los principios liberales más puros, hablando en el sentido técnico de la palabra liberal, con el perdón de usted.

Los artículos de Rodríguez producían impresión porque eran muy pensados y reflejaban muy exactamente la situación del momento en que se escribían. Rodríguez nunca empleó menos de dos o tres horas en su artículo editorial; yo recuerdo haberlo visto muchas veces dar el tema de su artículo para el día siguiente a Máximo Lira o a Francisco Vergara Donoso; media hora después me entregaba Máximo su manuscrito y un poco más tarde Vergara Donoso, don Zorobabel continuaba encorvado sobre el papel,

6 restregándose su revuelta barba, y cogiendo nerviosamente la pluma por el momento para tornar a su primitiva posición a meditar el nuevo párrafo. A la mañana siguiente el artículo de Rodríguez provocaba sensaciones o tempestades que no producían los otros.

Una persona entra a la sala, le dice algo al oído a don Joaquín y ambos abandonan un instante la sala de trabajo. Luego torna a reanudar la conversación, y entonces le preguntamos:

—¿Cuándo entró de lleno en la política?

Y él, apurando su memoria durante algunos minutos, nos responde:

—Las discusiones en el Senado sobre el voto acumulativo y el Código Penal habían preparado una división entre los elementos liberales y conservadores. Unidos todos los liberales alrededor del Gobierno de don Federico Errázuriz, resistieron en el Senado el voto acumulativo, que había sido aprobado por la Cámara de Diputados.

La cuestión del Código Penal consistió, como Ud. sabe, en la intromisión de algunos artículos en el proyecto de este Código, destinados a restringir la libertad de la cátedra sagrada.

Estas dos campañas que fueron sucesivas, dividieron los campos, y por consiguiente a la juventud, en corrientes muy marcadas, cuyas manifestaciones principales se realizaban en la barra del Senado o a la salida de las sesiones. El campeón de estas campañas fué don Manuel José Irarrázabal, que sostuvo el voto acumulativo en todas las elecciones contra el Gobierno de entonces, que lo resistía. Irarrázabal triunfó logrando poner el voto acumulativo en la elección de diputados. El Gobierno logró que se estableciera el sistema de lista para senadores y de lista incompleta para municipales. Además, en la cuestión del Código Penal, el triunfo de Irarrázabal fué completo.

—¿Toda esta lucha contribuyó a preparar la situación política del 75?

—Evidentemente: los hechos lo prueban. Cuando se formalizó la alianza liberal fuimos a las elecciones del 76 bajo el triple sistema electoral que le dejó indicado más arriba. Naturalmente, las juventudes liberales y conservadoras se lanzaron con brío que no he visto después igualado en otra campaña electoral.

En este año renació, con un vigor que había desaparecido en los años de la administración Pérez, la intervención desembozada del Gobierno en las elecciones. Los jóvenes conservadores tuvimos en esa época que luchar a brazo partido contra los policías y los elementos reclutados en los chinchales y garitos por la misma policía. En Santiago el grande elector, ese año a que me refiero, era el famoso comandante Chacón. Desembozadamente él movía sus elementos policiales. No había entonces ni siquiera el pudor de negar aquella acción. Chacón llamaba mis niños a todos los hombres que ponía en juego y, naturalmente, los que combatíamos por la oposición designábamos a todos nuestros adversarios bajo el universal nombre de los niños de Chacón. Esta circunstancia debilitaba un poco la acción de la juventud liberal y muchos se retraían de asociarse a aquella máquina electoral, no pocos se unían a nosotros en trabajos electorales independientes. En las elecciones del 76, primeras en que tomé parte, recibí también las primeras descargas que me pudieron costar la vida. ¡Que así se luchaba entonces! Le digo esto porque cuando yo entraba a la línea en Concón, el coronel Canto, que en una época había sido también comandante de policía y en tiempo de elecciones, me preguntó: "Ud. sentirá la emoción del que entra por primera vez al fuego". Yo le contesté: "No, mi coronel; recuerde Ud. que he trabajado en muchas elecciones en Chile, en contra de la policía de Santiago: he sentido, por consiguiente, silbar muchas balas antes".

Como le decía, mi primera campaña fué en defensa de una junta receptora de sufragios, que funcionaba en el zaguán de la Escuela Militar y que presidía Enrique Ner-caseau y Morán. Entre los defensores de la mesa, porque se nos anunció que sería atacada, había una veintena de jóvenes y muchos caballeros respetables; recuerdo entre ellos a don José Tocornal. La mesa estaba en el zaguán, cuando se anunció que la policía, disfrazada, venía al asalto. Un pelotón de hombres de a caballo se lanzó sobre la mesa; pero Juan, mi hermano, Luis Larraín Alcalde, que murió después en

la batalla de Miraflores, y otro señor que no recuerdo, arrancaron las cabezadas del freno de tres caballos y el movimiento que hicieron los mismos tres animales al encontrarse sin gobierno, nos dió tiempo para cerrar la puerta de la Escuela. Funcionaba entonces en la calle de la Maestranza, en el sitio que hoy ocupa el cuartel de Cazadores.

Pero el combate no cesó con esto; veinte revolveros de los niños de Chacón iniciaron un tiroteo contra la puerta, que fué despedazada, pudiendo, mientras tanto, los defensores de la mesa refugiarnos en el segundo patio de la Escuela Militar, en momentos en que los asaltantes penetraban disparándonos. Pero, en esos instantes, el general Escala había logrado formar a sus cadetes para defender este cuartel, que era asaltado e invadido a mano armada; así, cuando el grupo de asaltantes penetraba al segundo patio, fué recibido por una descarga que los obligó a retroceder en fuga completa. Entre asaltantes y asaltados quedaron en el campo seis muertos y una porción de heridos.

¿Qué objeto había tenido este asalto? Tan sólo anular unos cuantos votos de una sub-delegación en que predominaba el elemento conservador. ¿Quién había ordenado este ataque? El Gobierno mismo de la República, según declaración que me hizo poco después el intendente de la provincia.

Poco tiempo más tarde hubo en esta elección gran número de asaltos semejantes a éste, y todo el mundo sabía el alto origen de las órdenes que los autorizaban; pero, en verdad, entonces todo el mundo tenía la



Con su hijo Joaquín Walker Larraín y su nieto mayor Joaquín Walker Riesco

convicción de que era un deber resistir a mano armada al Gobierno o a los partidos en el poder. No se había formado todavía ese convencimiento que ha llevado a la reprobación universal aquellos medios de combatir a la oposición. Los hombres de gobierno invocaban francamente el derecho que les asistía para pesar en las contiendas electorales.

Yo recuerdo haber oído un discurso de don Jorge Huneeus, en el que sostenía las influencias legítimas del Gobierno en las elecciones; condenaba los atropellos, pero sostenía el derecho de los ministerios para procurarse mayorías adeptas en las elecciones.

Don Miguel Luis Amunátegui sostuvo en la prensa, franca y desembozadamente, las mismas doctrinas. Naturalmente, en la práctica, el calor de la lucha, el celo indiscreto de los agentes, la ignorancia de los elementos puestos en juego, hicieron muy difícil demarcar la línea de separación entre lo que era influencia legítima o abuso de la autoridad.

Le diré que las elecciones, desde 1876 hasta la revolución del 91, fueron hechas a mano armada entre la oposición, constituida siempre por los conservadores, y el Gobierno, en el que se alternaban los distintos partidos liberales, con igual ardor e igual responsabilidad. Y aquí déjeme hacerle una observación de paso: esa época de intervención electoral, en que se exacerbaron tanto los ánimos; en que los abusos negados un

año eran confesados por sus mismos autores o repudiados otro año; ese período en que para llegar al Congreso se buscaba siempre la venia presidencial; en que no bastaba, como hoy, gastar dinero, sino que era preciso arriesgar la vida o derramar sangre, fué lo que trajo la revolución del 91.

El régimen parlamentario fué la enunciación de la idea, una vez puestos frente a frente el Presidente y la mayoría del Congreso; pero la revolución se engendró por la intervención de los gobiernos en las elecciones desde 1876.

Bástele a usted saber que las listas de los diputados oficiales las hacía personalmente el Presidente de la República; que de la Moneda se ordenaban directamente las adulteraciones de las actas de escrutinio, aun después de verificadas las elecciones. Estos antecedentes le explicarán a usted la irritación con que Balmaceda vió que resistían sus planes políticos los diputados que le debían una, dos y tres veces su elección. En todos los documentos de la época verá usted palpitante este pensamiento de Balmaceda. No respetó a congresales a quienes miraba como hechuras suyas.

La labor enérgica de los que resistieron, por más de 20 años, la intervención del Gobierno en las elecciones, llegó a formar una convicción, que fué la bandera del 91. Y esa labor fué la del partido conservador; y en esa labor, mi amigo, me reclamo una parte, porque asistí a muchas elecciones, dirigí en muchas épocas los trabajos electorales en Santiago por parte de los conservadores, y siempre con mi revólver al cinto y dispuesto a dejar la vida por aquella causa, lo que era convicción universal en todos los que iban a una mesa electoral. Bástele conocer este dato: hombres tan respetables y tranquilos, que estaban en el ocaso de la vida, como don Enrique Tocornal y don Francisco de Borja Larraín, hicieron su testamento y cumplieron sus deberes religiosos al ir a la junta de mayores contribuyentes de las elecciones de 1885, en San Fernando y en Maipo. Eso se llamaba entonces luchar en las elecciones, y retrógrados éramos llamados los que por aquella preciosa libertad luchábamos.

Don Joaquín se detiene un instante ante los cristales de la ventana y luego reanuda el hilo interrumpido de la buena, liviana y amena charla:

—En todas las campañas electorales que le he recordado, los conservadores tuvimos a nuestro lado alternativamente a las diversas fracciones en que se dividía el partido liberal. En la oposición, y alejados accidentalmente del Gobierno, nos reconocían nuestros esfuerzos y nuestros derechos. Aisladamente unas veces determinados caudillos, en grupo otros. Así, recuerdo una sesión tormentosa de tres días con sus noches, que tuvimos en la Municipalidad de Santiago para hacer el escrutinio de la elección de diputados y senadores de 1876. Yo era secretario de una junta receptora y concurrí a aquella sesión como vocal de la junta general escrutadora. Entre los que nos acompañaron y cooperaron con los conservadores a la defensa del derecho electoral, estuvieron don Jovino Novoa y don Justo Arteaga Alemparte, don Augusto Matte, don Pedro Montt y otros.

En otra elección, en que hubo un duelo a balazos en la Alameda, cuando funcionaba una mesa frente a la calle de Teatinos, don Julio Zegers, uno de los jefes del partido liberal en el Gobierno de entonces, salió de su casa junto con Ladislao Errázuriz, a defender a los vocales conservadores y hubo allí muchos heridos.

En la Cámara de Diputados recuerdo yo haber hecho campaña pro libertad electoral, en unión con los radicales muchas veces, con los nacionales otras, con un grupo de liberales que tomó el nombre de sueltos, y que encabezaron Eduardo Matte, don Miguel Luis Amunátegui, don Jorge Huneeus, don Vicente Reyes y otros.

En vísperas de la campaña que hizo Vicuña Mackenna por la Presidencia de la República, fuimos a las elecciones en una sola lista, conservadores y vicuñistas.

En 1885 ese grupo de los sueltos con los conservadores obtuvo en la junta de mayores contribuyentes cuatro vocales de los cinco que debían gobernar la elección. Todo el trabajo preparatorio lo dirigimos Eduardo Matte y yo. En la Cámara de Di-

REMINISCENCIAS DE TIEMPO DE GUERRA

Bien merecíamos el calificativo de "asilados" los representantes de diversas razas humanas que en los primeros meses de 1916 habíamos tomado refugio en el pequeño Hotel Mercedes de Lausanne, enfermos unos, imposibilitados otros por razón de su nacionalidad para volver a su residencia, huyendo alguno del servicio militar, ocupado aquel otro en oscuros y mal definidos servicios de información, necesitados casi todos de reponer en la vida suiza, que todavía se mantenía relativamente fácil, sus finanzas agobiadas por el alto precio que ya alcanzaba en París, Francia e Inglaterra.

El conde d'O. era sin duda la persona más importante de la casa por su título, por su figura que más allá de los 60 años retenía cierto dandyismo, y por la leyenda que flotaba sobre su cabeza aristocrática. Se decía de origen francés, nacido en Viena, que había vivido siempre en Francia donde había envidado. La guerra lo obligaba a refugiarse en Suiza acompañado de una joven extraña e inquietante que el conde llamaba su hija adoptiva. Eran nuestros vecinos en el piso bajo y desde la primera noche oíamos que la joven hija adoptiva hablaba en un monólogo interminable, continuo, parecido al ruido de una máquina, interrumpido de cuando en cuando por la voz áspera del conde que desde el otro cuarto le gritaba a veces en francés y otras en alemán: ¡Callate! ¡Quieres callarte!, con la misma violencia imperativa con que se hace callar a un perro que aulla. La señorita era loca, con una locura tranquila que para desastre nuestro sólo se traducía en estos monólogos nocturnos.

A pesar de su carácter de ciudadano austriaco, el conde se había hecho muy amigo con un francés de patillas rubias cuadradas que vivía allí sin que supiéramos a punto fijo por qué. El decía que ya había estado en el frente y había sido enviado a Suiza para reponer su salud. Los compañeros de pensión no pensaban lo mismo. Una atmósfera pesada lo envolvía y sus frecuentes desapariciones, sus viajes misteriosos en esos días en que toda la Suiza no era más que un vasto campo de espionaje y contra-espionaje, nos hacían preferir cualquiera otra explicación complicada sobre su permanencia en el país.

El que no hacía buenas amistades con esos otros dos era un pobre diablo de oficial francés que en los primeros combates había recibido una herida en el cráneo, sufriendo una trepanación, y, según la leyenda del Hotel Mercedes, probablemente según la verdadera historia, vivía con medio cerebro, a causa de lo cual la mitad de su cuerpo arrastraba penosamente a la otra mitad y sus ideas eran medias ideas, fragmentos o virutas de ideas que hacían casi dolorosa la conversación con él.

La mejor amiga de este resto náufrago que la tempestad formidable había arrojado a la tranquila playa del lago Lemán, era mademoiselle de Montreuil, una viejecita muy pequeña, muy apergaminada que a los diez minutos de la primera conversación ex-

hibía la cruz de la Legión de Honor que Napoleón I había dado a su abuelo, la cruz que era su orgullo, su título nobiliario, casi su razón de ser en este mundo y el único objeto de su anhelo de sobrevivir. Patriotas exaltados, visionarios de amor a la Francia, enamorados de la gran historia militar de su país, el hombre que había ofrecido en plena juventud la mitad de su cerebro a su patria y la viejecita que descendía del soldado del Imperio, querían vivir aun a costa de sacrificios sin cuento con tal de asistir al triunfo final de su país sobre el enemigo odiado e implacable. Ambos creían en el triunfo. En esos días, mientras todos temblábamos por la suerte de Verdun, ellos estaban serenos, serrientes, sin dejar ver de otro modo su vaga inquietud que por sus frecuentes visitas a la iglesia donde ambos, no pudiendo ya ofrecerle a la Francia otra cosa que su piedad, iban a pedirle a Juana de Arco la victoria.

Estos dos locos sublimes del patriotismo eran bien comprendidos por las dos inglesas de la casa, Miss C. y Miss L. Esta última era hija de una Lady, probablemente descendiente de alguno de esos baronets sin fortuna, pero de antigua raza, como suelen encontrarse en el Reino Unido. Miss C. había viajado mucho por Europa con su madre, mujer desequilibrada que había derrochado una gran fortuna en viajes extravagantes. En una ocasión se internaron por la Albania y mientras visitaban un harem turco de uno de los señores del vilayet, la señora supo por el intérprete que cuando ella por pura amabilidad y sin entender una palabra contestaba afirmativamente todas las preguntas que en turco le hacía el dueño de casa, le había vendido una de sus hijas para el harem. Por cierto que el incidente se aclaró con gran disgusto del turco; pero si la elegida era Miss C. el señor del vilayet no tendría a estas horas sino que felicitarle de no haber terminado el negocio.

Todo este rebaño abigarrado estaba allí en el pobre hotelito sobre la falda del monte, con el maravilloso panorama del lago y de los Alpes de la Saboya delante de los balcones, unos porque no podíamos pagar mejor alojamiento y otros porque no podían pagar absolutamente nada. En efecto, el conde no recibía dinero ni de Francia, porque era enemigo, ni de Austria porque estaba prohibido enviarlo al extranjero, y el buen señor Kupli, el hotelero, lo retenía allí y lo alimentaba y alojaba y aun sospecho que le prestaba dinero, en parte por piedad humana y en parte porque así conservaba la esperanza de que le pagara al terminar la guerra.

En realidad, fuera de las inglesas y los chilenos, temo mucho que toda aquella gente, cogida por la guerra, más o menos arruinados por la disminución de sus pequeñas rentas y pensiones, sin contacto directo con sus familias, pagaban sólo cuando podían. El señor Kupli, un buen suizo del cantón de los Grisons, de la bella Engadine, suspiraba y solía dejar entender algo en medios tonos de una voz sofocada; pero la señora Kupli, gruesa, majestuosa, y con un concepto más débil de la dignidad de un hotelero, hablaba un poco más, especialmente si podía expresarse en su alemán suizo que era la única lengua o dialecto en que sus obscuras ideas se hacían vagamente inteligibles.

La comida era poca y de menguada sustancia. Miss C., el espíritu ma-

por don CARLOS SILVA VILDOSOLA
(Fragmentos de un libro próximo a publicarse)

ligno de la casa, dotada de un muy británico sentido del humor, había definido la situación diciendo que el Mercedes era "un sitio hambriento" (a hungry place). Y lo era.

Fueron interminables las gestiones para conseguir que el Gobierno francés, restablecida ya mi salud en Suiza, consintiera en dejarme entrar de nuevo a Francia. Aunque llevaba ya cerca de dos años de trabajo de corresponsal, aunque en Chile mis correspondencias habían producido cierto ruido, y mientras la jauría germanófila me injuriaba aquí y un clérigo sacaba la cuenta en la Revista Católica de los millones que yo había recibido del Gobierno francés, éste me desoconocía, de tal suerte que fué una batalla de tres meses la que hube de librar para que se diera autorización para visar mi pasaporte.

Desesperado, rechazado por el Cónsul francés en Lausanne y los empleados de la Em-



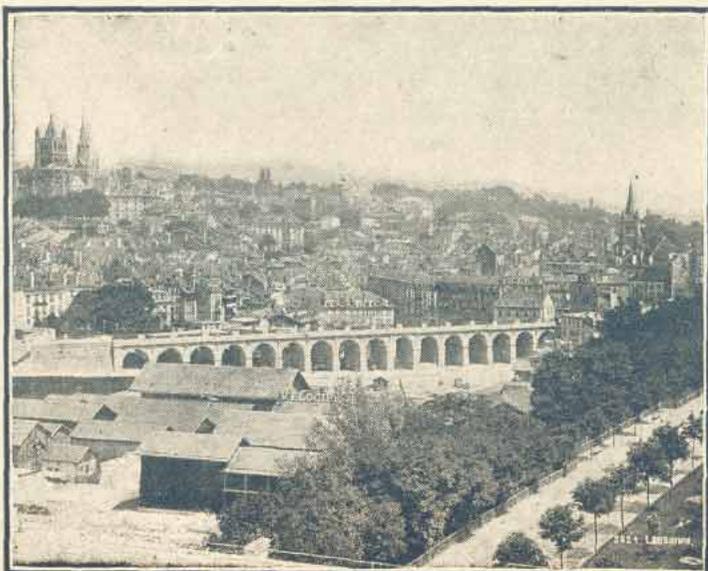
Una perspectiva desde las Tullerías

bajada en Berna, sin haber logrado que me dejaran siquiera ver a M. Beau, el Embajador, y exponerle mi caso, por fin tuve la idea de escribir a París a mi compatriota, don Luis de Cazotte, hijo de francés y a quien yo sabía muy relacionado por amistad y por parentesco con personalidades del Gobierno, de la nobleza y de las finanzas de Francia. Lo conocía apenas, pero tenía la esperanza de que, por lo menos, él hubiera leído mis correspondencias y diera testimonio ante el Quay d'Orsay de mis sentimientos aliadófilos y de que mi entrada a Francia no ofrecía peligros para la República.

Bien me guardaba de pedir cosa alguna a las autoridades chilenas. Los cónsules de Chile en Suiza, uno en Ginebra y otro en Zurich, estaban ambos fuertemente sospechados de parcialidad por la Alemania; uno de ellos era alemán, si no me equivoco. En todo caso, la Embajada y los consulados de Francia y de Gran Bretaña habían declarado sin ambages que no tomarían para nada en cuenta pasaportes visados por esos cónsules. En una de mis visitas a la Embajada en Berna un joven secretario me había referido que su servicio de informaciones les permitía seguir los movimientos de nuestro cónsul en Zurich y comprobar que recibía de Alemania toda suerte de correspondencia que luego iba a su destino con sello oficial. Me aseguró que no ha mucho habían pasado por Suiza, gracias a ese medio, algunos paquetes de folletos de propaganda alemana destinados a ser distribuidos en París por un conocido caballero chileno que simpatizaba ardientemente con la causa de Alemania, país al cual estaba ligado por parentescos.

Aun cuando nuestra Legación en París conservaba bajo la discreta dirección de don Domingo Gana Edwards, Encargado de Negocios, muy buenas relaciones con el Quay d'Orsay y nuestro cónsul, el señor Amunátegui, era muy estimado en todos los círculos, ellos saben como yo que el sólo nombre de nuestro país tenía entonces una atmósfera pesadísima en Francia y era colocarnos en un trance molesto tener que pedir algo fuera de los trámites ordinarios. Lo hubieran hecho, porque ambos son modelos de funcionarios amables y diligentes, pero yo no quería exponerlos a un rechazo odioso en una materia de tan poca importancia.

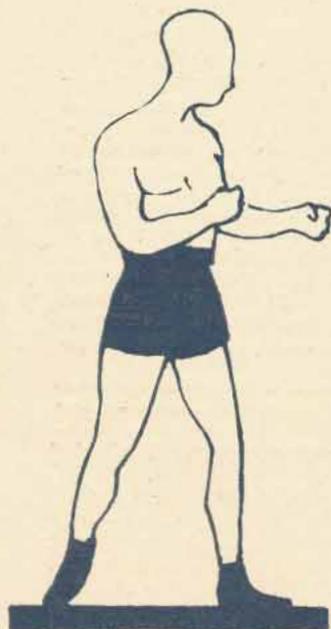
Don Luis de Cazotte fué mi salvador. El correo me trajo su respuesta junto con una



Lausanne

DEMPSEY CARPENTIER

La formidable lucha de dos reñidos



Jorge Carpentier
Nacido en Lens el 12 de enero
de 1894

Peso	77 kilos.
Estatura	1.77 ctsm.
Cuello	40 ctsm.
Biceps	38 ctsm.
Ante-brazo	28 ctsm.
Pecho	1.04 ctsm.
Cintura	74 ctsm.
Muslo	54 ctsm.
Pantorrilla	38 ctsm.
Envergadura	1.79 ctsm.

Es difícil recordar una pelea que haya producido mayor revuelo, más opiniones encontradas, y—lo que no es menos importante—mayor número de apuestas. Y si en el fondo esto del box, mas aun cuando se le llama simplemente pelea o combate, pudiese parecer salvaje o retrógrado, es preciso confesar que todos un poco y mucho algunos sentían una verdadera ansiedad ante la proximidad del día en que Jack Dempsey, campeón del mundo, peso pesado, y Georges Carpentier, campeón del mundo, medio peso, y de Europa, peso pesado, iban a subir a disputar a puño limpio, que es la forma más primitiva de disputar, distimulada hoy por el progreso con un par de guantes de cuero y crin, —si pegaba más fuerte el hombre del viejo mundo o el del nuevo.

LAS SIMPATIAS DE CHILE

Sería un poco complicado declarar sinceramente cuál era en este match la opinión dominante en Chile, pero quizá no andaríamos lejos al afirmar que Dempsey se llevaba la palma. Y hay para ello muchas razones muy nuestras. Dempsey es americano, es muy fuerte, muy macizo, se ha hecho un nombre demasiado rápidamente, a fuerza de puñetazos, más o menos como un matón que entra en un café a limpiar mesas. Además, aquí está muy de moda lo yankee y, por último, a Dempsey se le acababa de ver moviéndose en una película en series, y eso ha impresionado mucho. De Carpentier se sabía demasiado, pero ya nosotros estamos dejando de ser latinos: es un muchacho que se ha hecho lentamente, a costa de esfuerzos, y eso aquí, entre el vulgo, no causa impresión: hace más gracia el otro, la máquina arrolladora, aunque deba más a la suerte que le hizo enorme, que a su cerebro.

¿CUAL ERA MAS FUERTE?

Seguramente Dempsey. Pesa actualmente 84 kilos, contra 76 de Carpentier, pero esto no era un detalle decisivo. Los americanos del Norte lo llaman "Man-Keller", o sea el matador de hombres, porque en realidad su característica ha sido la rapidez para "sacar" a sus contrarios con k. o. definitivo. Y había motivo para este apodo: treinta y dos victorias por k. o., ninguna en

más de cuatro rounds, eran razones suficientes. Pero es necesario no olvidar que Estados Unidos es la patria de la réclame bien realizada, y en realidad, no todos los nombres de los adversarios de Dempsey recuerdan figuras extraordinarias. Los principales adversarios han sido Perky Flynn, Bill Brennan, Fred Fulton, Paul Morris, Gunboat Smith, Levinsky, Jess Willard. De todos éstos, hay uno, Perky Flynn, que derrotó a Dempsey por k. o., en el primer round en el año 1917, aunque el campeón se vengara después en igual forma al año siguiente.

LA ULTIMA VICTORIA

La última victoria de Jack Dempsey sobre Bill Brennan en 12 rounds no era precisamente una recomendación para las condiciones del hombre. Se habían aducido muchas causas, y entre otras aquella de que, por sacar un mayor provecho de la cinta cinematográfica que se tomaba, Dempsey dejó "durar" a su contrario. Pero esto no era una causa suficiente y, en realidad, no convenía de que fuera el procedimiento de un campeón del mundo.

COMPARANDO A LOS DOS

Georges Carpentier había ganado durante su vida 72 matches de los 78 que disputara, y Dempsey había ganado 53 sobre 56. Bajo el punto de vista del k. o., el americano demostraba una superioridad: 43 k. o. sobre 56 peleas. Carpentier sólo 23 sobre las 81. Es preciso hacer una advertencia: todos los matches de Dempsey eran en su estado actual, ya convertido en un formidable pegador. Carpentier, en cambio iniciaba su record a los doce años, cuando sólo era un chiquillo aficionado.

ESCALON POR ESCALON

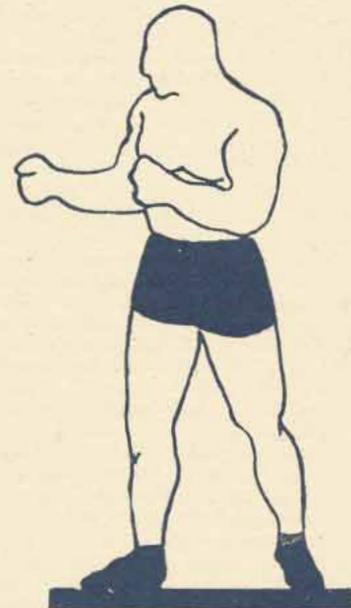
Poco a poco, lentamente, Carpentier había subido hasta el momento

en que buscaba, con este match, culminar su carrera y su vida. Cuando a los 11 años se dedicó al box, era un hermoso chiquillo, más propio de un cuadro que de un ring. Pero tenía ya la energía y la fiereza que tanto iba a necesitar. Su primera pelea grande, a los 14 años, en 1908, fué contra Salmón, y duró 18 rounds. Es preciso pensar lo que esto significa. Sus seconds hubieron de retirarlo, mientras él lloraba indignado pretendiendo seguir. Entre el 13 y el 17 rounds cayó "knock-down" doce veces, pero aún tuvo fuerzas para gritar un insulto muy francés a un espectador que pretendía que se rindiese.

Así fué subiendo, hasta el día en que teniendo apenas 17 años era declarado campeón de Europa venciendo al famoso Young Josephs, después de haber anotado a su record numerosas victorias sobre Ledoux, Til, Demlen, Moekins, Loughrey, etc. Después tuvo su mala época, cuando Descamps quiso llevarle demasiado ligero muy arriba, sin que tuviese el desarrollo necesario. Pero no le echaron nunca fuera, y sólo lo retiraban sus seconds deshecho, cuando habían trascurrido 15 o 20 rounds. Y entraba a esas peleas enflaquecido en vez de entonado para tener el peso. Jeanette, Klaus y Papke le ganaron así por abandono y por puntos. Pero se vengó él después triunfando ya definitivamente de Harry y Willie Lewis, de Sullivan, Wells y por último Becket y Levinsky, subiendo así hasta el penúltimo escalón; campeón de Europa de todos los pesos, y del mundo, medio pesado.

LO QUE DECIA CARPENTIER

El año pasado, Carpentier dió su opinión sobre su posible match con Dempsey. Esa opinión es más interesante pues que fué escrita con mayor tranquilidad, antes de que llegara el terrible momento final.



Jack Dempsey
Nacido en Lake-City el 6 de junio
de 1895

Peso	88 kilos.
Estatura	1.87 ctsm.
Cuello	44 ctsm.
Biceps	36 ctsm.
Ante-brazo	31 ctsm.
Pecho	1.10 ctsm.
Cintura	85 ctsm.
Muslo	58 ctsm.
Pantorrilla	43 ctsm.
Envergadura	1.95 ctsm.

en que poco quedaba para pensar entre la constante tensión nerviosa y el entrenamiento demasiado estricto. Dijo así:

"¿Un pronóstico sobre mi match con Jack Dempsey? Ustedes son muy exigentes. Yo trataré simplemente de repetir la proeza de Fitzsimons, que no siendo peso pesado, consiguió atribuirse el título. Todo lo que puedo decir es que el match, aunque se firme a diez rounds, terminará mucho antes de su límite. Dempsey pega como un martillo. Está dotado de una rara potencia. Toda mi táctica entonces deberá consistir en que sus golpes caigan en el vacío, mientras que los míos lleguen al blanco. Yo pondré en juego toda mi ciencia para obtener este resultado. Desgraciada la mandíbula que sea tocada primero; yo espero que no será la mía... Pero no es posible disimular que "el combate de mi vida", como dicen los ingleses, será el más terrible de toda mi carrera."

No puede negarse que más meritoria era indudablemente la hoja de servicios de Carpentier, ganando lentamente en todos los pesos, derrotado de vez en cuando, pasando sus años sacrificándose con el entrenamiento y la vida ordenada; es, además, un atleta completamente extraordinario, que lo mismo corre 100 metros, salta a la garrocha o lanza el disco. Y aun, cuando la guerra llegó, fué de los primeros en enrolarse como aviador, sufriendo la fractura de una pierna en una terrible caída. Dempsey en cambio, se "emboscó" para no combatir por su país.

Jack Dempsey nació fuerte y comenzó por aprovechar sus condiciones naturales mejorándolas. Hay en su vida una continuación de triunfos, rápidos que son halagadores para él, pero no para el box, pues si la razón de este sport es el mejoramiento físico de un individuo, dándole a la vez un medio de defensa, es desalentador el que venza siempre aquel en que prevaleció la fuerza natural. ¿De qué sirve el box, si un hombre grande y macizo sigue invencible, aun para aquel que ha dedicado su vida entera a saber pegar, haciéndose fuerte por el entrenamiento, y poniendo su cerebro al servicio de esa ciencia de ataque y defensa?

LA PELEA

PRELIMINARES.—Un público enorme asistió al extraordinario encuentro: 91.600 personas. El tiempo favoreció el espectáculo. Ambos campeones entraron al ring casi simultáneamente, siendo aún más entusiasta la ovación hecha al pugilista francés. Dempsey pesó 188 libras y 172 Carpentier. Y a las 3.3 exactamente, el gong sonó, indicando la iniciación de la pelea.

PRIMER ROUND.—Ataca Carpentier, colocando los primeros golpes y alcanzando la mandíbula del campeón, pero éste, extraordinariamente rápido, contesta siempre. El francés hace esfuerzos por dominar, pero todos sus golpes se estrellan contra la fortaleza del yankee. Un golpe errado le arroja al suelo. El round termina en empate, con una ventaja de acción a favor de Carpentier.

SEGUNDO ROUND.—El segundo round es francamente favorable al que habría de ser vencido. Los primeros golpes lanzados por Dempsey, no son suficientes para molestar al europeo, quien coloca seis u ocho derechos seguidos a la mandíbula del yankee, llevándolo contra las cuerdas y haciéndolo vacilar. Al final del round, Dempsey rompe la ceja de Carpentier, pero no logra evitar algunos uppercuts de éste. Round de Carpentier.

TERCER ROUND.—Dempsey vuelve a dominar. Se producen muchos golpes al cuerpo, y Carpentier es duramente castigado en el estómago y la boca. Al finalizar, Dempsey lanza una formidable tupida de golpes a la mandíbula, y la campana viene a salvar al francés vacilante. Round de Dempsey.

CUARTO ROUND.—Dempsey comienza castigando y Carpentier decae visiblemente. Por último, a los 55 segundos, un derecho a la mandíbula le lanza a tierra. El referee alcanza a contar nueve segundos, y el europeo se incorpora. Pero apenas en pie, Dempsey, que ha permanecido alejado, le ataca como una fiera, con dos feroces golpes, uno a la barba y el otro al estómago. Carpentier vuelve a caer y esta vez es el k. o. Está fuera de combate. Sin embargo, no ha perdido su conocimiento y después de haber sido levantada la mano de Dempsey, trata de incorporarse. El campeón lo ayuda generosamente, y el boxeador europeo después de apretar la mano de su rival, felicitándole, sale del ring con paso vacilante.

Y Dempsey es siempre campeón del mundo de todos los pesos.

LUVIA en el campo. Polvareda gris y ruidosa, rayada por las líneas oblicuas del chubasco. No se ven los límites de la campiña; apenas si se perfilan las siluetas agobiadas de los árboles chorreando agua.

Un arreo de mulas avanza lentamente por el camino enlodado, donde chapotean las cabalgaduras con ruidos claros. Medio apagada se oye de cuando en cuando la campanilla de la mula madrina. Los arrieros, encogidos debajo de sus mantas de castilla, no hablan una palabra: el tiempo es algo fatal que no puede evitarse, y ellos se resignan, sencillamente.

Han caminado el día entero por los senderos deplorables de la cordillera de la costa, que suben y bajan en los flancos de las pesadas montañas rojizas; es al atardecer, si puede llamarse así la última etapa de un día gris, monótonamente igual.

Húmeda y negra la noche se viene encima. A la orilla del camino se destaca el borrón sombrío de una casa campesina; apenas se ve la fila paralela de los pilares del clásico corredor.

Juan Sapo, el capataz del arreo, un hombre cuarentón, flaco y astuto, el tipo del montañés costino, pregunta a uno de los arrieros:

—¿Dónde estamos, ño Peiro?

—En la propieá de on Juan Trejo, si no es otra...

—¿Icen qu'el viejo es agarrao, ño? Tenemos que seguir no más.

—Peirle a ése es lo mesmo que comprarle zapatos a un fino.

—Sigamos no más; la villa tá cerquita ya...

Al enfrentar las casas arrecia el chubasco; las rayas grises se multiplican; y ya no se oye sino el ruido de la lluvia sobre el barro de la carretera y sobre el enorme tejado de la casa campesina.

Juan Sapo se detiene, como decidiéndose de improviso:

—Sigán no más; voy a esperar que esampe en el corredor.

—Este Juan Sapo ha pensado alguna.

—D'onde, ñor; si es cebao como culpeo...

El repiqueteo de la campanilla, tamizado por la lluvia, se pierde en la noche a los pocos segundos.

Juan Sapo ha metido su caballo bajo el corredor, apeándose en seguida. Los perros del fundo no chistan; deben estar arrimados al fuego de la cocina, piensa el arriero.

Este sacude su manta empapada y estruja su viejo sombrero.

La noche envuelve ya al campo; y Juan Sapo se halla en medio de la sombra sonora y húmeda. Parsimoniosamente saca su manojo de hojas y a tientas lía un cigarro; pero luego se descorazona: los fósforos están húmedos, raspa varios y concluye por botar la caja y guardar el cigarro.

—Ya estará ño Peiro en el Empedrado, piensa. Mejor habría sido irse en el arreo.

Avanza precavidamente hacia el extremo del corredor. Va pegado a la pared. Nada teme; pero la fuerza de la costumbre se impone: un siglo de merodeos y de rapiña por los cerros estériles, heredado de padres a hijos, ha hecho de los montañeses de la costa ladrones profesionales y típicos.

Una oleada de luz rojiza y temblorosa traza un cono luminoso en el corredor. Juan Sapo se adhiere a la pared y no respira. La luz sale de una ventana sin vidrios, la única del desnudo muro.

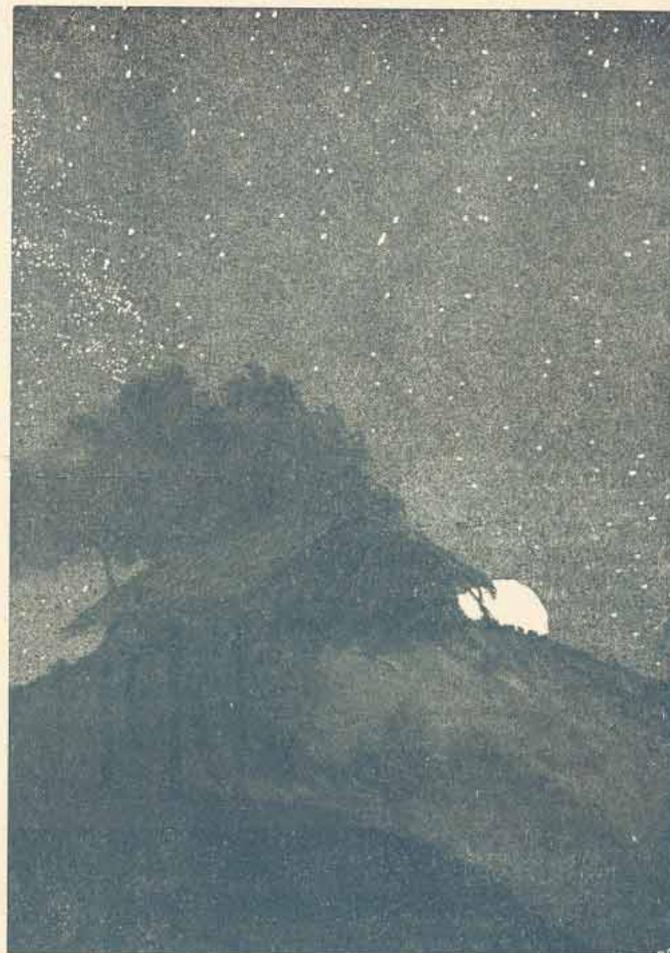
El chubasco ha cesado ya casi por completo: un silencio suave, sólo interrumpido por el gotear de las tejas, ha sustituido al concierto de la lluvia sobre el campo. Juan se estremece de



Estremecido de pronto; a poca distancia, un perro ha sacudido, con áspero ruido, su pelaje mojado; a su derecha, por la ventana sin vidrios, sale el mosconeado del rosario. Se oye perfectamente la voz cascada de un viejo; y luego el coro sordo formado por voces femeninas. Toda su sangre astuta de zorro viejo se subleva y entra en ebullición; es el picorcillo de la curiosidad malsana, el hacerse dueño de un secreto y contarlo a los compañeros. Pegado el cuerpo a la pared, alarga la cabeza hacia el marco del ventanillo: sus ojos oscuros brillan como los de una huiña rapaz! El dueño del fundo, un octogenario, está en medio de la habitación, sentado en una usada silla de brazos: una larga manta de vicuña lo envuelve por entero; sólo los enormes zuecos forrados asoman por debajo como los pies de un gigante; su cara roja es inexpressiva y estúpida. La llama vacilante del chonchón, colgado del muro, lo alumbraba a veces y a veces lo deja en sombra. —Padre nuestro, que estás en los cielos comienza su voz cansada; y el grupo de mujeres y de viejos, apoltonado junto a la pared, responde como en un responso: —Ruega por nosotros los pecadores... Juan Sapo recuerda que don Juan Trejo, el dueño de "El Maitén", es un viejo simpón del cual se cuentan divertidos chascarrillos. Tiene fama de ser el montañés más crédulo de la región. Se oye, de pronto, en el silencio, el grito agorero de un chuncho que pasa volando sobre las casas. Su cho-cho frío se desvanece poco a poco en la noche negra. El rosario se interrumpe de improviso: un soplo de misterio supersticioso ha pasado por el grupo de campesinos, amontonado en el cuarto, a la luz del candil. El viejo hace la señal de la cruz y pronuncia el conjuro contra el diablo que se acerca y se cierne sobre las casas de "El Maitén."

VUELVE POR UN QUESO!
POR
Mariano Latorre

—Vuelve mañana por un queso.



La cabeza de Juan Sapo se retira del marco de la ventana; una idea llena de malicia juguetea nacida en su cerebro, rico de recursos y de astucias. Lo importante es no dejar rastros de su estadia. Agachado, coge las riendas de su caballo y lo lleva de tiro por el camino.

Monta ágilmente y clava las espuelas. Una alegría retozona le hormiguea por todo el cuerpo. Sólo se apesadumbra, después de la feliz ocurrencia, por no saborear entre sus labios el cigarrillo de hoja y no sentir el chisporroteo rojo del maíz que se quema. Los cascotes del caballo chapotean en los charcos y resbalan a veces en el barro arcilloso de la carretera:

—El viejo Trejo debe tener buenos quesos, piensan, haciendo un gesto cínico.

II

Al amanecer cesó la lluvia; el viento sur corrió las nubes hacia la cordillera y el sol de invierno, pálido y húmedo, alumbró el campo convertido en un lodazal inmenso.

Por el mismo caminito serrano en que pasó el arriero la noche anterior, avanza un extraño jinete. Monta un caballejo crinado y negro; su montura es una serie de mantas viejas, atadas con un cordel que pasa por el vientre del caballo, a modo de cincha; una sola y enorme espuela está adherida a su talón desnudo y un sombrero rojo, especie de bonete maulino, cubre su cabeza; en su cara curtida, de rasgos huesudos, juguetea una sonrisa astuta y montaraz.

Al llegar al viejo caserón de "El Maitén", su sonrisa se esconde bajo un gesto áspero, que tuere su boca. Espolea al caballejo para que mueva su corto rabo pelón y tome un aspecto poco habitual en las cabalgaduras de la montaña.

Bañada por la luz, aparece la veja casa, apuntalada en troncos de árboles, con sucio aspecto de abandono y pobreza; la montaña azul se eleva al frente, coronada de nubes.

En el corredor, donde se guareció en la noche, no hay alma viviente. Un perro dormita al sol y al verlo, acostumbrado a los huasos que llegan todos los días al fundo, levanta la cabeza y continúa su sueño.

Esto descomponen un tanto el plan del montañés. Es preciso que el perro ladre y se enfurruñe.

—Si aullara, sería magnífico, piensa Juan Sapo.

Imita concienzudamente el gruñir de un perro; el otro levanta la cabeza, mira un momento distraídamente al recién llegado y vuelve a dormitar.

Juan Sapo insiste de nuevo; esta vez el perro muestra los dientes, irritado, y ladra con violenta rabia; luego, es un concierto ruidoso de ladridos. Todos los perros de la casa rodean al caballejo, ladrando furiosamente.

Se siente, entonces, el arrastre de unos zuecos sobre los ladrillos y don Juan Trejo aparece en la puerta, con su manta de indefinible color, apoyado en un grueso bastón de guindo. Espanta los perros con apremiantes gritos; sus ojillos grises sin expresión, ribeteados de rojo, miran la extraña facha de ese jinete que se ha detenido frente a su puerta.

Su voz asmática tiene un tonillo de mando despectivo que regocija aún más a Juan Sapo.

—¿Qué se le ofrece, amigo?

Con voz humilde, como conviene a un diablo pobre y montañés, responde Juan Sapo con toda naturalidad:

—Venía por el quesito que



PARA la mayoría de los profanos en arquitectura — y son más de los que se cree— constituye una preocupación esencial la cuestión del estilo, la pureza del estilo, la propiedad del estilo, el estilo uniforme y único en todo su rigor. Querrían que el artista fuera esclavo de las líneas y los adornos con que cada época interpretó su ideal y, en sus labios, el mejor elogio es reconocer que un edificio se adapta a tal época "hasta en los menores detalles".

Indudablemente, una casa debe guardar cierta armonía y si el constructor no pudo imprimirle sello personal y buscó sus modelos en las obras maestras de otro tiempo, por lo menos el alma de entonces deberá estar en el conjunto y también en las pequeñas cosas significativas; pero la exageración de este criterio constituye un vicio y una inocencia.

Porque todas las artes se parecen, en el fondo; y ¿qué diríamos de un escritor que no dejara las palabras y las frases del siglo de oro o de un pintor que compusiera y coloreara estrictamente según los modelos del Renacimiento italiano? Que era un pobre pedante sin temperamento ni imaginación, intérprete, copista, incapaz de dar esa nota personal que enriquece el arte y justifica la existencia del artista. En arte verdadero, la repetición mecánica no tiene derecho de vida; es la llama o la chispa original la que se busca y subsiste a través del tiempo y crea esa cosa divina que Keats define: "A thing of beauty is a joy for ever."

Pero acaso en pocas artes resulta más difícil el cumplimiento de este ideal que en arquitectura; el poeta, el pintor, el músico están libres, pueden elegir su medio y sus medios como les plazca; no tienen otra condición que agradar, que producir ese aumento de vida que es el placer, esa especie de eternidad que es la belleza. El arquitecto está encadenado a la tierra, a la utilidad y al dueño; tiene que hacer muchas ventanas y muchas piezas imprescindibles y luchar entre sus exigencias y la armonía de la composición total; un arquitecto es como un político, está concediendo siempre algo, arrojando lastre para subir, cediendo a las circunstancias y salvando lo que se pueda del ideal. En esta lucha son pocos los que



A thing of beauty is a joy for ever... — KEATS.

triumfan y muchos los que sucumben. Y por eso al cruzar las calles, más a menudo que la palabra del poeta, mirando algunos edificios, pensamos lo contrario: "Una cosa fea es una tristeza para siempre."

Santiago ha tenido muchas de estas tristezas; un tiempo no tuvo nada más; pero

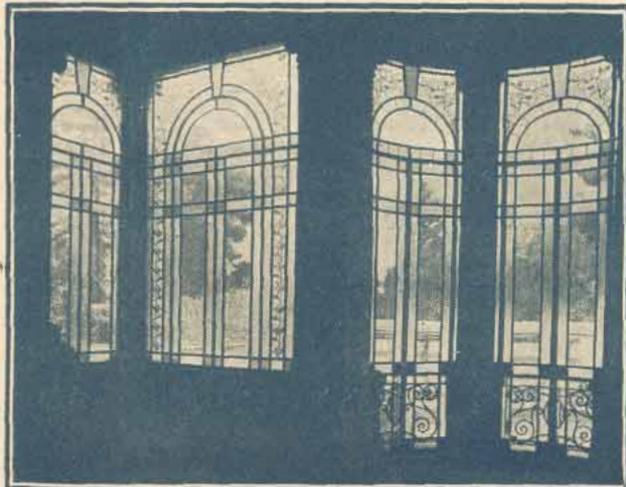
en armonioso consorcio, realizaron la obra maestra del sitio: el palacio de don Augusto Bruna, concebido por Julio Bertrand, gran talento que la muerte arrebató demasiado temprano, y que está llevando a término un poeta, un pintor y un arquitecto: Pedro Prado.

Bertrand, uno de los pocos arquitectos de verdad, en la alta acepción de la palabra, con que hemos contado, tenía un concepto bastante libre de la cuestión estilo; él tomaba sus líneas donde mejor le parecía y sabía fundir el total dentro de su temperamento propio.

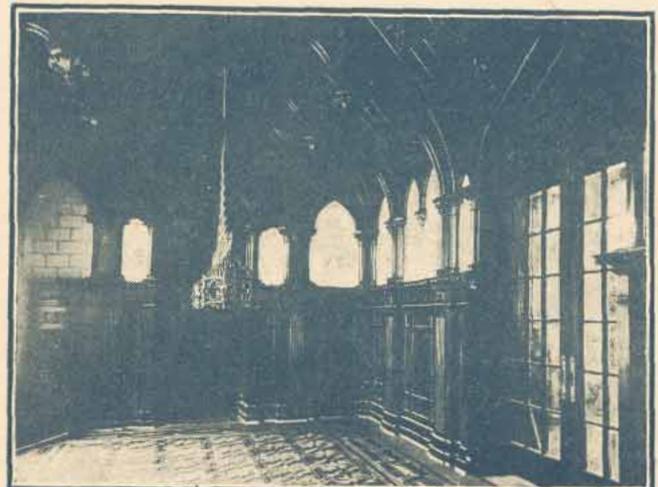
Así, vemos en el palacio Bruna características que lo apartan por completo de las grandes construcciones análogas de la capital; y sobre todo una, verdaderamente rara en nuestro ambiente y que llamaríamos la "majestad alegre". El palacio Bruna no encuentra necesario aparecer sombrío para mantener su dignidad; rodeado de jardines, grande, suntuoso, claro, sus proporciones sobrias y firmes, le dan sin esfuerzo el aspecto imponente, sin quitarle gracia ligera, atracción de simpatía. Una guirnalda de muchachos gordiflones que lo rodea en la parte superior, a manera de friso, le pone un sello de livianura aérea y es casi el único adorno de las fachadas, con sus ventanas, sus pórticos y sus "loggias" inferiores y superiores admirablemente distribuidas y entre las cuales una, la más alta, que mira al Norte, es verdaderamente deliciosa con



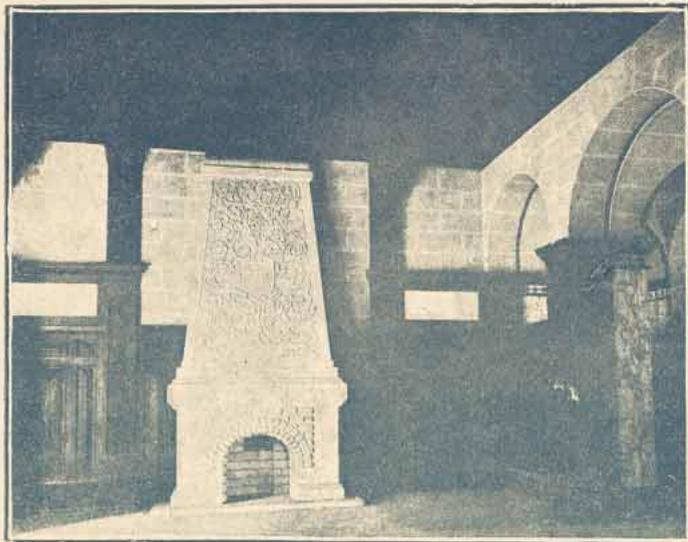
Don Julio Bertrand



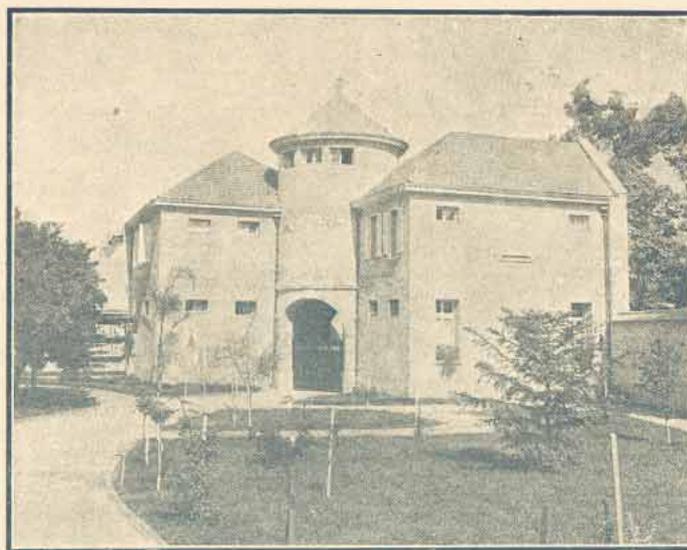
Vista del jardín a través de los vitrales del jardín de invierno



La sala de billar, renacimiento francés.



La chimenea del vestíbulo, con su arco de medio punto peraltado



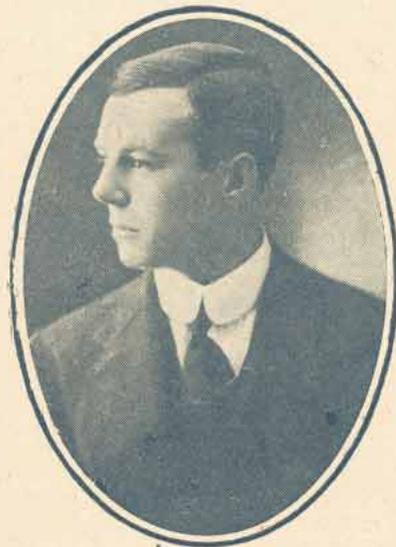
"Garage" y casa del chauffeur

sus arcos bajos y sus columnitas conventuales.

Vamos a verlo más de cerca, en buena compañía.

La puerta de entrada, de hierro, bronce y vidrios azulados, da acceso a un antevestíbulo de magnificencia deslumbradora; alto vitral redondo esperece en el recinto su luz multicolor, de tonos suaves, que cae sobre el pavimento de mármoles muy blancos y muy negros, arranca reflejos verdosos a las barandas de ónix tallado, a las placas de ónix que decoran los muros y hace lucir como cascadas de nieves las dos escalinatas que bajan a derecha e izquierda.

Al fondo, una mampara de cristales transparentes lleva al vestíbulo; bajo, enmaderado con roble americano cubierto de primorosas talladuras, las vigas descubiertas y entre los claros, azul fuerte, un dibujo ligero y afligranado, oro opaco. El motivo ornamental que lo domina es la gran chime-



Don Pedro Prado.

nea tallada en piedra con su hogar abierto en arco de medio punto, ligeramente peraltado. Las arquerías laterales, forradas de madera hasta media altura, tienen la misma curva.

A la izquierda quedan los grandes salones de recepción, estilo francés puro, pintados de colores claros y suaves, en tonos que acarician la mirada; hasta el último detalle está cuidado con esmero minucioso y desde el parquet de Versalles hasta las amplias curvas de los cielos, todo evoca la Corte refinada por excelencia del siglo XVIII.

El último salón comunica con el escritorio, que ocupa la esquina norte del edificio; una pieza toda de caoba, con estanterías incrustadas en los muros, rejas de bronce apagado y arriba una hilera de águilas imperiales, color caña, con alas desplegadas, en un vuelo silencioso.

En el ala derecha se suceden tres aposentos señoriales: el comedor de diario, la sala de billar y el gran comedor, con puerta al

jardín de invierno, a través de cuyos cristales se ve el parque. La sala de billar parece una capilla; el cielo de encina obscura, admirablemente tallada, se levanta hacia el centro, y descuelga hasta muy bajo una lámpara de hierro forjado.

El gran comedor Enrique II se embellece con sobrios adornos metálicos, de plata oxidada. Nos llaman la atención las rejillas de la calefacción central que relucen al fondo y el arquitecto que nos va mostrando el palacio nos advierte que tanto ese trabajo, como los artesonados y otras obras de arte de que el edificio está lleno, han sido hechos por operarios nacionales, alumnos de la Escuela de Bellas Artes; el dibujo finísimo y la perfecta ejecución del trabajo de forja, en que el acero parece plata, constituyen un título de honor para los artistas.

En el segundo piso están los dormitorios, decorados con mayor sencillez y distribuidos a lo largo de una galería de excelentes proporciones que atraviesa el edificio; una escalera lleva al tercero y da salida a la amplia terraza superior.

Después de haber subido los círculos de esta mansión de cuento de hadas, difícil de describir y que podrá adivinarse mejor a través de las reproducciones fotográficas, la terraza luminosa y vasta constituye un gran reposo; y, al llegar a ella, el arquitecto debe recordar la palabra del Génesis: "Et quievit die séptimo". Y descansó el séptimo día...

Todavía no ha llegado para él ese séptimo día. El palacio Bruna permanece inconcluso, y no es lo menos bello lo que falta.

Afirmado en la baranda de la terraza, contemplando una de estas puestas de sol que parecen querer consolarnos de todas las tristezas del invierno, el artista recuerda los comienzos de la casa, o como él dice, la casa de don Augusto, lo que ya añade algo a la idea. El principio fué muy sencillo, casi modesto; el propietario encargó a Bertrand una casa de quinientos mil pesos. Bertrand hizo los planos y comenzó la ejecución, con ese gusto libre, refinado y sobrio que era el suyo. ¿Cuál fué su idea? Su amigo y confidente, compañero en el célebre Círculo de Los Diez, Pedro Prado, podía mejor que nadie conocerla y por esto la contestación está ahí, escrita en los más nobles materiales.

Recibió, sin embargo, una pesada herencia al hacerse cargo de la construcción cuando murió Julio Bertrand; seguir una obra empezada por otro no es como iniciarla uno mismo; tuvo que adaptarse al pensamiento ajeno, interpretarlo, completarlo, siempre en armonía con el conjunto. A falta de esa frescura de inspiración que acompaña los comienzos de todo trabajo artístico, emprendido a conciencia, se necesita un grande esfuerzo de inteligencia, una exquisita flexibilidad de adaptación. ¿Cómo habría solucionado este problema el arquitecto? ¿Qué habría puesto aquí, qué habría quitado allá?

En esta serie de preguntas y vacilaciones, Pedro Prado tuvo la fortuna de encontrar un apoyo en el que generalmente constituye un obstáculo para los artistas: en el propio dueño, Don Augusto, nombre que Pedro Prado no pronuncia nunca sin añadir algo noble y simpático, ha tenido durante todo el

tiempo el tacto finísimo de dejarlo en plena y generosa libertad de acción, sin más que tales y cuales indicaciones siempre oportunas y de buen gusto, insinuadas en la más ligera y delicada de las formas. Un elogio al conjunto, a la disposición de este adorno, luego una interrogación discreta: —¿No le parece a usted que eso quedaría mejor en tal otra forma? — Y nada más. Nunca la sombra de una diferencia en cuestiones materiales; siempre el mismo interés por que la obra maestra alcanzara su máximo de belleza, su plenitud de ejecución, costara lo que costara.

Cuando falleció Bertrand, ya el presupuesto primitivo estaba superado en más del doble; actualmente, la casa de medio millón es un palacio de dos millones y medio que necesitará quién sabe cuánto para terminarse. "No somos libres sino en el primer ac-



Galería del piso superior, que atraviesa el Palacio.

to"; las consecuencias nos encadenan, después, y arrastran por su pendiente.

Se ha entrado el sol mientras conversamos; sobre las ramazones desnudas del Parque Forestal empieza a extenderse una bruma violeta; el Cerro San Cristóbal se aleja y desvanece rápidamente, con la Virgen iluminada al tope; sólo en Oriente las nieves de la cordillera conservan todavía esa claridad que deja el ocaso como para encender el nuevo día; y las cumbres parecen de cristal.

Después de un silencio alguien agrega:

—Es una felicidad, de todas maneras, que las consecuencias del primer acto nos hayan traído hasta aquí — y de una mirada abarca el palacio, el jardín circundante, la ciudad.

LA RIQUEZA
ARTISTICA
DE CHILE



El descendimiento.—La impresionante obra del más grande escultor nacional, Virginio Arias, que se encuentra en nuestro Palacio de Bellas Artes, es considerada por la crítica extranjera y nacional como una de las más bellas concepciones artísticas en su género; fué premiada en el Salón de París. La figura del Cristo, de perfecto modelado, es superior a la de semejante escultura de Rodin. Es un Cristo humanizado, en cuyo cuerpo y faz se aprecian los estragos del dolor y de la agonía. La Magdalena que acompañó al Cristo en su peregrinaje, se arrastra a sus pies, presa de inmenso dolor; su cuerpo desnudo lílial y suave como una flor y como una aroma, hace contraste con el cuerpo agónico y vencido del Maestro. Las otras tres figuras, de María, José de Arimatea y San Juan Evangelista, son el marco perfecto del motivo principal. Cada una de ellas es de un profundo estudio y una maravillosa ejecución.



La Quimera.—Sobre las alas abiertas del monstruo alado está reclinada la Virgen, sujetando castamente el velo que cubre sus muslos; comprende ella que todo es quimera y ha dejado caer sobre el polvo la guirnalda de rosas que llevaba para ceñir la frente de su ídolo. Su mano repele al monstruo que se revuelve y sonríe. Es el instante en que el alma rechaza la quimera que la llevó en sus alas. He aquí el tema de la hermosa escultura del que fué el gran escultor chileno Nicanor Plaza. Obra del más puro helenismo, que si bien no sigue los cánones modernos, tiene una delicadeza de ejecución y un ensueño de belleza que subyuga y atrae profundamente.

El Gobierno al adquirirla para nuestro Palacio de Bellas Artes, no hizo sino justificar la apreciación y el triunfo, que mereció en Europa esta hermosa escultura, premiada en París y calificada por la crítica francesa muy elogiosamente.



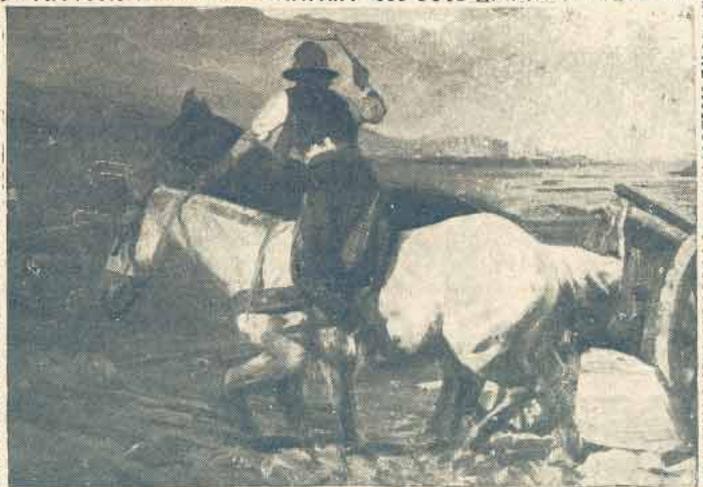
Serenidad, de Valenzuela Llanos. (Colección de don Juan Antonio Orrego)

El cielo rojizo de la tarde se refleja en el paisaje; es el instante solemne del crepúsculo. La vista se pierde en la enorme profundidad del horizonte. La quietud de ensueño del atardecer aparece de una realidad maravillosa.



La Niña de las Cerezas, de Valenzuela Puelma (Colección de don Galvarino Gallardo Nieto)

Aquel adorador de la belleza femenina que fué Alfredo Valenzuela Puelma, es el creador de esta hermosa pintura casi desconocida. Sobre pieles está tendida desnuda la muchacha; su mano juega distraídamente con las cerezas que están junto a ella, mientras sus ojos vagan en un ensueño. El colorido es de una fineza y de una realidad exquisitas y recuerda algo, aunque es superior en esta obra y más verdadero, al de la muchacha del popular cuadro del mismo autor "La perla del Mercado".



Cuesta arriba, de Rebolledo Correa. (Colección de don Galvarino Gallardo Nieto)

Benito Rebolledo Correa, el pintor luminoso, el que ha sabido encerrar en sus obras la claridad solar, es el autor de "Cuesta Arriba", hermoso cuadro que muestra un paisaje y un sujeto netamente nacional. Benito Rebolledo nos recuerda, con singular semejanza, aquel gran pintor español que se llama don Joaquín Sorolla y Bastida.

MÚSICA

MODERNISTAS Y ULTRA-MODERNISTAS

¿Qué orientaciones ha tomado la música en los últimos veinte años? Es lo que nos hemos propuesto tratar en varias ocasiones. La extensión del tema nos ha obligado a avanzar sólo algunos juicios breves. Trataremos, sin embargo, de exponer, en síntesis, algunas fases de este desarrollo, dando algunos nombres de los compositores que forman el núcleo ultra-modernista y las incursiones realizadas por éstos en las regiones del dominio armónico.

Sería menester remontarse al período romántico para mirar desde allí la evolución experimentada por el arte sonoro, ya que esta época, en que florecieron algunos sinfonistas y otros que explotaron el género operístico, puede considerarse como la que dio margen a ese desenvolvimiento posterior compulsivo y violento, acaso no imaginado ni por los mismos que entonces se propusieron dotar la música de una nueva modalidad que acabara con los viejos preceptos del academismo, demasiados explotados y caídos en desuso.

Bien que este movimiento no contó con un paladín que se erigiera en árbitro hasta la aparición de Claude Debussy, que siguió a Fauré y otros que fueron los primeros en introducir en música el género impresionista.



Erik Satie

Era necesario un temperamento tan ardiente e imperativo como el del gran maestro francés, para que el tono mesurado en que se debatían a la sazón algunos problemas estéticos adquiriese a su impulso una fuerza avasalladora que aportó como consecuencia inmediata la transformación sustancial de los principios técnicos, resumiendo el color y el desarrollo invertido de los acordes. De aquí nació el impresionismo, hallando paralelamente la misma expresión del movimiento simbolista sucumbido a la muerte de Mallarmé, en 1898.

Debussy no puede, empero, ser considerado sólo como un impresionista. Ha reunido el impresionismo y el simbolismo con una habilidad que sólo poseyó Mallarmé y que ha tenido tan vasto campo de acción en la música.

Acentuada esta tendencia por los post-debussistas Ravel, Florent Schmitt, Igor, Strawinsky y otros, han ido aún más lejos llevando la música a un estado de poliformismo y disonancias donde la idea de estilo ha sido reemplazada primero por la de carácter y después por la de novedad, abarcando este desenfreno los horizontes más raros e inesperados.

El neo-clasicismo de Vicent D'Indy y la "Schola Cantorum", del cual es éste el más genuino representante, sin ser categóricamente combatido, ha pasado a figurar en segundo término. D'Indy ha formado su pensamiento y educado su sensibilidad en el espíritu de las formas antiguas. Siendo para él la tradición una forma engastada, hasta cierto punto, en el espíritu moderno, su tendencia no es combativa, como pudiera creerse, para aquellos que no se fundan en principios ya determinados.

Este dinamismo tan distintamente orientado de la renovación y transformación del arte no tiene un movimiento unilateral. A cada paso surgen ideas individualistas. El respeto por todos los gustos, teorías y creencias hace que ni Italia se sienta sobre España ni Hungría sobre Francia, Alemania o Inglaterra, habiendo en cada nacionalidad cenáculos donde se dan las opiniones más contradictorias.

¿A qué tiende la música moderna? A una abrasadora sensación de la luz, hacia el rit-

mo diverso y la más extraordinaria complejidad. Sintetizando el ritmo y la tonalidad, la inspiración desaparece para dar lugar a la emoción sucesiva, tan brusca cuanto fugaz. No bien reparamos en un acorde cambiante para caer en una nueva inversión.

Ravel en Francia y Scott en Inglaterra parecen emerger como las figuras representativas de este movimiento que tiende ante todo a la movilidad. En la manera de ver de estos compositores, todo existe en líneas imprecisas. Sus obras son joyas cinceladas con exquisitez, en las que brilla una fina ironía y donde las líneas melódicas, en vez de ser curvas, se caracterizan por los ritmos quebrados dispuestos con cierto orden que los hace aparecer suaves y blandos y evocadores de un sutil hormigueo de luces.

¿Quién podrá anticipar que a esta escuela, tratados ya todos los recursos, seguirá otra que abarque los planos y los volúmenes como en el cubismo? Mas no así la música de Scriabine trazada bajo un programa teosófico como los poemas "Trágico" y "Satánico", producidos a expensas del criterio romántico. La estética de Scriabine procede de las gran-



Claudio Debussy

des tradiciones del último siglo. Si el principio de la tonalidad representa en éste aun mayores alcances que en Strawinsky es, por otra parte, indiferente al color orquestal y partidario de las grandes formas de construcción, como Mahler, Bruckner y Wolff.

¿Qué queda del roble de la música de Wagner? Es la pregunta que se hace en nuestros días. Entre sus ideas y los hechos particulares que persisten, media un abismo. No más cristianismo como base esencial de la perfección, ni el pesimismo obscuro que constituyó la base de la época romántica. El arrullo cadencioso, el amor como la suprema redención, no son ya de nuestros días. La estética moderna va por caminos muy diferentes de aquel que llevaba a los escondidos anales de la mistagogía cristiana de Parsifal. Para Nietzsche, Wagner quiso cerrar el campo a la posibilidad de nuevas realizaciones.

Strawinsky trae, por el contrario, a los países occidentales, la opulencia oriental deslumbradora y fantástica. Strawinsky, en "Petrouchka" y "Pulcinella", ha dado el último paso en el ballet ruso. Mientras que los vieneses carecen de fuerza en la organización, los rusos sacuden al mundo musical con su rudeza. Las consecuencias del ballet ruso han sido tan hondas, que teatro, estética, plástica, pintura, música y literatura se han conmovido en un temblor inquietante.

Strauss, orquestador turbulento y febril, en "Muerte y Transfiguración", avanza un paso hacia la especulación de los terrenos del arte novísimo. Ha desarrollado hasta la

exageración los caracteres exteriores de la obra de Wagner y Liszt. Grande y conturbativo, materialista avanzado, pero no convincente, aspira al caos y al vértigo sonoro en "Electra", "Salomé" y "Ariadna en Naxos". Es el reflejo de la Alemania post-wagneriana con todas sus cualidades y sus defectos. Manuel de Falla con sus "Noches en los jardines de España", ha apreciado las puras cualidades de todo lo nuevo, y, como vidente, nos muestra también las calidades de lo desconocido.

Erik Satie viene desde 1887 transformando la idea tonal. Aspira a libertarse de la tiranía que imponen las "modulaciones" obligadas y el dualismo mayor-menor. Ha podido aplicar este criterio en las "Sarabandes", las "Ginnopédies" y las "Gnosiennes". De 1891 data "Rose-Croix", y posteriormente "Fils des Etoiles", donde reacciona contra la sinfonía wagneriana. Entre sus obras más importantes merecen citarse "La Statue de bronze" y "Embryons deséchés".

Werner Leo, en Hungría, Bartok-Bela, Kodal y Soltan, recogen el canto popular y la riqueza que éste les ofrece.

Malliepiero, Casella, Pizetti, Tomassi y Castelnuovo, figuran también entre los avanzados. Nació este último en Florencia, en 1895. Su última obra está inspirada en un pasaje de la vida de Piero di Cossimo, por Vassari.

Korngold y Pfitzner, autor de la leyenda de Palestrina, si bien no continúa siendo verdaderamente interesante, constituye una fuerza en el conjunto de la vida artística de Alemania.

En América figura preferentemente MacDowell. El elemento femenino no ha sido ajeno a estas manifestaciones. Madame Armande Polignac ocupa un rango conspicuo entre los compositores franceses. Discípula de Fauré, Vincent D'Indy y Gigout, ha escrito tres óperas "La pequeña sirena", "Las Rosas del Kalifa", en un acto, y "Morgane", en cuatro; una escena dramática "El hipócrita", un baile "Judith" y una hermosa sinfonía "Las mil y una noches", hecha con extraordinaria prolijidad.

Mlle. Nadia Boulanger, lleva obtenidos en el conservatorio todos los premios que allí es posible alcanzar. Ha escrito "La ciudad muerta", de G. D'Annunzio, tragedia en cuatro actos; "Las horas claras", poemas de Verhaeren, y "El faro", poema sinfónico con canto.

La reacción contra el género que inspiraba a los románticos, contra el gesto declamatorio y la retórica, contra la hiperfusión, llegará aún a extremos que no podemos por ahora definir.

No todos los compositores citados pertenecen a ese núcleo que buscan su refugio en lo puramente abstracto. Pocos se acercan en este sentido a Ravel, que no se identifica jamás con lo material.

Estar por encima de todas las cosas, sin participar en el hecho comentado ni llegar a un contacto directo con ellas, mirándolas, por el contrario, desde lejos y sabiendo tratarlas con ironía, he aquí el secreto del arte nuevo que ha dado origen a esta breve crónica.



C. Scott



Mauricio Ravel



Strawinsky

Alberto Valdivia P.

COMETAS

DESDE tiempo inmemorial han sido los cometas signo pavoroso de desastres para los humanos. En los tiempos remotos en que todo era ignorancia y por lo mismo superstición, el cometa era el signo de los dioses amenazantes que anunciaba ruina y enfermedades.

A medida que la observación científica ha permitido estudiar el mundo de las estrellas, se ha podido comprobar que los cometas, como toda manifestación de la materia, siguen leyes más o menos rígidas que permiten calcular su marcha y estudiar con precisión su aparición y su vida misma.

Esta demostración ha alejado de la mente de muchos, excepto el vulgo, la difundida idea de que el cometa era un signo de destrucción y muerte, para convertirlo en una modesta masa de materia que, atraída por el sol en un momento dado, se acerca con pasmosa velocidad a su centro para alejarse después y perderse en los confines del remoto.

Sobre el número de cometas que han sido catalogados y observados, sólo nueve han pasado en forma de poder repetir la observación de su marcha y calcular la longitud de la elipse que describen alrededor del sol como uno de sus centros. Como se sabe, la elipse es una curva cerrada y alargada, en forma de huevo y el paso de los cometas al rededor del sol es solamente la curva de uno de los extremos de la elipse descrita por el cometa, el resto de la cual se pierde en lo ignoto a distancias tales que muchos de ellos no volverán tal vez a aparecer dentro de la memoria de la raza humana. Hay otros cuya curva, más restringida, permite su reaparición en pocos años y entre éstos, que sólo son nueve, figuran principalmente los cometas de Halley, de Enckemvde, Biela, de Faye, de Winnecke—que es el que actualmente se encuentra cerca de la Tierra— y otros cuatro más.

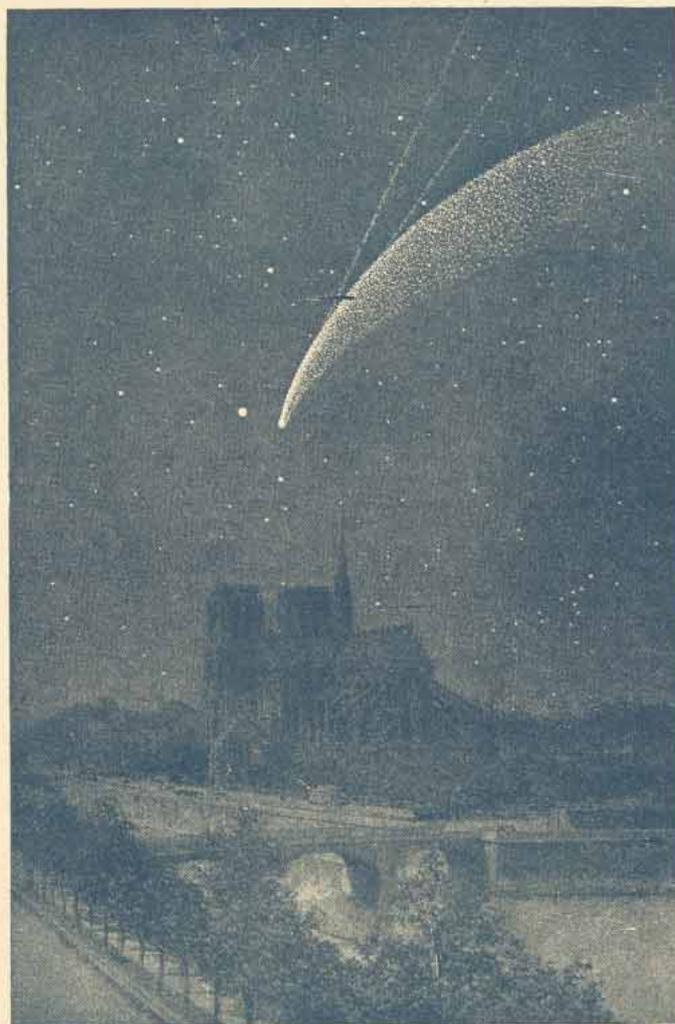
El de Halley, observado ya en 1531, con su reaparición en 1607 y 1682, permitió cal-



Penachos o sectores luminosos del cometa de 1862.—1. El 23 de octubre a la 1 de la mañana.—2. El mismo día, a las 9 de la noche.

cular la duración de su marcha, que se ha fijado en poco más de 76 años, lo cual permitió predecir su aparición para 1735 con una precisión tal, que sólo hubo una diferencia de tres días en la fecha fijada. El cometa Halley en su paso cerca del sol, se acerca a él a una distancia menor que la de Venus, para alejarse después hasta una distancia de más de 300 millones de leguas.

El cometa de Encke es el de recorrido más corto, pues, su reaparición se efectúa cada tres años y cuatro meses y su presencia se ha constatado ya numerosas veces desde 1818 en que fué descubierto, acercándose en cada viaje más y más al sol, hasta que llegue



El cometa Donati sobre París

el día en que se precipite en la inmensa hoguera.

El de Biela, descubierto en 1826 y su reaparición predicha para 1832, fecha en que cruzaría la órbita de la Tierra un mes antes de que nuestro planeta pasara por el punto de intersección. Años más tarde la alarma del cruzamiento con el cometa Biela renació, a pesar de que los cálculos demostraban que sería imposible el contacto con el cometa.

La generalidad de los cometas que pueden percibirse a simple vista, constan de un núcleo o foco luminoso, rodeado de una nebulosa de menor luz y seguidos de una estela o cola que surca el firmamento en pos del cometa. Los cometas que sólo el telescopio puede descubrir, se presentan a menudo solamente como nebulosa, sin foco sólido, y se les ve cambiar de forma y aspecto a medida que avanzan. El Encke, observado en 1871, se presentó solo como un abanico nebuloso sin foco, y, sin embargo, un mes después tenía un foco del cual se desprendían dos mechones nebulosos.

El de Halley en 1863, se presentó sin cola y tres días después se veía crecer y agigantarse una estela nebulosa tras del cometa.

COMETA DE DONATI

El aspecto de los cometas se debe principalmente a su posición respecto al observador terrestre y al cambio de forma y estructura en el cometa mismo a medida que se aproxima al sol, pero principalmente es una cuestión de perspectiva.

Generalmente los cometas presentan una sola cola, pero los hay con dos o tres y aún el cometa Cheseaul, observado en 1744 y el gran cometa de 1861, presentan un abanico de estelas luminosas formando seis y más ramas.

El aspecto de las colas, rectas o curvas, anchas en el foco para terminar en punta o al contrario, ensanchando desde el foco, es muy variado, pero su posición casi uniforme es en dirección contraria a la posición del

Y LA HUMANIDAD

sol respecto del cometa y su longitud, que se acentúa a medida que el cometa se aproxima al sol, ha sido calculada hasta en varios millones de leguas.

En cuanto a las dimensiones de los cometas se ha podido calcular el volumen de algunos y de sus nebulosas. El de Encke tenía en cierto momento un diámetro de 450 mil kilómetros; el de Donati, en 1858, un diámetro de 9,000 kilómetros, y el de 1812, que los rusos tomaron como signo de la caída de Napoleón, sólo 690 kilómetros, en su foco, en tanto que su nebulosa era de un volumen doble del que tiene el sol.

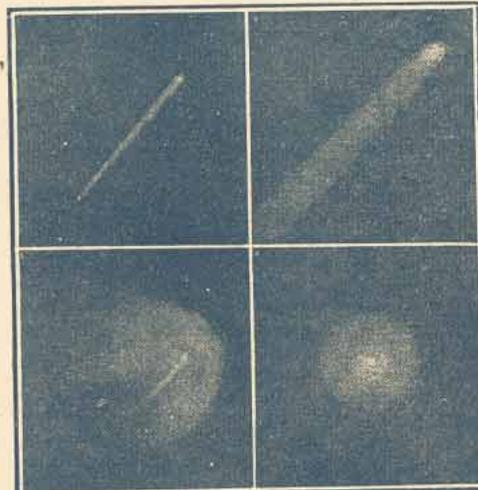
Estas dimensiones no son precisas, pues se nota en los cometas y especialmente en sus nebulosas una gran alteración de forma y concentración o dispersión de sus elementos. En 1833 el cometa Encke se calculó en un diámetro de 450,000 kilómetros y 24 días después este diámetro era sólo de 4,800 kilómetros. Este cambio de densidad y forma de los cometas depende de su relativa proximidad al sol. El análisis del espectro de luz de los cometas, algunos de los cuales han podido ser vistos aun de día claro, sólo permite aseverar que parte de su luz se debe a materia en incandescencia o gaseosa y parte a reflexión de la luz solar.

Su composición química es de carbono simple o hidrógeno carburado revelando todos los cometas observados la presencia predominante del carbono en su composición.

El origen de la cola del cometa, según las observaciones hechas en los hermosos cometas de Halley, Donati y Coggia, parece deberse a la acción del calor solar sobre la materia sin cohesión que al dilatarse llega a desprender una cantidad apreciable en forma de estelas que siguen la marcha del núcleo, formando auréola o cola tras de éste.

Los cometas mismos parecen deberse a desprendimientos de materia en fusión o gaseosa de grandes soles situados a distancias incalculables, las que en su marcha lejos del centro que las ha lanzado llegan a caer bajo la atracción del sol hacia el cual se acercan, para huir después siguiendo la fuerza de su propia marcha, en dirección al lejano foco de que salieron.

La escasa densidad real de los cometas en comparación con su volumen, ha permitido a los astrónomos modernos contemplar sin temores la posibilidad de su encuentro con la Tierra, pues—además de ser bien poco probable este encuentro—la masa del cometa es tan pequeña comparada con la de la Tierra que el choque sería casi insensible y sólo podría producir efectos locales.



El cometa de Halley, según Sir J. Herschel, y a través del lente.



*Las debutantes
y los matrimonios
en nuestro gran mundo*



(Arriba) Srta. María Rodríguez Altamirano.
(Izquierda) Srta. Olya Lyon Vial.

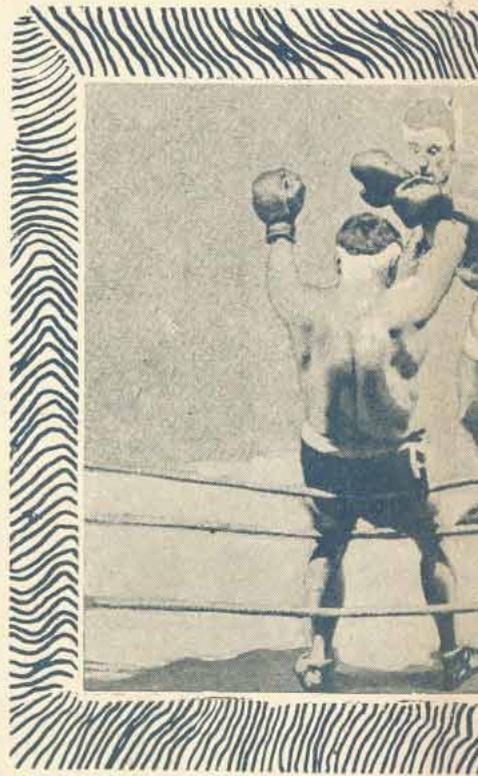


Matrimonio Rosas Lecaros-Eguiguren Oampino



Enlace Grez Irarrázabal-Astaburua-
ga Aristía

UNA INFORMACION GRAFICA DE LOS PROTAGONISTAS DE DEMPSEY GANADOR

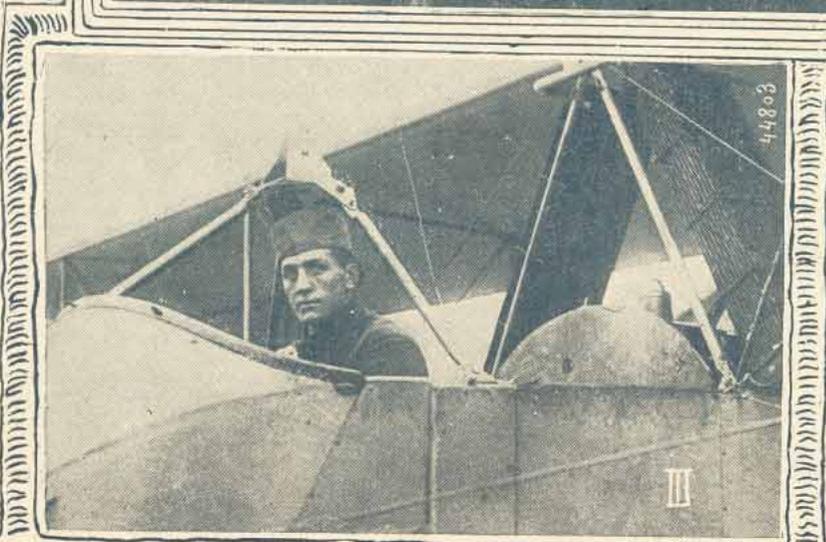
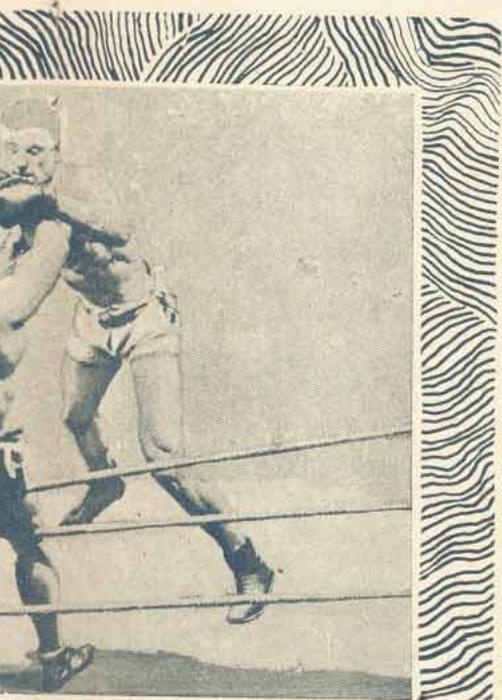


I. Dempsey y dos lindas muchachas americanas, en su famosa película "Vivo o muerto", que tanto lo popularizó entre nosotros.— II. El aspecto fornido y macizo de Jack Dempsey puede advertirse en esta fotografía donde su perfil se destaca sobre el fondo oscuro.— III. El campeón tiene mal genio: así lo prueba el gesto con que discute en esta escena.— IV. La mejor fotografía, en tenida de "gentleman", de Jack Dempsey.— V. Por k. o. de Williard, el 4 de junio de 1919, Dempsey se atribuyó el título de campeón del mundo: he aquí un aspecto del campeón en ese instante culminante de su carrera pugilística, nunca tanto, sin embargo, como en este otro momento más definitivo, en que venciendo al más científico de los boxeadores del mundo, Jorge Carpentier, ha demostrado ser incontestablemente el hombre más fuerte y temible del mundo.

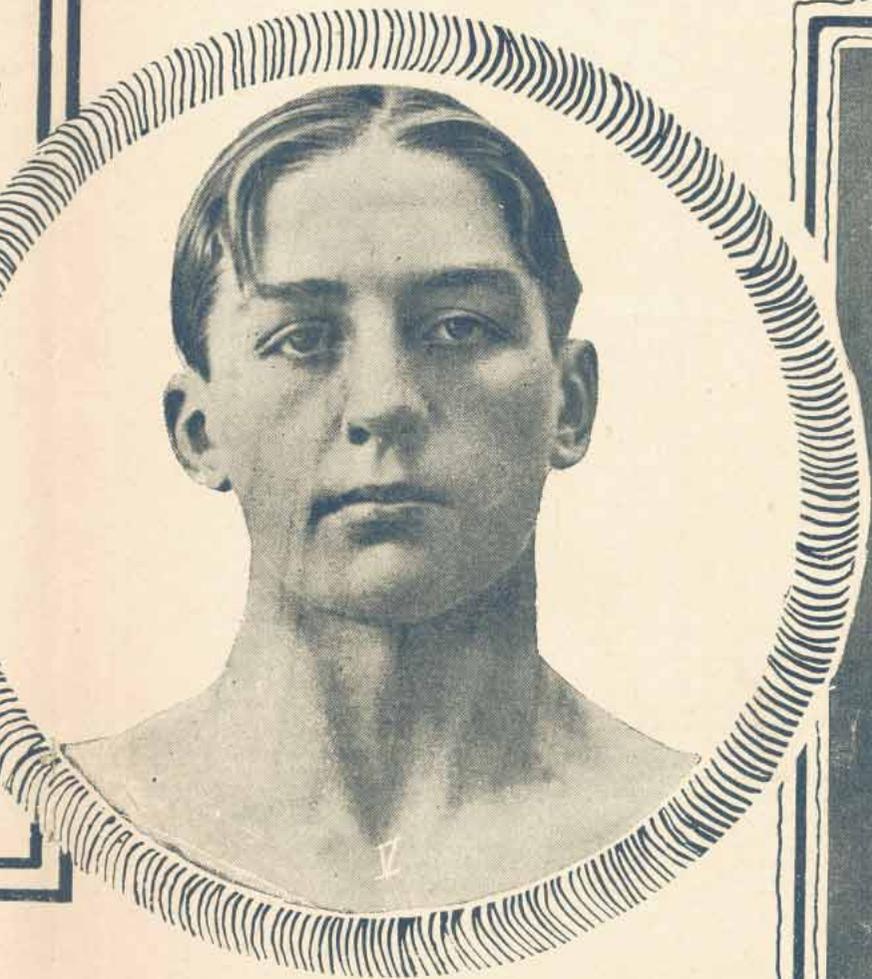
Jack Dempsey, campeón del mundo de todos los pesos.

I. H
su t
mer
Car
sus
fiso
pati
loto
corr
pen

GRAFICA EXTRAORDINARIA
DEL MATCH DEL 2 DE JULIO
CARPENTIER
VENCIDO



UNA RECONSTRUCCION DE UNO DE
LOS BUENOS MOMENTOS DEL CAM-
PEON VENCIDO. CARPENTIER HACE
TAMBALEAR A DEMPSEY Y LE LLEVA
:: HASTA LAS CUERDAS ::

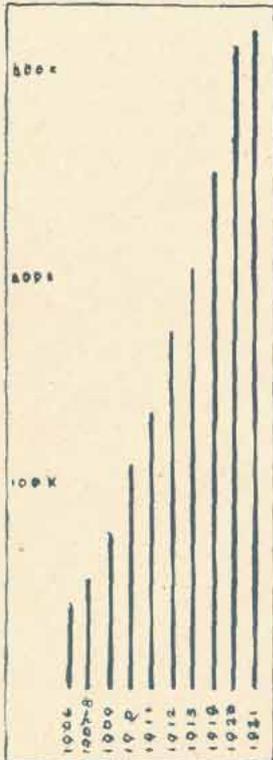


I. He aquí un curioso retrato de Carpentier, al día siguiente de su terrible match con Joe Jeannete; su cara muestra las numerosas heridas causadas por los puñetazos del negro.—II. Carpentier y su esposa durante su viaje de bodas; a pesar de sus peleas, el bravo europeo conserva toda la esbeltez de su fisonomía.— III. Durante la guerra Carpentier fué útil a su patria como aviador; he aquí una fotografía inédita, como piloto de un Voisin-Cañón.— IV. Carpentier en la actualidad, de correcto gentleman.— V. Un magnífico retrato de Jorge Carpentier, cuando a los 17 años era campeón de Europa.

LA HISTORIA DE LOS RECORDS

QUIZA ninguna ciencia haya tenido la rapidez de desarrollo del vuelo mecánico, y esto seguramente porque la aviación tiene razones suficientes para despertar el entusiasmo en todos los caracteres. El que busca la celebridad tiene allí un campo enorme: el verdadero hombre de ciencia podrá pasar aún muchos años haciendo ecuaciones y realizando ensayos aerodinámicos que producirán nuevas y colosales máquinas; y el hombre que se dedica a piloto, será siempre popular.

No todos los progresos pueden llevarse a cifras y comparaciones. Pero los del vuelo mecánico sí. Y como uno de sus más interesantes avances es el de la velocidad, desde que la velocidad ha venido a dar mayor seguridad al avión, a la vez que le ha permitido ponerse muy por encima de todos los medios de transporte, creemos de interés estudiar la progresión rápida y fantástica con que los aviones han ido ganando kilómetros por hora.



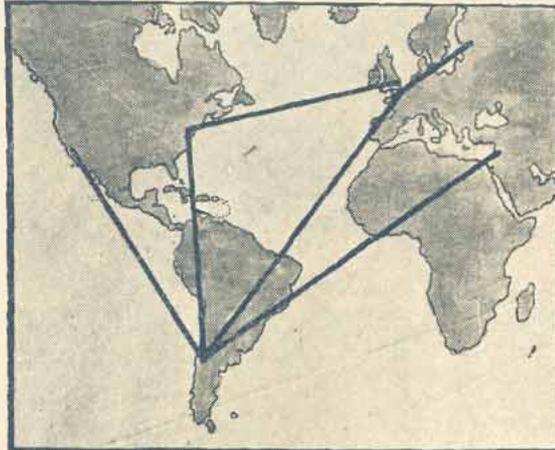
La progresión de los records de velocidad, desde 1906 a 1921, exceptuando los años de guerra, 1914-18

zó a destacarse, realizando el primer vuelo en circuito cerrado. Intentó atribuirse entonces el record de velocidad y lo consiguió: 52 kilómetros por hora, el 26 de octubre de 1907.

En aquel tiempo la velocidad se controlaba tomando el paso del avión a pequeña altura por dos puntos distantes uno de otro, uno a dos kilómetros. Era, pues el "kilómetro lanzado" de los automóviles. Al año siguiente, 1908, Farman era siempre el recordman. Pero en 1909 ya había un nuevo personaje en escena y que pronto habría de hacerse célebre, y de una celebridad que durará toda su vida y persistirá después: Luis Bleriot. El hombre del Canal de la Mancha recorría 76 kilómetros por hora con una de sus máquinas llamadas "libélulas". La progresión era lenta aún.

Hubo un gran trofeo,—que acaba de correrse hace poco tiempo una vez más,—que

VELOCIDAD EN AEROPLANO



El aeroplano ha acortado ya las distancias y las acortará de manera extraordinaria en un futuro no lejano. El ejemplo está en el raid de Alcock y Brown de Terranova a Inglaterra y en el de Ross-Smith, de Londres a Australia. Cuando sea posible volar en línea recta de un punto a otro del mundo, sin etapas y sin preocuparse de montañas o mares, los viajes a Europa perderán su importancia. Con los 300 kilómetros que hoy día desarrolla un avión, se puede ir de Santiago a París o a Jerusalén, en 50 horas, y en 62 hasta Petrogrado; en 33 a San Francisco o New York, y en 30 de esta capital a Londres. Y cuando las máquinas lleguen a los 500 kilómetros,—lo que no está lejos,—iremos a París en 30 horas y a New York en 18; los neoyorkinos necesitarán 20 para llegar a Europa. Y ese será el día en que los domingos tomemos boletos de excursión a la China o a Siberia, regresando a la hora de comer...

fomentó, y mucho, la velocidad de una máquina de volar. Este fué la copa Gordon Bennet, instituida por el famoso periodista inglés para la máquina más rápida del mundo. La primera copa fué ganada por Gleen H. Curtiss, el célebre piloto, constructor hoy del mejor avión yankee, en Reims, Champagne, en agosto de 1909. Alcanzó sólo 73 kilómetros, perdiendo su record antes de finalizar el año, pues que pocos días después Bleriot hizo los 76.

La segunda copa se corrió, según el reglamento, en la patria del último ganador. Belmont Park, en Estados Unidos, vió la competencia. Sin embargo, meses antes de ella, durante una gira por Estados Unidos, Alfredo Leblanc, jefe piloto de Bleriot, pasaba por la primera vez los 100 kilómetros, haciendo 109 en una hora.

El día de la copa, Leblanc era el favorito, pero chocó en las primeras vueltas contra un poste telefónico.

Claudio Grahame White, uno de los precursores de la aviación inglesa, triunfó en los 100 kilómetros que indicaba el reglamento, haciendo 98 kilómetros a la hora. No pudo, pues, batir el record de Leblanc, y éste fué el campeón de 1910.

En realidad, nadie había puesto demasiado interés en aumentar la velocidad del avión. Se conocía la teoría: quitar todo aquello que hiciera resistencia al viento. Pero como esto, en aquella edad incipiente, podía disminuir la solidez de la máquina, no había interés. Y, por lo demás, con trenes de aterrizaje elementales, que se rompían aun

en los más suaves descensos, no era de pensar en que una máquina llegase al suelo como un bólido.

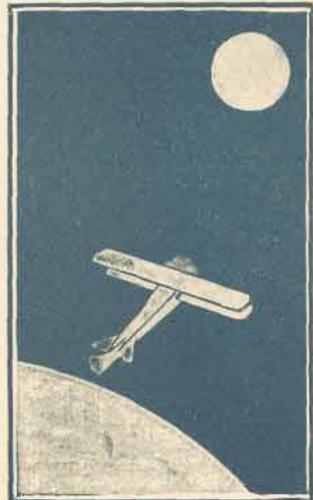
Todo tiene sus precursores, y la velocidad del avión tuvo uno que es honra de Francia: Nieuport. Pense el éxito del vuelo mecánico por medio de la velocidad, y su máquina, considerada un peligroso meteoro, hizo maravillas. Y hasta hoy el Nieuport ha quedado ligado a todos los triunfos de la velocidad, en aviación: la última copa Gordon Bennet le pertenece.

En 1911 se hicieron numerosas tentativas, pero sólo a Nieuport correspondió el éxito. Su pequeña máquina semejante a un pez corto y ventruado y en la que todo era diferente,—desde el "gauchissement" accionado con los pies hasta el tren de aterrizaje constituido por un resorte de automóvil,— hizo 133 kilómetros con un débil motor Nieuport de 28 caballos, de dos cilindros horizontales. Esa fué la mayor velocidad de 1911, pues la Gordon Bennet ganada por Charles T. Weymann, también en Nieuport, en la isla de Sheppey, Inglaterra, dió sólo un promedio de 125 kilómetros.



Bernard de Romanet, el campeón actual de velocidad

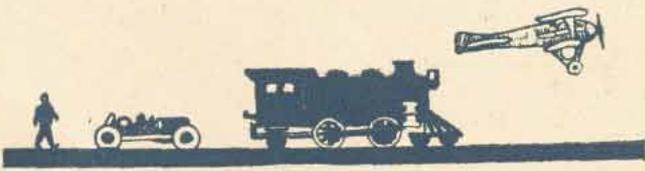
Al año siguiente, 1912, la velocidad constituía ya una preocupación de los constructores, y aparecía una nueva firma que iba a disputar a Eduardo Nieuport la supremacía: la casa Deperdussin, cuya alma era el ingeniero Bechereau. Vedrines fué el piloto designado para tentar el record de velocidad, y lo realizó con extraordinario éxito. El 13 de enero, en Pau, hacía 142 kilómetros por hora, con un Deperdussin monococque 140 caballos. El 22 de febrero elevaba esa cifra a 161 kilómetros. Y el 1.º de marzo volvía a batirse a sí mismo, haciendo 164 kilómetros. Pero el célebre piloto aún no estaba satisfecho y en las pruebas de eliminación de los campeones de Francia para la copa Gordon Bennet, llegaba hasta 169 kilómetros, demostrando a la vez que en línea recta su máquina hacía cerca de 180.



Pero todo tiene su contraste. Y así nada valen las enormes velocidades de un avión para ir, por ejemplo, a nuestro más popular planeta, la Luna. Separada de nosotros por 365.000 kilómetros,—un cuando está más cerca,—un avión que hiciera 500 kilómetros por hora, necesitaría 730 horas, o sea 34 días—si nuestros cálculos no están errados,—para llegar a ella. Pero siempre quedan modos de consolarse: un tren necesitaría un año...

Weymann, el último ganador de aquella copa, era americano, y en Estados Unidos se corrió la prueba del año 12, en el aeródromo de Illinois, Chicago, sobre una pista circular que los pilotos debían recorrer hasta completar 200 kilómetros. Vedrines en Deperdussin, 140 caballos, fué el triunfador, estableciendo su último y maravilloso record del año: 174 kilómetros por hora.

1913 no vió tantas tentativas. Se había avanzado demasiado en el año anterior. Sin embargo, en julio. Maurice Prevost sobre otro Deperdussin igual al de Vedrines, elevaba el record a 180 kilómetros, y al siguiente día hasta 190. Después,—el 29 de septiembre,—se disputaba en Reims la nueva Gordon Bennet. Prevost triunfó en ella sobrepasando los 200 kilómetros por primera



La distancia que media entre Santiago y Valparaíso, un hombre, a pie, la recorre actualmente en dos días, más o menos, o sea en 48 horas, utilizando el camino más viable, por Lo Prado y Casablanca. Por igual camino un automóvil hace el viaje, a una marcha normal, en 6 horas. Un tren pone hoy día,—el expreso,—3 horas 45. El avión de De Romanet sólo emplearía 18 minutos en llegar a Valparaíso.

Desde la época de los Faraones hasta la de los coches autom6viles

POR los años 1491 antes de la era cristiana el Fara6n que reinaba en Egipto fu6 el primero en servir de un veh6culo de transporte al emplear las llamadas "carrozas egipcias" para el avance y retirada r6pida de sus ej6rcitos en tiempo de guerra. Pero el empleo de veh6culos tirados por caballer6as, como medio de transporte, tard6 mucho en generalizarse. Aun en la edad Media se carec6a de medios c6modos para el transporte de pasajeros.

El primer carruaje que menciona la historia fu6 el que transportaba a la esposa Carlos de Anjou a su entrada en N6poles el a6o 1280 de nuestra era. Era un peque6o veh6culo decorado, el cual llam6 desde luego la atenci6n no s6lo de los grandes del reino sino tambi6n de los simples ciudadanos. La consecuencia de ello fu6 un decreto real que prohib6 a la plebe el empleo de carruajes. No fu6 sino a mediados del siglo XVI cuando se generalizaron en Francia e Italia y a6os despu6s en Inglaterra.

El mal6simo estado de los caminos de aquella 6poca dificultaba mucho el empleo de veh6culos; pero a principios del siglo XVII, las diligencias y coches de alquiler llegaron a ser tan numerosos, por lo menos en Inglaterra, que obstru6an las calles de Londres, como lo alegaba efectivamente uno de los ciudadanos en su petici6n dirigida a Carlos I. Pero dichos veh6culos no dejaban de desempe6ar un papel importante en el desarrollo comercial, pues serv6an para el transporte de pasajeros y para el de la correspondencia.

En 1770 tuvo lugar algo que di6 origen a un nuevo medio de transporte. Fu6 el ensayo del primer coche a vapor en las calles de Par6s, inventado en 1769 por

Nicolas Cugnot, de nacionalidad francesa. Dicho carruaje con cuatro pasajeros, recorri6 las calles de aquella ciudad a raz6n de unas tres millas por hora. Fu6 aquella la primera expresi6n de una fuerza nueva, de una potencia gigantesca que estaba llamada a transformar el modo de vivir de los varios pueblos. Pero, lejos de causarles admiraci6n a los espectadores, Cugnot fu6 objeto de befas e insultos y acab6 por ser metido en un calabozo como amenaza p6blica.

A Trevithic, de nacionalidad inglesa, corresponde la distinci6n de haber ideado el



1. Tipo de "locomotora" a vapor en servicio entre Birmingham y Londres, 1833. Hay su diferencia entre este armatoste y un 6mnibus moderno provisto de neum6ticos.—2. El medio de transporte moderno.

primer coche a vapor pr6ctico cuyo andar era apenas m6s r6pido que el de un hombre a pie. Pero a pesar de muchos ensayos y demostraciones que de 6l hab6a hecho, el p6blico no manifestaba mucho inter6s, en vista de lo cual, el inventor abandon6 el proyecto para dedicarse a la construcci6n de una locomotora. Cerca del a6o 1830 unas doce compa6as se ocupaban en el transporte de pasajeros por medio de veh6culos de vapor en varias partes de Inglaterra. Algunos de dichos veh6culos rodaban a raz6n de 15 millas por hora. La famosa ley de la "Bandera Roja" promulgada en 1865, hizo que virtualmente desaparecieran del camino tales veh6culos. Este extravagante decreto mandaba que todo veh6culo fuese procedido a una distancia de 100 metros, por un hombre portador de una bandera roja, y adem6s, limitaba la "velocidad" a cuatro millas por hora.

El amanecer de la era moderna del automovilismo no se vislumbr6 sino hasta el a6o 1885, 6poca en que fu6 inventado el motor de combusti6n interna. Las innovaciones y perfeccionamientos fueron efectuados en r6pida sucesi6n y la velocidad aument6 de 14 millas por hora en 1895 a 65 millas por hora en 1903 (carreras). El coche autom6vil revolucion6 r6pidamente el sistema de transportes en todas partes, y su utilidad diaria qued6 demostrada. Efectivamente, el autom6vil del siglo XX vino a resolver un problema hist6rico. Ha ensanchado el radio de acci6n de la humanidad y contribuido a la perfecci6n de los m6todos comerciales. Es hoy d6a fuente de placer y valioso auxiliar del comercio, 6til en la paz y formidable en la guerra.

Los "Magos de la velocidad" en 1894 y en 1921

CUANDO por los a6os 1894 se presentaron unos cuantos veh6culos propulsados por motor de gasolina para efectuar una carrera de autom6viles surgi6 ante el mundo una nueva era de transporte, pues fu6 la carrera entre Par6s

y Ru6n la que despert6 el inter6s del p6blico por aqu6l al parecer "juguete" inventado en 1885.

Los coches autom6viles estaban llamados a generalizarse en todo caso; pero su r6pida evoluci6n se debe en gran parte a la publicidad y resultados logrados en las carreras celebradas en aquella 6poca.



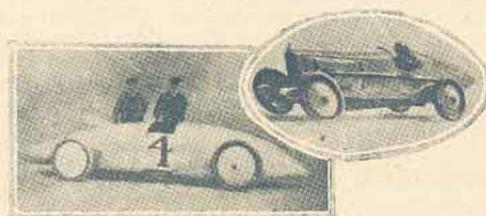
Carrera de 800 kil6metros entre Nueva York y Boston, (E. U. de A.), el 9 de septiembre de 1901

los cert6menes en su libro titulado "Diez a6os con coches autom6viles." "Imag6nese el efecto—escribe—si al principio doce fabricantes estuvieran practicando experiencias respecto de varios tipos de veh6culos mec6nicos que intentaban construir. Los m6s entre ellos estudiar6an los mismos principios y tropezar6an con an6logas dificultades y tanto secreto guardar6an en todo lo relativo a sus respectivas



Carrera de autom6viles en 1898. Coches el6ctricos y de vapor solamente.

experiencias que el uno no se enterar6a de lo que llevaba a cabo el otro. Cada uno trabajar6a exclusivamente para s6 y el resultado de sus esfuerzos por lo que respecta a la generalidad ser6an casi nulos. La noticia de que M. de Gaet6n hab6a realizado un viaje de ida y vuelta entre Burdeos y Par6s, en el espacio de 48 horas, apenas si hubiera llamado la atenci6n del p6blico. En cambio cuando esa haza6a fu6 llevada a cabo por M. Levassor en una carrera celebrada en



1. Tipo de coche de vapor que en 1906 bati6 el record mundial, habiendo recorrido un kil6metro en 18 2/5 segundos.—2. Ralph de Palma, competidor de fama internacional, conduciendo el Packard "905" en una carrera en que estableci6 un record inaudito, rodando a la enorme velocidad de 240 kil6metros por hora.

1895, cundi6 la noticia cual un rel6mpago de un confin del mundo a otro. Y aquella carrera demostr6 de un modo incontrovertible que el coche autom6vil lejos de ser un juguete de movimiento, era un mecanismo ingenioso capaz de recorrer

largas distancias e iniciaba una nueva era en el sistema de transporte."

En vista de los resultados obtenidos en esas carreras, cada naci6n se mostraba orgullosa del 6xito de sus coches autom6viles respectivos. El ganar una copa en un cert6men internacional de este g6nero, consider6bse el mayor de los triunfos. Era, pues, muy natural que los coches que demostraron su m6rito en aquellas carreras fuesen considerados como los coches m6s seguros, resistentes y pr6cticos. El valor fundamental de las carreras de autom6viles consist6a en que serv6an para demostrar la bondad relativa de los motores e indicar a cada fabricante aquellos principios de su coche que no eran a6n perfectos. Cabe decir, pues, que las carreras de autom6viles seguir6an celebr6ndose mientras resulten provechosas para el progreso de la industria autom6vil.



Tipo de coche con motor de gasolina empleado en la carrera entre Par6s y Ru6n, el 22 de julio de 1894

LAS AVENTURAS DE UN GRAN AVIADOR

HE AQUÍ UNA DE NUESTRAS MÁS POPULARES FIGURAS. HEROE DE LA PRIMERA TRAVESÍA DOBLE DE LOS ANDES,—Y DE UNA TRAVESÍA REALIZADA SIN PREPARACIÓN Y DE SORPRESA,—EL CAPITAN ARMANDO CORTINEZ ES UNA FIGURA SIMPÁTICA EN NUESTRO AMBIENTE. LE QUIEREN SUS AMIGOS Y LOS QUE APENAS LE CONOCEN POR SUS HECHOS, ES POR ESTO QUE HEMOS CREIDO INTERESANTE RECORDAR AQUÍ BREVEMENTE LAS AVENTURAS EXTRAORDINARIAS DE ESTE PILOTO SALVADO NO HACE MUCHO CASI MILAGROSAMENTE DE UNA CAÍDA TERRIBLE. TODOS CONOCEN A CORTINEZ Y CONOCEN SUS HAZAÑAS, PERO HAY QUIZA ALGUNOS DETALLES Y MUCHAS ANECDOTAS QUE NO HAN LLEGADO POSIBLEMENTE HASTA EL PUBLICO. EL LECTOR JUZGARA ::

¡EL capitán Cortínez! Muchas cosas recuerda este nombre popular. El capitán Cortínez, o, mejor aún, Cortínez a secas. Y no es que nadie pretenda echárselo al hombro; de ninguna manera. Pero Cortínez es joven, chacotón, gracioso, y todos se sienten un poco amigos de él, aunque lo conozcan por fotografía. Y además, con él podría rezar quizá aquella anécdota de Foch, quien recibió de un soldado esta respuesta, al indignarse porque se le llamaba Foch solamente:

—Mi general, no debe ofenderse: yo también digo Napoleón a secas...

Cortínez es, fuera de duda, "l'enfant de l'amour" del dios de la aviación. Bien es cierto que cuenta a su haber con un golpe formidable, un golpe suficiente para despa- char al otro mundo a cualquier aviador, y al fin eso de caerse no es suerte precisamente. Pero es suerte, en cambio, quedar vivo después de tan extraordinaria manera de tomar contacto con nuestro planeta.

El hombre de la escapada, — él fué el primero que se escapó y por eso mereció la gloria los aplausos y el ascenso, — se nos va a Europa nuevamente. Se va esta vez no en misión aeronáutica, sino a descansar y a "repararse." Así lo dice él:

El capitán Cortínez, tal como quedó después de la terrible caída. En su cara pueden notarse las cicatrices.

tener la frente lisa y el perfil griego o chileno... Y voy a aprovechar para que me afine la nariz, me agrande los ojos,—esto debe ser para no caerse más,—y, en fin, mejore la presentación. Y luego, a volar nuevamente, aunque ya no haya ninguna cordillera que pasar gratis...

La suya es una vida extraordinaria. Fué un chiquillo diablo, saltón, travieso, muy inteligente bajo un aspecto bonachón, unos ojos un poco adormecidos y una voz quedada de campesino tardío. Muchos le creían tonto. Y allí estaba su talento, pues mientras los demás imaginaban tomarle el pelo, era él quien se reía de los otros. Es una filosofía como otra cualquiera. Más tarde,



—No me siento bien, y además este golpecito me afea mucho. ¡Qué diablo! Todavía no estoy tan viejo, aunque sea capitán, y siga soltero... El doctor Carrel, en París, me hará las reparaciones necesarias en la herida, y volveré a

grandecito, cadete, subteniente después, fué siempre el mismo. Buen muchacho, diablo todavía, popular entre los compañeros. Su tonito dulzón y lento se convirtió, pulido por la práctica y la experiencia, en una manera ingenua de preguntar, de inquirir, en una eterna inocencia de lo que ocurre, que es el fuerte de Cortínez para hacerse simpático y resultar gracioso sin afectación. Pero nadie creía de él nada más que eso. Muy buen chico, muy amigo de dar vueltas en la plaza, bastante divertido y... pare de contar.

Pero todos se equivocaron indudablemente. Su primer curso en la Escuela de Aviación no fué extraordinario. Algunos porrazos pequeños, algunos retos del capitán Avalos, tratando de tranquilizar esa cabeza más "volada" de lo que debe tenerla un aviador, y nada más. Volvió a los regimientos. Y volvió después a la Escuela de Aviación, en esa eterna inquietud de nuestra milicia que no ha permitido hasta ahora tener aviadores militares dedicados con ahínco a su problema.

Fué entonces cuando se realizó la escapada famosa. Y de ella se cuenta por allí que fué el capitán Godoy quien dió a su amigo las instrucciones sobre el viaje, creyendo quizá que éste se realizaría cuando hubiese permiso.

—Tomas altura, — le dijo el pequeño piloto de la gran cabeza, — te lanzas por entre esos dos cerros y te acercas hasta otro grande que saldrá más atrás. Lo pasas por la derecha y sigues hasta que veas bajar la cordillera. Entonces te meterás en las nubes, en un mar de nubes. Y apenas estés dentro de ellas, cortas tu motor y te lanzas cielo abajo: eso es Mendoza.

El capitán Cortínez se aprendió bien la lección y la cumplió. Salió, subió, pasó aquéllos y este cerro y se metió en las nubes. Cortó el motor y se lanzó hacia la tierra. No vió a Mendoza, pero no quiso dudar; y se embutió en una loma cordillerana, pues su máquina había marchado más lentamente que la de Godoy. Y sin embargo, volvió en ella en una forma extraordinaria.

Pocos hombres tuvieron una popularidad

más absoluta. Cortínez gozaba con ella ingenuamente, y se divertía con su situación de héroe. Se le llenó de regalos. Y los usaba todos, hasta un escarbadientes de oro que mostraba en la calle, a cada instante, para que creyesen, — según decía él, — que venía llegando da algún lunch o un banquete más... Con tanta fiesta debió mandarse a hacer nueva ropa, y era entonces cuando le decía a su sastre, en ese tono suyo, que parece serio para los que no lo conocen:

—Pero, señor, por Dios, ¡caramba que corta mal usted! Mire el chaleco más largo que el frac... Y como es blanco, se ve por debajo, como esa moda de los calzoncillos sobre los zapatos... ¡Qué barbaridad!

Después fué el viaje a Europa, recompensa de su hazaña. Paseó bastante; y, según las malas lenguas, más le vieron los cabarets de París que las fábricas de aviones de Londres. Pero también voló, visitó talleres y aeródromos, y examinó todo como si hubiese entendido el inglés. Y dejó fama de liviano y de alegre.

Llegó, por último, el accidente, el terri-

ble accidente. Su caída trágica, violenta, no se explicará nunca, como quedan siempre en la penumbra tantos accidentes de aviación. Un poco de fatalidad, un mal momento, un descuido del piloto y quizá una falla de la máquina. Y el cuarto de hora malo que todos tenemos, — esa vez fué un segundo malo, — llegó para Cortínez.

Afligidos sus compañeros, le traían hacia Santiago en un carro ambulancia, creyendo que quizás no llegaría vivo. Cortínez estaba en su juicio, pero se hacía el desmayado. Y oía los comentarios de los médicos junto a él.

—Parece que no respira, — decía uno, — debe estar muerto.

Y allá llegaba otro a auscultarle, comprobando un débil vaho.

El piloto, herido y golpeado, con los ojos cerrados, gozaba de esa sensación de muerte que estaba inspirando. Pero se cansó, y había decidido volver ya a la vida dándose el derecho de resucitar, cuando un cirujano indicó gravemente:

—Apenas vuelva en sí lo operamos.

Y Cortínez volvió a apretar sus párpados haciéndose el muerto en la forma más correcta posible para que no le molestaran por un rato.

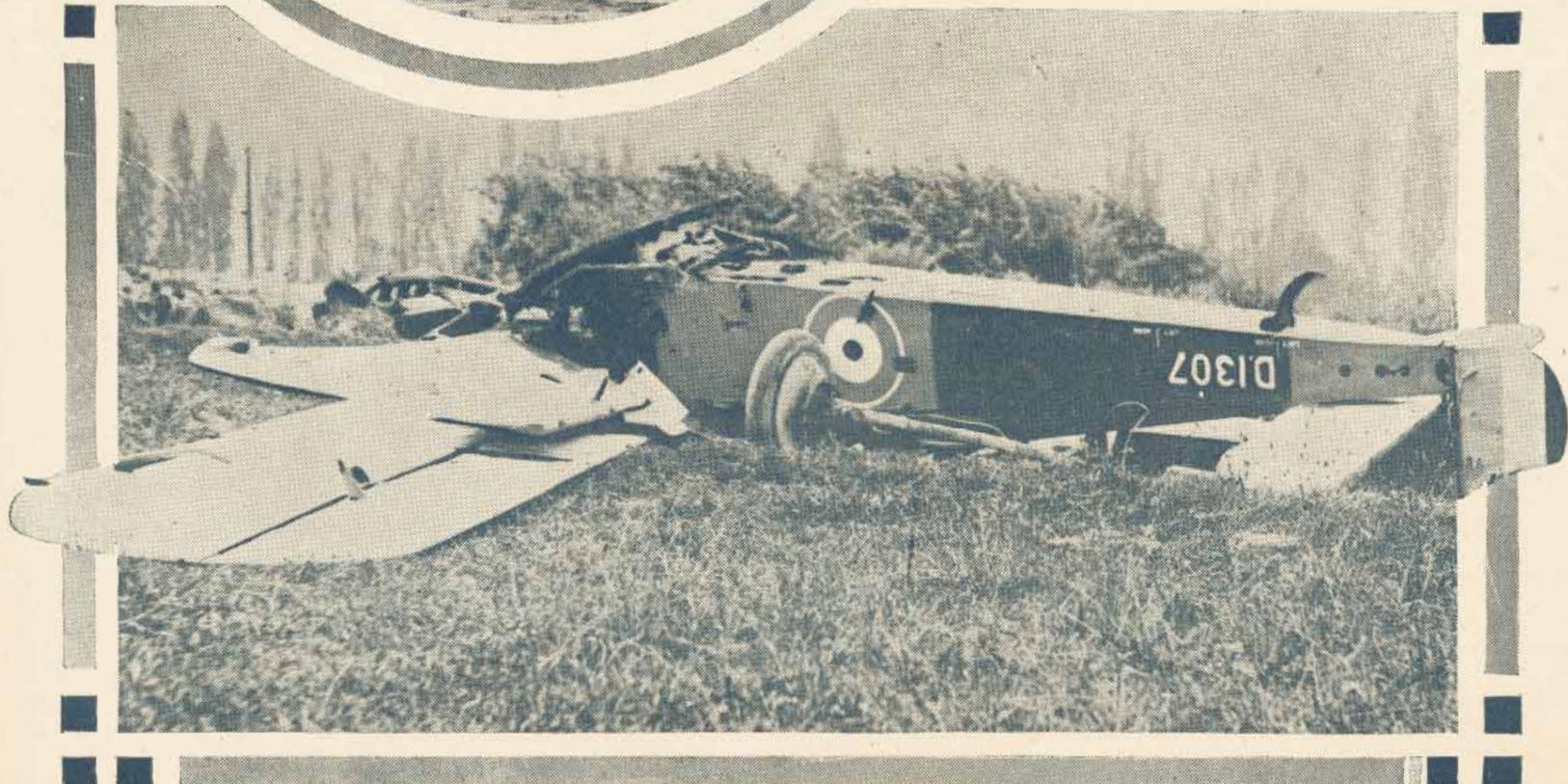
Después vino la lucha con la muerte. Los diarios hablaban diariamente de su agonía y de que las complicaciones cerebrales, con extraordinarios nombres científicos, se sucedían interminablemente. Y, en cambio, Cortínez, medio sentado en su lecho, con su cabeza convertida en una bola de vendas, en la que se divisaba casi un ojo, leña a hurtadillas y a escondidas de sus salvadores, esas mismas noticias. Pero después la fiebre le impidió leer. Fueron los peores días. Y como el genio y figura es, — dicen, — hasta la sepultura, en medio de su delirio, una noche que en la pieza vecina de la Asistencia Pública una pobre mujer gritaba desgarradoramente, le ordenó a su asistente:

—Anda y dile a esa vieja que tenga la bondad de morirse pronto, porque quiero dormir en paz...

Sanó. Sanó perfecta y ampliamente, salvo una pequeña debilidad general que el tiempo se llevará consigo, y salvo también una terrible cicatriz en la frente, que se alarga hacia el ojo y la nariz.

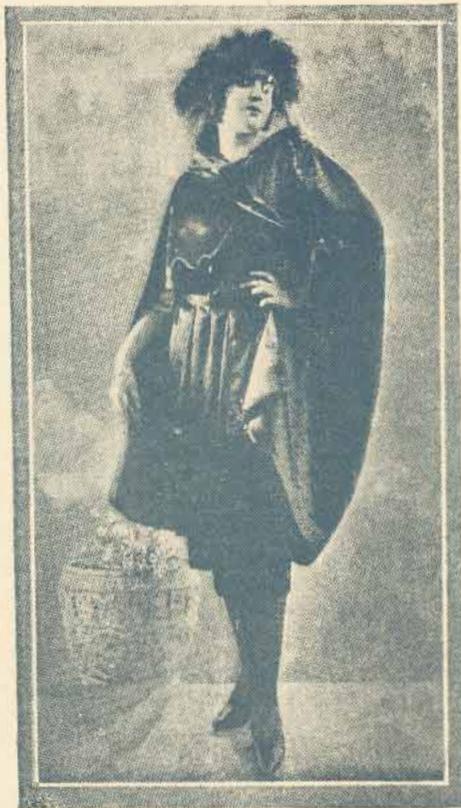
Peró no tocó ni el golpe ni la fractura aquel sitio de su cerebro donde está su gracia y su simpatía, porque el capitán Cortínez sigue siendo simpático y gracioso. Y seguirá siendo, veterano como es ya de una arma tan nueva y hermosa como el vuelo mecánico, una muestra extraordinaria y un ejemplo limpio de las cualidades de esta raza.

Carlos F. Borcosque.



El "De Haviland" del Capitán Cortínez, tal como quedó después de la terrible caída.—En círculo: El Capitán Cortínez durante el curso de maestro de aviación.

Las Avanzadas de la Primavera



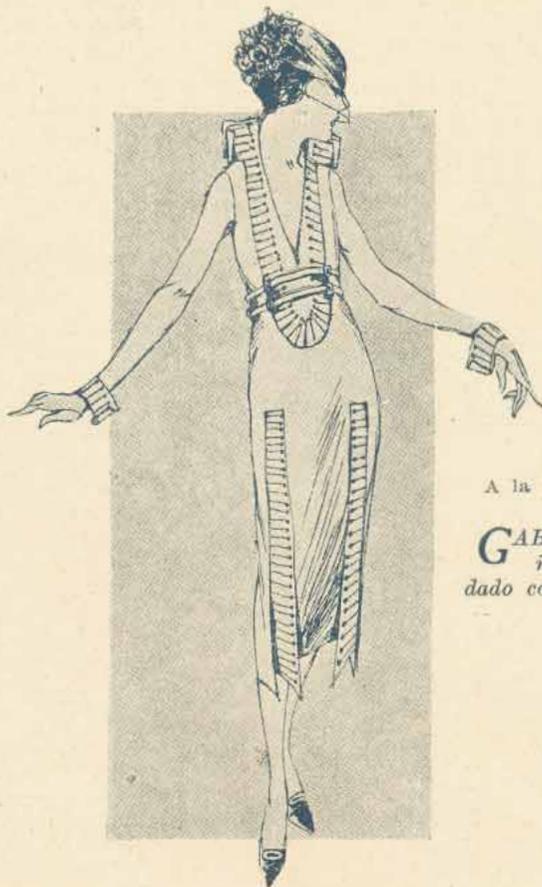
EL mejor modelo de Lanvin: vestido de satín negro con capa del mismo material que cae en forma abombada de un cuello de caracol topo. El único adorno del vestido es el bordado horizontal de la falda hecho con topo.



LA gracia y la sencillez de líneas están retratadas en este modelo de la temporada, formado por una bata-camisa, con mangas y blusas de una pieza, con la cintura ligeramente acentuada por un estrecho cinturón. Este modelo de Gidding es de franela crema con dibujo en azul porcelana y bandas negras. El bordado azul y negro del cuello y mangas completa el adorno. El sombrero de fieltro tiene adornos de lana blanca recortada en el ala y en la copa, alrededor de centros de tafetán de seda negra.



MODELO francés de tricotina color hoja seca. La pollera, recorta por delante, llega hasta el cuello, perfectamente armada, haciendo el recogido en la espalda. El saco del mismo material, sin cuello, está adornado con tafetán hoja seca y lila oscuro, formando flores, festoneado con galón y bordado de seda.

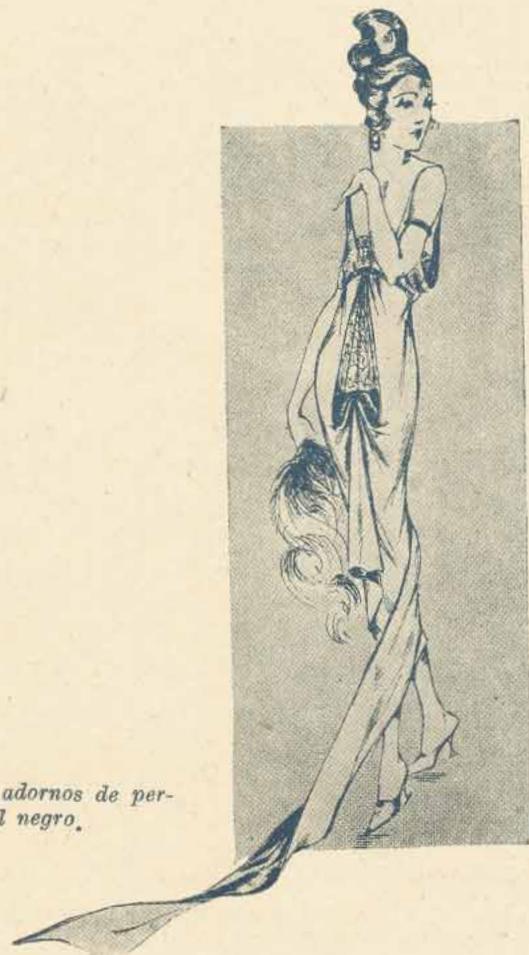


A la izquierda:

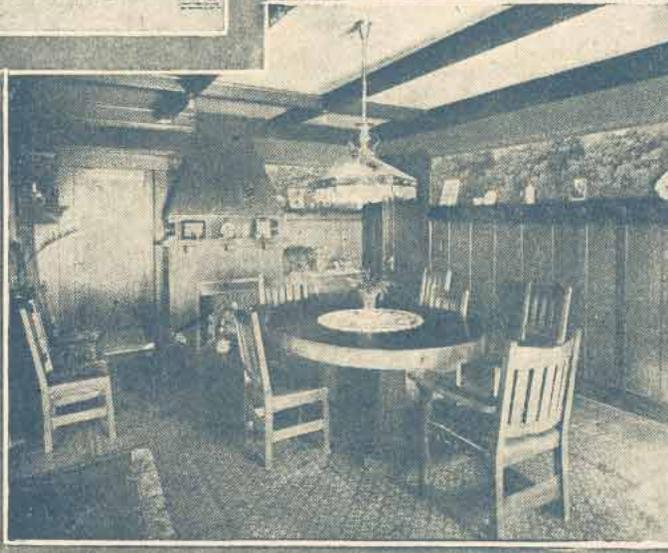
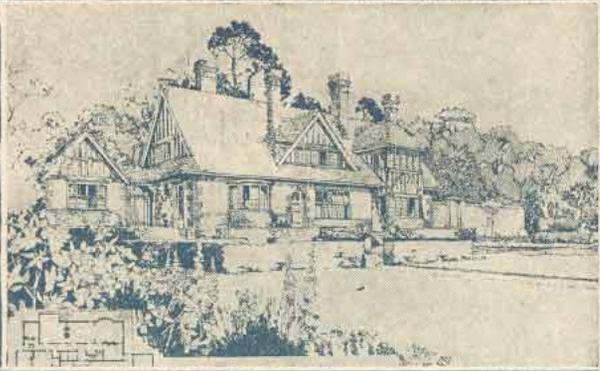
GABARDINA hoja seca, con cuello, puños y adorno de la falda en gris bordado con lana roja, rematada con botones de plata.

A la derecha:

SOIRÉE de satín negro con adornos de perla y mostacilla sobre tul negro.



Arquitectura Campesina



EN la construcción de casas para campo o de quintas en los alrededores de las ciudades, va siendo preferido por nosotros el estilo "cottage", o "bungalow". Muchas razones se aducen contra estos estilos, ya que los techos con una inclinación exagerada no son necesarios en climas como el nuestro, en que nieva poco; o que la centralización no se precisa en países sin grandes variaciones atmosféricas, etc., etc. Sin embargo todas las objeciones que se hagan, no convencen a los constructores que siguen prefiriendo el estilo.

El "cottage" tiene sus grandes ventajas, apreciables muy fácilmente. Los techos inclinados le dan desde luego su aspecto característico tan agradable y hermoso y en seguida mantiene sobre las piezas una considerable capa de aire, las hace más higiénicas y menos afectas a los cambios de temperatura. En seguida el cottage es la creación del "home" del "sweet Home", como dicen los ingleses. Su disposición, su sencillez, su falta de complicación en mueblaje y adornos, agradan la vista y convidan a estar en él.

El primer modelo (N.º 1), es una casa construida sobre un alto que domina el paisaje. El Hall y el comedor tienen piso de lingua. El costado que da al salón es un mamparo móvil, que puede transformar las dos piezas en una. El piso y las paredes, de madera teñida de diversos colores, dejando a la vista la veta. Los techos son de vigones de madera sin pulir, sólo encastrada.

En el piso bajo tiene hall, comedor, salón, escritorio, despensa, cocina, pieza de empleados y una pieza de estar. En el segundo piso hay 5 dormitorios, dos cuartos de toilette, una pieza de guardar y un hall con pared de vidrio.

Los techos de esta construcción son de pizarra y el frente de ladrillo rojo viejo.

En el modelo N.º 2, aparece un cottage, en que se ha tratado de que todas las dependencias tengan vista y luz del jardín.

En la parte central hay en los altos y los bajos un gran hall con paredes de estuco pintado opaco y techo enmaderado con secciones pintadas; al costado tiene el hall bajo una chimenea de ladrillos y al frente, ambos un gran ventanal.

En las alas están distribuidos: el comedor, el salón, el escritorio y pieza de estar. En el sótano están la cocina y dependencias de servidumbre.

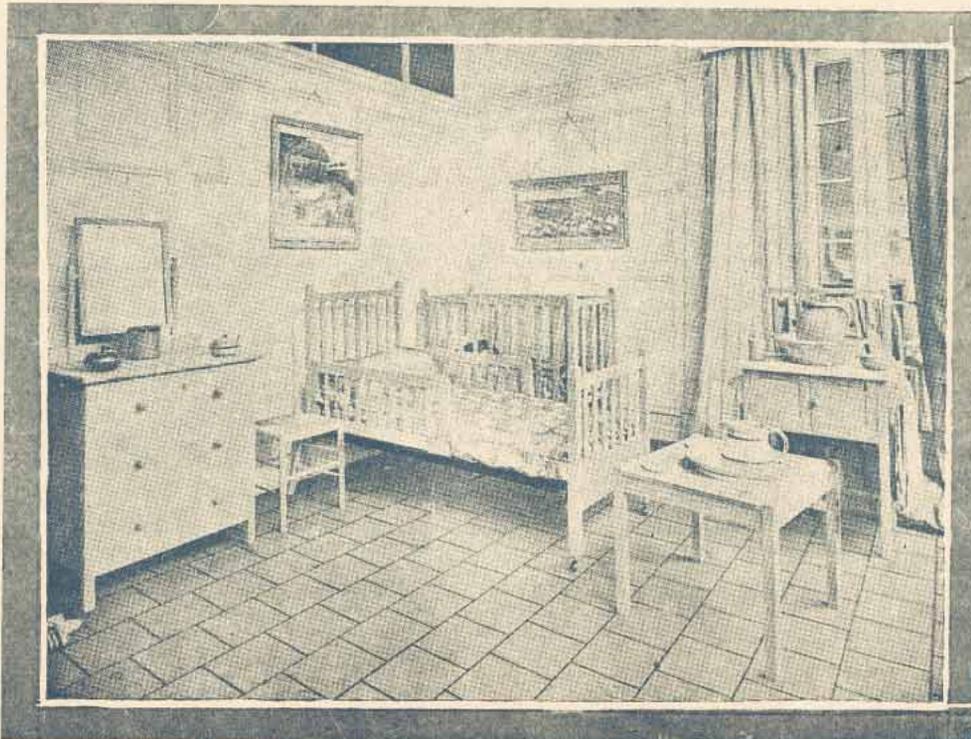
En el piso alto hay cuatro dormitorios, hall y dos cuartos de toilette.

El techo es de tejas y el frente de ladrillos.

Damos también tres fotografías de interiores, un hall, un comedor y una hermosa pieza para niños.

Todas ellas muestran departamentos especialmente diseñados para ser adoptados en el estilo "cottage". La sencillez de las líneas, la facilidad de la construcción, el bajo precio a que pueden obtenerse, el confort para estar en ellos, su confección, que constituye por sí misma un nuevo agrado, son las condiciones que se encuentran en el estilo.

La ventaja de construir siguiendo estas ideas, es que tanto la costosa mansión como la humilde y pequeña casita, atraen y son hermosas.



CONSTRUCCION DE UN CAMINO DE TIERRA NIVELADO DEBE TENER UN ANCHO MINIMO DE SIETE A OCHO METROS PARA FACILITAR EL TRANSITO DE DOS HILERAS DE VEHICULOS, UNA EN SENTIDO CONTRARIO DE LA OTRA. LA SUPERFICIE DEBE TENER UNA SUAVE Y GRADUAL CURVATURA, AL CENTRO, Y ZANJAS A AMBOS LADOS, PARA SU DESAGÜE. EL AGUA ES EL PEOR ENEMIGO DE LOS CAMINOS DE TIERRA. CUANDO SE TOMAN LAS DEBIDAS PRECAUCIONES PARA EVITAR SUS EFECTOS, LOS CAMINOS DE TIERRA SON MUY UTILES Y DURABLES.

DURANTE muchos años por venir, los caminos de la gran mayoría de los países del Nuevo Mundo serán, en su mayor parte, de tierra. Lo antedicho no sólo se refiere a la América del Sur, Centro América, América del Norte y las Antillas, sino a la gran mayoría de las naciones del mundo. Los caminos con superficie sólida son muy costosos y pocos son, en realidad, los países que pueden construirlos. Por otra parte, debemos recordar lo siguiente: que los caminos macadamizados o con superficie de asfalto o bien de hormigón, no son los únicos caminos buenos.

Las redes de comunicación son importantes arterias comerciales, indispensables para el progreso de toda nación. Esperar, por lo tanto, que el territorio nacional se halle cruzado por excelentes caminos macadamizados es un ideal contraproducente, pues por rica que sea la nación no podrá afrontar los gastos que implica tan gigantesca construcción. Mientras no haya caminos, el progreso será muy lento, y por esta razón, a falta de vías con superficies sólidas, el paso más práctico, lógico y en más íntima armonía con el sentido común, es la construcción de caminos de tierra y el mejoramiento de los existentes.



Lo que era hasta hace poco el camino a Colina.

EL primer paso para resolver el problema de los caminos es emprender el mejoramiento de los existentes. Cuando el deseo por mejores vías de comunicaciones se ha arraigado en el ánimo popular, el país se halla entonces preparado para afrontar el problema con determinación. Es menester empezar mejorando los malos caminos y abriendo nuevas vías en todos los lugares donde se necesitan.

Los buenos caminos constituyen una buena inversión, pues devuelven su importe muchas veces más, por la economía que se logra en el transporte y por el mayor volumen de negocios que se desarrollan entre las ciudades. Además, aumentan el valor de las propiedades rurales. Es éste el valor económico de los buenos caminos. Los estancieros o hacendados, lo mismo que las pequeñas ciudades, se hallan en la actualidad aislados, durante varios meses del año, a causa de que los caminos rurales son intransitables durante el invierno o las estaciones de lluvia. El mejoramiento o la construcción de nuevos caminos los coloca en comunicación con el progreso.

La construcción y el mantenimiento de caminos de tierra es un tema que podría llenar varios volúmenes, a pesar de que a primera vista parece cosa muy sencilla. El esfuerzo principal, sin embargo, se concentra en asegurar un buen desagüe para la superficie del camino, pues, como hemos repetido tantas veces, el agua es su enemigo más formidable. Un método de mejoramiento muy positivo es alzar el camino sobre un terraplén, de manera que el desagüe del mismo terreno colindante no aniegue el camino. Para mayor protección, la superficie del mismo camino debe tener una forma curva, con la parte más pronunciada al centro.

La curvatura debe ser gradual, y a cada lado deben abrirse zanjitas para recibir el desagüe. De esta manera, la superficie se conserva seca y lista para el tránsito. El secreto de un buen camino de tierra se halla precisamente en lo que acabamos de decir.

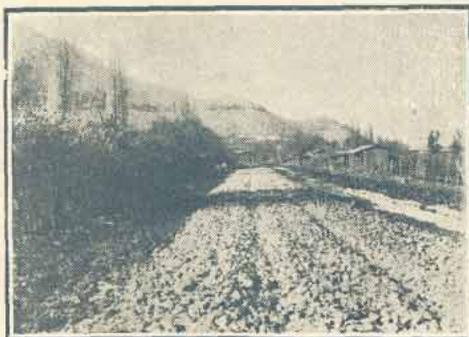
En los campos planos el trabajo de nivelar resulta muy fácil. Los campos planos abundan en el continente americano, principalmente en las regiones agrícolas de la América del Sur. Dos hombres provistos de una rastra para camino y dos parejas de caballos, pueden, por término medio, mejorar un kilómetro de camino durante un día, trabajando 10 horas. La rastra es una máquina sencilla que lleva una hoja de acero para raspar y alisar la superficie del camino. Esta hoja tiene de 2 a 2,50 metros de largo, y amolda el camino. Como las parejas de caballos o un tractor pueden arrastrarla a razón de 2,5 a 3 kilómetros por hora, y como se necesitan de 20 a 30 pasadas para arreglar bien el camino, se puede de aquí calcular el costo y el esfuerzo que implica el trabajo.

Esta es la forma más sencilla de construir caminos. Tan pronto como se establece co-

municación con el nuevo camino, es sorprendente ver los beneficios que aporta a toda la región por donde pasa. Siguiendo las instrucciones de darle una forma curva y zanjitar a ambos lados para el desagüe, el camino, después de algunos días de tránsito, queda en buenas condiciones para el servicio permanente.

El tránsito, en realidad, completa la construcción, comprimiendo la superficie y dándole cierta consistencia sólida e impermeable. Aun las más copiosas lluvias no logran después dificultar el tránsito, ya se trate de carretas, carretones, vagones, coches, automóviles y otros medios de locomoción o transporte. Los que han vivido en el campo comprenden lo que significa un buen camino en el invierno, después de pasar por pantanos y barriales donde los vehículos quedan atascados y muchas veces aprisionados. Un buen camino de tierra evita el aislamiento de las haciendas de las ciudades.

El negociante en automóviles siempre se halla interesado en todo movimiento por mejores caminos. Se le presenta, sin embargo, el problema de cómo lograr este mejoramiento. Para que existan caminos, es ne-



Ripiadura del camino a Colina, lista para ser apisonada.

cesario, en primer lugar, sentir su necesidad y luego construirlos. La iniciativa individual es limitada, y por esta razón es indispensable el esfuerzo cooperativo.

Un método muy efectivo es organizar asociaciones destinadas exclusivamente a fomentar la construcción y mejoramiento de los caminos. Estas asociaciones se componen generalmente de negociantes en automóviles y en muchos casos de dueños de automóviles.

En Santiago y Valparaíso, lo mismo que en otras ciudades, hay un club compuesto por dueños de automóviles, cuyo principal propósito es fomentar la construcción y mejoramiento de caminos. Dichos clubes están haciendo un brillante trabajo en este sentido.

En otros países hay diversas asociaciones formadas por negociantes en automóviles, cuyos esfuerzos en pro de mejores caminos han tenido notable éxito. Entre los miembros de estos clubes se hallan las personas más distinguidas y de mayor influencia en la ciudad. La prensa local secunda sus acti-



Trabajos de la Asociación Automovilista de Valparaíso.



Estado en que va quedando la obra del camino a Colina.

vidades, y de esta manera sus programas y proyectos se dan a conocer al público.

En realidad, en todas partes se ha visto que la cooperación de la prensa local es un factor indispensable a todo movimiento en pro de mejores caminos.

Un plan que ha dado invariablemente los mejores resultados es la construcción, por cuenta de un club o asociación, de un camino modelo. El plan resulta muy excelente cuando el camino se halla en un lugar de la ciudad muy concurrido, pues entonces resaltan sus méritos en comparación con los caminos antiguos o en mal estado. No es menester construir un nuevo camino para alcanzar el propósito en vista, sino que basta con mejorar un trecho, digamos un kilómetro, de un camino en mal estado. Lo principal es seleccionar un camino de mucho tránsito, para convencer a los que por el viajan de las ventajas de un buen camino.

El importe de un camino modelo, para el propósito señalado, no es alto, y tampoco es difícil construirlo. El ingeniero director de caminos y obras públicas de la provincia siempre se halla dispuesto a prestar su más valiosa cooperación a todo proyecto como el presente.

La misma idea de un camino modelo se puede aplicar de la manera siguiente: el club o asociación, por cuenta propia o con la ayuda de las autoridades, puede remendar los malos trechos de un camino muy concurrido. Muy pronto los que lo transitan se dan cuenta de las ventajas de un buen camino y contribuyen en una forma directa o indirecta al movimiento general en pro de mejores caminos.

En resumidas cuentas, cualquier método que se siga con el propósito de poner de manifiesto las ventajas de los buenos caminos, es aceptable. Al propio tiempo no debemos olvidar una cosa: que además de los caminos macadamizados o de superficie sólida hay otros muy satisfactorios y menos costosos.

Por el momento, hay que contentarse con caminos de superficie de tierra, que en resumidas cuentas son prácticos y ventajosos cuando se les mantiene en buenas condiciones.

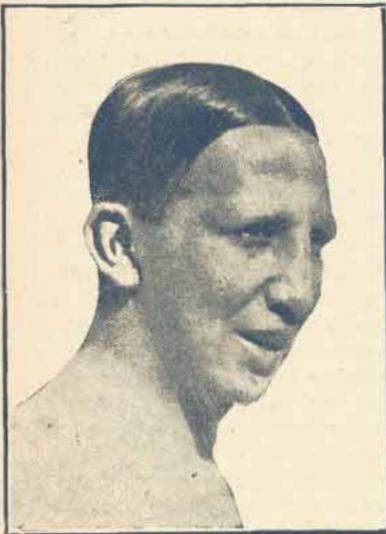
La construcción de caminos está sujeta a diversas modificaciones, según el lugar donde se efectúa. El único factor común a todo camino, sin consideración al lugar geográfico, es el agua. Es el enemigo común. Todo camino, por lo tanto, debe considerar este elemento y proveer los medios necesarios para combatir sus estragos. La manera más efectiva de precaverse contra los efectos del agua es dando cierta curvatura al camino y zanjando ambos de sus lados. Cuando el camino se halla a menor nivel que el campo por donde pasa, debe levantarse mediante un terraplén, para evitar así que se inunde en el invierno. Después de construido, debe mantenerse en buenas condiciones. No se permita la formación de hoyos. Periódicamente debe aplanarse y nivelarse, tapando todos los hoyos y cuidando que la superficie no pierda su forma de curva gradual.

LOS GRANDES HECHOS SPORTIVOS

SANCHEZ TRIUNFA EN PANAMA

SANCHEZ tiene hasta este momento una actuación excelente en Panamá, habiendo triunfado en los cuatro matches en que ha tomado parte, los cuatro contra buenos campeones del ejército yanqui, si el cable no miente.

En mayo ganó sus dos primeros triunfos. Luego, el 5 de junio se batió por la semi-final del campeonato, con Avanka, del ejército de los Estados Unidos, derrotándolo por K. O. al tercer round. Y por último, nuevamente se anuncia una victoria suya sobre Dempsy, un muchacho que seguramente ha ele-



Manuel Sánchez, nuestro popular campeón

gido ese nombre para traer a la memoria el recuerdo de buenos puños... Esta vez Sánchez triunfó por descalificación del contrario, a raíz de un foul.

Nuestro peso medio es, indudablemente, el pugilista chileno más completo, si bien no tan fuerte de punch como sería de desear. Pero su misma rapidez y su agilidad son causas de aquello. Sin embargo, es el hombre que puede hacer buena figura en el extranjero, y, además, es preciso no olvidar que con él está Jack Martínez, y éste es el Descamps de esta parte del mundo. Lo que Sánchez sabe de ring, Martínez sabe de tretas y líos de box; y, por lo tanto, si unimos a las condiciones excepcionales del campeón, las no menores habilidades del empresario y manager, Sánchez no perderá ninguna pelea en Panamá...

LAS 500 MILLAS DE INDIANOPOLIS

INDIANOPOLIS es uno de los grandes autódromos de Norte América, y sus 500 millas la prueba clásica para reunir a los mejores corredores de aquel país. Este año la gran competencia se ha vuelto a realizar con mucho entusiasmo, pero, en realidad, con resultados que no son extraordinarios. Esta vez se celebró el 30 de mayo, ante una concurrencia de 150,000 aficionados, que son un número respetable, aun en un país de tanta población.

Veintitrés coches partieron para la prueba, y entre ellos los más grandes ases del volante. Ralph de Palma ha cambiado ahora sus preferencias por un gran Ballot francés, de doce cilindros en fila, dejando el Packard. Pero esta vez no tuvo suerte, debiendo retirarse por dificultades en el motor, después de

marcar, sin embargo, los mejores tiempos del día, con un promedio de 93 millas por hora.

El carro que piloteaba Luis Fontaine voló y quedó suspendido en el barandal superior, sobre el público. Felizmente no cayó. Hubo, por supuesto, choques, gomas desmontadas, carros volcados, pero ningún herido de gravedad. Y así, al final de la prueba adjudicábase el triunfo en una forma muy clara Tommy Milton, sobre coche Frontenac, haciendo un promedio de 89.62 millas por hora. Empleó en total 5 horas 24'44." En realidad, no es un tiempo extraordinario; el año anterior. De Palma ganó la prueba con un promedio de 89.84 millas.

Nueve coches llegaron a la meta. El segundo puesto correspondió a Roscoe Searles, en un Duesenberg, y el tercero a Percy Ford y Elingboe, que se turnaron piloteando un solo carro.

Nunca falta en estas pruebas americanas un detalle muy yanqui, y aquí lo hubo también: Milton decidió a último instante cambiar la estructura de su coche. El sábado en la tarde su Frontenac estaba esparcido en piezas en la fábrica, vigilada ésta por policía especial, para que nadie pudiese ir a mirar. Y a las 2 de la madrugada del domingo, el coche roncaba otra vez listo para la prueba. Los mecánicos que le ayudaron en el arreglo fueron mantenidos en una especie de incomunicación amistosa hasta que la carrera iba en su mitad.

Y Milton ganó la prueba.

EL CAMPEONATO SUDAMERICANO DE FOOTBALL

SE acerca ya la fecha del campeonato sudamericano de football. Buenos Aires verá esta vez la competencia. Y como siempre ocurre que a último instante los dirigentes se acuerdan de la fecha, reúnen un lote de jugadores no siempre muy homogéneo, y lo lanzan a que sea irremisiblemente cola del torneo, sería de ponerse a pensar desde ahora cuáles serán los jugadores que deben ir y reunirlos con la anticipación del caso para que trabajen juntos, se entrenen y vayan convertidos en un verdadero team.

El año pasado tuvimos un excelente entrenador, Bertone, que fué el alma del grupo chileno, y cuyas enseñanzas se apreciaron justamente. Ojalá Bertone esté todavía aquí y se piense emplearle este año. Nada sabemos, pero sospechamos que no se le habrá dejado ir. Y, además de un buen entrenamiento, que la selección de jugadores se haga bien; que vayan no sólo los que mejor sirven, sino los que allá mejor se presenten, que sean cultos, que hagan vida moderada y que vayan a jugar y no a pasar las noches en juerga. Y creemos que no sería mucho pedir que quien dirija la delegación sea hombre de responsabilidad y que conozca lo que lleva entre manos.

EL RECORD SUDAMERICANO DE ALTURA

EDUARDO Olivero, joven aviador argentino, capitán del ejército italiano, donde peleó durante la guerra, acaba de atribuirse en Buenos Aires, el 5 de

junio próximo pasado, el record sudamericano de altura en avión, a bordo de una máquina italiana, posiblemente un Balia o un S. V. A. El cable ha traído sobre esta prueba, indudablemente interesante, pocas informaciones, y por esto mismo aun la altura registrada, — 8,000 metros, — no puede darse como oficial y definitiva hasta tanto no la homologue el Aero Club del país amigo.

Olivero es un joven piloto que hizo en su patria sus primeras ar-



Eduardo Olivero, antes del terrible accidente que le desfiguró el rostro.

mas de aviador en el año 1913. En la guerra tuvo una labor descolante, regresando a Buenos Aires para instalar un gran aeródromo, que hoy día funciona en la estación Castellar. Ha tenido, sin embargo una continuada mala suerte, sufriendo el más horrible de los accidentes: un incendio de su máquina, ocurrido el año pasado, y que le causó tan grandes quemaduras en el rostro que lo han desfigurado por completo, hasta el extremo de verse precisado a usar siempre anteojos negros con borde de rejilla de metal para defender sus ojos. Y ahora, la noche misma de este record, al regresar en el auto de un amigo a la ciudad, chocó contra un coche cuya lanza le fracturó los huesos de la nariz.

Es, pues, doblemente interesante el esfuerzo de un muchacho que, joven y de buena figura, y que ha perdido hasta su aspecto exterior debido al vuelo mecánico, sigue dedicado a él con tanto entusiasmo.

LA CARRERA SANTIAGO-BUENOS AIRES

DEFINITIVAMENTE se ha acordado elegir, — y éste ha sido un acuerdo muy plausible, — el mes de febrero del próximo año para la realización de esta prueba de tanto interés. Será, sin lugar a dudas, la competencia más grande que se haya realizado en Sud América; ninguna habrá tenido su importancia por los premios y los competidores. Noticias de Buenos Aires aseguran que no menos de 50 coches argentinos tomarán parte.

El momento de la partida, — que, como se sabe, será Santiago para todos los competidores, — constituirá un espectáculo extraordinario. Y como hay tiempo por delante, hemos de ver buenos coches, realmente preparados para una prueba tan dura como ésa.

Podemos adelantar desde luego que "El Mercurio" de Santiago de Chi-

le y "La Nación" de Buenos Aires, han instituido, de común acuerdo, un premio de 20,000 nacionales. A este habría que agregar, naturalmente, muchos otros dados por instituciones, casas comerciales, etc.

Será, pues, una manifestación sportiva tan interesante para el público como para los que tomen parte en ella.

Mlle. LENGLEN, CAMPEONA DE TENNIS

EN el parque de Saint-Cloud, París, se ha realizado en los primeros días de junio una nueva competencia internacional de tennis; el correo no ha traído aún detalles definitivos y exactos, y los que ha indicado el cable no son, desgraciadamente, muy dignos de tenerse en cuenta, registrándose errores y contradicciones. Sin embargo, parece ser que Tilden, americano, y ya campeón, ha vuelto a adjudicarse la victoria, aunque batido después oficiosamente en una exhibición, por Alonso, español.

Días después, en Wimbledon, Inglaterra, se realizó un nuevo campeonato sobre hierba, siendo Alonso el favorito. Sin embargo, nuevamente ganó Tilden. El español se presentó en malas condiciones, con sus manos terriblemente ampolladas.

Pero el gran triunfo de Saint-Cloud ha sido Mlle. Lenglen, la niña francesa, de poco más de veinte años, consagrada esta vez en forma definitiva campeona del mundo, después de derrotar a la norteamericana Miss Milla Bjurstedt Mallery.

Mlle. Lenglen es una verdadera maravilla como tennista, si bien es cierto que juega desde los doce años. Y es, como ocurre muy a menudo en Francia, una jugadora absolutamente perfecta en cuanto a sistemas de ataque y defensa, abandonando los estilos demasiado determinados que suelen tener algunos profesionales.



Mlle. Suzanne Lenglen, campeona del mundo de tennis.

EL CINEMATÓGRAFO



Francisca Bertini

¿ES una manifestación artística el cinematógrafo? He aquí un punto discutido con apasionamiento por medio mundo. Lo condenan como una escuela de vicios y crímenes, como un germinador de malos instintos. Pero, a pesar de todo, el cinematógrafo triunfa; sus detractores van transformándose en apasionados concurrentes a las exhibiciones y poco a poco se le van reconociendo méritos y ventajas.

Indudablemente que todo arte manifestado en forma vil y baja, lleva al mal; la intención de lo que se pretende mostrar debe producir en mayor o menor escala el objeto deseado y más aún en una representación en que se muestra la vida lo más realmente posible.

Si hay filmadores de conciencia infame, encenagados en el vicio, y empresarios complacientes o poco escrupulosos que admiten y muestran al público el resultado de las producciones de cerebros desequilibrados, los hay también inspirados en el sentido de la belleza y de la virtud. La autoridad y la conciencia de los empresarios son lo que debe censurar sin contemplaciones los espectáculos. Y el arte, ¿por qué no ha de estar en una presentación lo más exacta posible de la vida y de la naturaleza?

Si el argumento, el escenario y los cuadros son lógicos, reales, bellos, originales; si la interpretación es pulida; si la aplicación de los efectos de luz es armónica y la fotografía cuidada, — y en este punto ya sabemos qué incomprensibles maravillas lanzan al mercado las casas productoras, — ¿qué falta a una película para poder ser considerada una verdadera, una completa obra de arte?

— ¡Carece de sonido! ¡Carece del don de la palabra! — se ha dicho siempre.

Efectivamente; pero le sobra realidad, le sobra sinceridad, le sobra expresión, que se adentra por los ojos en nuestro espíritu y dice al alma bastante más que todos los diccionarios juntos.

Las más grandes emociones, los momentos más culminantes de nuestra existencia, se registran con un hermético silencio mil veces más elocuente que la oración más florida. Y a nadie se le ha ocurrido todavía encontrarlos por ello menos expresivos, menos intensos...

El teatro, principal y más irreducible enemigo del cinematógrafo, disfruta de las sonoridades rítmicas del lenguaje; pero, ¿puede acaso competir con él en presentación, en verismo?

En amistoso *rendez-vous* los actores teatrales nos ponen al corriente de sus cuitas, sus viajes, su vida entera... Y con el solo poder de su palabra intentan convencernos de que los hechos se desarrollan en la bravía y misteriosa India, en China, en América... Y hay que creer que aquel pequeño palco escénico, con sus bambalinas y sus bastidores, con sus telones pintarrajeados con más o menos fortuna, — y conste que jamás faltó nuestro aplauso a los aciertos admirables de los grandes escenógrafos, — es un rincón de la abrupta cordillera de los Andes, un aspecto de las famosas cataratas del Niágara o un pintoresco oasis de la Arabia feliz...

¿Admite siquiera comparación este artificio con la realidad fotográfica del maravilloso cinematógrafo?

El teatro dispone del mágico encanto de la voz. Es cierto. Pero, ¿puede regalarnos con los sorprendentes matices de expresión fisionómica y estética que el cinematógrafo?



Edna Wheaton

En éste los protagonistas "no hablan", mas de ellos "vibra" todo: sus ojos, los músculos todos de su cara, sus brazos, sus manos... Todos sus movimientos responden a un estado de ánimo, y subyugan y "hacen vivir" intensamente al espectador las escenas que ante sus ojos se desarrollan, abstraído de todo lo que le rodea, precisamente porque a su oído no llega ningún sonido...

¿Es, acaso, la labor artística de la gran Sarah Bernhardt, de la inmensa Eleonora Duse y tantas más figuras famosas del teatro, superior a la de Francisca Bertini, quintaesencia de la belleza plástica, de la pasión, de la voluptuosidad, del tedio; a la de la Ferguson, la aristocrática actriz de ojos profundos e insondables; a la de la admirable trágica de los ojos verdes, Geraldina Farrar; a la de Norma Talmadge, la de los bellos "silencios"; a la de la Johnstone, a la Wheaton o a la Sibyll Carmen? Un Sessué Hayakawa, ¿no vale, ciertamente, por un Zacconi?

Más aún, prestigiosísimas figuras del teatro no han desdeñado ofrecer su arte exquisito al cinematógrafo. Citar nombres sería interminable. Algunos han triunfado... Muchos han fracasado... La fotografía no disimula, no perdona defecto... Acusa las imperfecciones más imperceptibles... y nos pone en ridículo. Para desafiar sus "iras" son indispensables unas cualidades fotogénicas, una expresión, un conjunto, impecables... El teatro es más piadoso...

Pues, siendo esto así, ¿a qué regatear honores al cinematógrafo?

Se le acusa también de absurdo, de irreal, en sus temas. De este pie también cojea el teatro muchísimas veces. Y justamente, por el defecto apuntado de que el teatro da siempre una realidad falsa y relativa a sus escenas, el cine se lleva la palma en cuanto a realidad. Todo puede hacerse en él hoy; para las grandes compañías no es una dificultad simular una catástrofe o marchar al centro del Africa para "filmar" mil temas de película en un sitio apropiado.

Hasta hace muy poco los grandes escritores desdeñaron olímpicamente laborar para el "cine." Equivocadamente creyeron que él no les podía dar tanta gloria, tanto provecho como el teatro. Ahora ya van entrando. Y Maeterlink y D'Annunzio, Benavente y Blasco Ibáñez — entre otros notabilísimos primates de la pluma — adaptan sus mejores obras y escriben cosas nuevas para llevarlas a la pantalla. Al glorioso Pérez Galdós le sorprendió la muerte planeando sus notables "Episodios Nacionales", para ser reproducidos cinematográficamente. Su concurso decidido será tan beneficioso para ellos como para el cinematógrafo. Y éste dejará de estar a merced de literatos de última fila.

Ahora que escribir para el cinematógrafo es más difícil que para el teatro o el libro. Aquí no bastan las ampulósidades del lenguaje ni las formas bellas. Hace falta acción... Y acción intensa, emotiva.

¿Carece del don de la palabra! He aquí su "gran defecto." Y tenemos que la palabra es únicamente uno de los diversos medios de expresión y el solo que al cinematógrafo falta.

Pero la perfección cinematográfica actual, y, sobre todo, la perfección artística de los más famosos actores, reemplaza este defecto. Nadie habrá sentido nunca contemplando una buena película moderna, la necesidad de que los actores hablen. Y en cambio, quién sabe si en el teatro se habrá desesperado en muchas oportunidades ante el gangoso tono de un actor y la pronunciación ininteligible de una primera actriz.

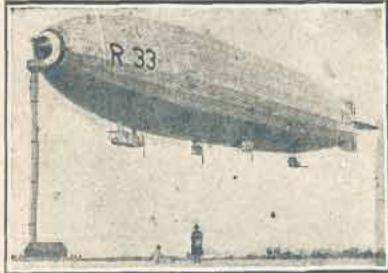


Elsie Ferguson

LA PÁGINA DE LAS COSAS INTERESANTES

EL ATLANTICO EN DIRIGIBLE

A raíz del formidable viaje del R. 34, que cruzó el Atlántico en 183 horas, contando ida y regreso, lo que representa 10,782 kilómetros, un ingeniero inglés, Mr. Pratt, jefe de Vickers Ltd., ha hecho un cálculo que asegura la inmediata posibilidad de transportar pasajeros en dirigible a



El "R-33", uno de los dirigibles del tipo transoceánico, amarrado a la torre de desembarco en la estación aérea de Fulham.

través del Atlántico, con utilidad para la compañía que lo realice.

El viaje duraría 50 a 60 horas, una vez por semana, llevándose cada vez 100 pasajeros, 10½ toneladas de equipaje y correspondencia. El servicio se haría con dirigibles rígidos de 113,270 metros cúbicos de capacidad. El viaje por pasajero costaría 1,925 francos, lo que por cierto es bastante más barato que lo que hoy día cuesta en un camarote de New York a Liverpool. La correspondencia pagaría 14 francos el kilo.

En cuanto a las dificultades por mal tiempo, ellas no pueden molestar. Hoy día las torres de fierro a las cuales amarran los dirigibles para tomar o dejar pasajeros, pueden utilizarse con cualquier tiempo. Y, además, el término medio de los últimos años indica que sólo 9 días al año las tormentas demasiado violentas impiden viajar a los dirigibles.

LAS SENSACIONES SPORTIVAS

NADA más curioso que algunas sensaciones deportivas, como nada más divertido también que la forma en que algunos imaginan esas sensaciones antes de experimentarlas. La aviación es aquella cosa en que la fantasía de los



La sensación de arrojar desde una azotea a la calle es lo que se experimenta al saltar con skis.

que no han volado va más lejos.

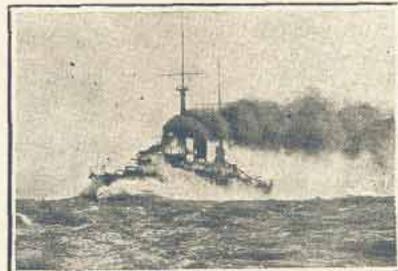
Piensan que no se ve bien la tierra, de que todo pasa con una rapidez vertiginosa, de que apenas se respira. Y no hay nada de esto; la tierra se domina siempre, mientras no se vuele sobre las nubes; la velocidad desaparece visualmente por efectos de la distancia y la respiración es tan perfecta como abajo.

Alguien ha tratado de "camouflar" las sensaciones de los sports, imitándolas ingeniosamente. Un hombre sentado en una silla que sea agitada todo el tiempo y teniendo ante él un ruidoso motor con una hélice que le arroje viento, creará estar en un automóvil de carrera.

Otro sentado al borde de un altísimo acantilado desde el cual domine un valle a sus pies, con muy poca ropa, para que sienta frío, y una moto tras él para tener el ruido del motor, podrá hacerse la ilusión del aeroplano. El que se siente a caballo en uno de los topes delanteros de una locomotora a gran velocidad podrá pensar que va en moto. El que coloque ante sí un ventilador y a cada lado suyo un chorro de agua que alcance a salpicarlo bastante, pensará que marcha en un bote-motor de carrera. Y el que se lance desde la azotea de un rascacielo a la calle, sentirá las sensaciones de que salta con skis en la nieve...

EL VIENTRE DE UN DREADNOUGHT

UN dreadnought es una ciudad flotante. Baste para indicar sus proporciones y su enormidad recordar que los del tipo



Un dreadnought marchando a gran velocidad.

francés "Danton", — que hoy día ya resultan chicos, — queman dos toneladas de carbón por hora, marchando a 11 nudos. Cuando deben forzar su marcha hasta veinte nudos, consumen 19 toneladas...

En 113 horas sus carboneras quedan exhaustas. Los dreadnought ingleses y alemanes tienen una provisión de 150 tiros para cada uno de sus cañones de 305. Esos 150 tiros cuestan 450.000 francos, lo que quiere decir que un armamento de diez cañones necesita 4.500.000 francos en municiones. Y en dos horas y media de tiro regular esa enorme suma se consume.

Y he aquí otro dato curioso. Un dreadnought inglés con 900 hombres de tripulación lleva las siguientes provisiones para un mes:

Treinta toneladas de carne de buey fresca, sesenta toneladas de patatas, seis cajas de sal fina, trescientas libras de judías, setenta y dos cajas de bizcochos, doscientas veinticinco libras de fideos, cuatro cajas de nabos en conserva, cuatro cajas de zanahorias en conserva, setecientos cincuenta libras de soda, doce docenas de cajas de

pimienta en polvo, ocho docenas de cajas de arvejas, trescientas libras de salchichas alemanas, cincuenta barriles de grasa, sesenta y cinco toneladas de margarina, ciento ochenta piezas de tocino, ciento cincuenta paquetes de chocolate, seis cajas de manzanas secas, dos cajas de manzanas en conserva, ocho cajas de arenques en tomate, veinticuatro docenas de frascos de salsa, ocho docenas de latas de bananas, doce docenas de latas de peras, veinticuatro docenas de latas de duraznos, trescientas libras de pasas de uvas de Corinto, trescientas libras de bananas, trescientas libras de tapioca, trescientas libras de ciruelas, nueve cajas de riñones, seis cajas de lenguas, doce cajas de puerco en paquetes, seis cajas de sardinas, doscientas veinticinco libras de cebada descascarada, ciento veinte paquetes de cakes, treinta y seis jamones cocidos, treinta piezas de queso, dos mil doscientas cincuenta libras de pescado salado, veinticuatro cajas de "kippers", doce cajas de "kaddock", quince cajas de arenques en salmuera, setecientos veinte docenas de huevos conservados, setenta cajas de tomate, doscientas cajas de tomates frescos, media tonelada de cebollas, mil cajas de cigarrillos, etc.

LA TELEPATIA A LA AYUDA DE LA JUSTICIA

LA policía de Leipzig acaba de hacer curiosos experimentos aprovechando las facultades telepáticas de un sujeto, quien se comprometió a ayudar en el descubrimiento de algunos crímenes sensacionales.

Se iniciaron los experimentos con un caso ya dilucidado, pero cuyo desenlace no conocía el telepata. Y el hombre, seguido de cerca por el jefe de policía de la ciudad fué hasta la casa donde se mantenía custodiado al asesino, y luego recorriendo los sitios más apartados de la ciudad encontró los instrumentos del crimen y otras pruebas.

Más tarde, y vigilado por un consejero del Gobierno de Berlín, el doctor Weiss, el mismo sujeto ha descubierto otros casos delictuosos con una seguridad extraordinaria.

La policía alemana ha tomado por su cuenta los servicios del telepata, cuya utilidad va siendo incalculable, y debe cuidarle, pues que ciertamente hay mucha gente que desearía hacerle desaparecer.



El jefe de policía de Leipzig sigue al telepata en el momento en que éste descubre la casa de un criminal.

UNA BICICLETA EXTRAORDINARIA

UN ingeniero alemán, Paul Jaray, ha inventado una bicicleta realmente extraordinaria, y que no tiene para su propulsión ninguno de los dos sistemas usados hasta hoy: ni cadena, ni engranaje cónico. Se acciona por un mecanismo de palancas. Se aprove-



La famosa bicicleta, que se designa con el nombre de "J".

cha al máximo la fuerza del ciclista, no produciendo ningún cansancio, y permitiendo marchar a rueda libre con ambos pies en posición cómoda.

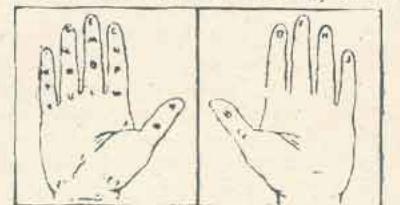
Por medio de una maniobra muy fácil puede cambiarse la relación de la velocidad en proporciones de 66%, 100% y 136%. Los pies trabajan en esta bicicleta a una velocidad menor de 45% que en una máquina corriente. Pero su gran condición está en que con ella se pueden subir cuestas y rampas de bastante gradiente sin mayor esfuerzo, y puede aún hacerla andar una persona que sólo disponga de una pierna.

Pronto veremos aquí la nueva bicicleta.

LOS GUANTES ALFABETICOS

ES una invención americana, que perfecciona una ingeniosa idea francesa. Se trata de guantes alfabéticos para ciegos, en que las letras están distribuidas en diferentes sitios de los dedos, falanges y palma de la mano; en el elisé adjunto se puede advertir la distribución, poniendo la mayoría en la mano derecha, y cruzando a la izquierda aquellas más usuales para que no haya una posible confusión.

Como se trata de Francia, están



Los guantes alfabéticos para ciegos y sordos.

escritas, además, dos palabras muy comunes: et y le.

Los ciegos conversan entonces con las manos, tocándose los sitios de las letras. En la práctica, el sistema resulta rápido y fácil, aunque para un tercero con vista es un espectáculo divertido el de dos hombres que se desesperan tamboreándose las manos por todos lados...

Los sordos también le emplean con éxito.

—Seguro estoy—dijo Butinsky, médico psiquiatra muy conocido en la ciudad—que nadie ha festejado la Pascua de una manera tan original como lo hizo uno de mis enfermos en 1896. No tengo intención de contarles esta historia tragi-cómica: es preferible que la conozcan ustedes recorriendo estas cuartillas. Están escritas por el mismo protagonista de ella.

Al decir esto, el doctor abrió el cajón de su mesa, que estaba lleno de manuscritos colocados por orden. Cada paquete llevaba un número y un nombre.

—Todos estos son manuscritos de mis desgraciados enfermos—dijo Butinsky, buscando en el cajón—. He conseguido durante diez años reunir esta colección, en la que he puesto un gran cuidado. Algún día, quizá, leeremos juntos esos manuscritos. Usted encontrará en ellos muchas cosas conmovedoras, divertidas, hasta instructivas. Mientras llega ese momento, lea este manuscrito, si quiere.

El doctor me entregó un cuaderno, de regular tamaño, escrito en una letra ancha, irregular. Y he aquí lo que leí en aquel cuaderno: "A su excelencia el señor doctor Butinsky, subdirector del Manicomio.

P E T I C I O N

"Señor subdirector: Encontrándome desde hace más de dos años en su Manicomio, he intentado en varias ocasiones poner fin al error funesto que me ha conducido aquí, a pesar de mi estado psicológico completamente normal. Me he dirigido varias veces, de palabra y por escrito, al señor director, así como a los demás médicos. A usted también le he expuesto mi asunto, del que podrá acordarse, si quiere.

"Ahora me tomo la libertad de molestarlo una vez más, dirigiéndole este escrito. La simpatía de su rostro, su buen corazón y su cortesía para los enfermos, me inspiran completa confianza en usted, como hombre que puede interesarse por mi aciago destino...

"Le suplico que lea atentamente esta carta hasta el fin, aunque encuentre en ella algunas faltas de ortografía o algunas imperfecciones de estilo. Comprenderá usted que es difícil conservar la serenidad de espíritu, cuando se ha permanecido durante más de dos años entre los locos, no oyendo más que sus desvaríos o los gritos groseros de los guardianes. He recibido instrucción universitaria; pero, a pesar de ello, no siempre estoy seguro de cómo se escribe tal o cual palabra.

"Le ruego que me conceda una atención benévola y "excepcional", y he aquí por qué insisto en ello: sé bien que todos los locos se inclinan a creer que están encerrados en el Manicomio, no porque hayan perdido la razón, sino por malévolas intrigas de sus enemigos, y, finalmente, a causa de un funesto error. Bien sé que gustan de hablar del caso con los médicos, los guardianes, los visitantes y los compañeros. Por todo lo cual comprendo que tiene usted razones suficientes para desconfiar de las declaraciones del género de la que hago ahora. Esta desconfianza está muy justificada. Lo único que le pido es que compruebe usted los hechos que voy a tener el honor de referirle seguidamente.

"Lo que voy a contar sucedió el día 24 de diciembre de 1896. Yo estaba entonces empleado, como ingeniero, en la fábrica metalúrgica "Herederos de Karl Wundt y Cia". Pero hacia la mitad de aquel mes de diciembre, tuve una gran disputa con el director, a causa de la dureza con que trataba a sus obreros; al hablarle me hallaba muy en-



colerizado, hasta el punto de que le insulté, y en seguida, sin esperar más, dejé yo mismo el servicio.

"Una vez sin empleo en la fábrica, decidí irme a la ciudad de N..., donde se encontraban mis padres, para pasar con ellos las fiestas de Navidad.

"El tren que había tomado iba abarrotado de viajeros. El coche en que me acomodé se hallaba, como todos, completamente lleno. Mi vecino de la izquierda era un joven estudiante de la Academia de Artes. Frente a mí estaba sentado un comerciante joven, que a cada parada del tren bajaba a la cantina de la estación a beber una copita de coñac. Entre paréntesis: este comerciante me dijo que tenía una carnicería en N., en la calle Baja. Me dijo también su nombre, pero no me acuerdo con precisión: era algo así como Serdiak, Sredniak, Serdolik... En fin, un nombre combinado con las letras s, r, d y k. Insisto en estos detalles insignificantes, porque si usted tuviera a bien ir a buscar a este comerciante en N., le confirmaría completamente mi relato. Es de estatura regular, ancho de hombros, de rostro colorado y simpático, un poco grueso. Usa un pequeño bigote y lleva afeitada la barba.

"No había que pensar en dormir. Nos pusimos a charlar para pasar el tiempo. Bebimos también un poco. Hacia la medianoche, estábamos cansadísimos, pero no había sitio para echarnos. De pie, en los pasillos, tratábamos, bromeando, de encontrar un medio cualquiera de dormir un poco. De pronto exclamó el estudiante:

"—¡Señores! He encontrado un medio admirable, pero temo que no consientan ustedes en aplicarlo. Uno de nosotros debe hacerse el loco; el otro se estará junto a él, y el tercero irá en busca de un jefe de tren y le dirá: "Señor, venimos acompañando a un pariente nuestro que no está en sus cabales; hasta este momento se ha mostrado tranquilo, pero ahora empieza a manifestar cierta nerviosidad; así, pues, por la seguridad de los demás viajeros, mejor sería aislarle".

"Todos estuvimos de acuerdo en que este proyecto era muy sencillo y muy práctico, pero nadie quiso aceptar el papel de loco. Entonces, el comerciante halló una solución que nos pareció muy buena.

"—¡Echemos a suertes!—dijo. "Yo era el de más edad y debía ser más prudente que ellos. Sin embargo, tomé parte en aquel estúpido juego. El comerciante hizo un nudo en una punta de su pañuelo, escondió las cuatro puntas en el puño y procedimos a tirar. Y, naturalmente, fui yo el que sacó el nudo.

"La comedia con el jefe de tren salió muy bien. Inmediatamente nos acomodó en un departamento aislado.

"A veces, cuando el tren se detenía en una estación, nuevos viajeros buscaban asiento apresuradamente, e insistían con el conductor para que les abriera la puerta de nuestro departamento. "Ahí hay dos sitios—decían—. ¡Abra usted en seguida!" "Perdonen ustedes—respondía el conductor bajando la voz,—pero no estarían ustedes bien ahí... Va un enfermo... un loco..." Los viajeros no insistían y se alejaban precipitadamente de nuestro departamento.

"Nuestro plan se realizó a maravilla y estábamos muy contentos. Después de habernos reído mucho de la aventura, nos tendimos en los bancos, y a los pocos momentos dormíamos los tres. Yo lo hacía mal, con un sueño inquieto, como si presintiese alguna desgracia. Hasta tenía pesadillas, y a veces daba un salto, asustado de mis propios gritos.

"Cuando me desperté definitivamente, eran ya las diez. Mis compañeros de viaje no estaban en el coche, habían bajado del tren en una estación a las seis de la mañana. Pero en cambio, hallábase sentado frente a mí un mozo muy robusto y muy alto, con una gorra de empleado ferroviario. Me miraba fijamente. Yo puse un poco en orden mi tocado, cogí una toalla de la maleta y quise salir al tocador para lavarme. Pero apenas me hube acercado a la puerta, mi desconocido compañero se levantó bruscamente, me cogió con fuerza entre sus brazos y con gran violencia me arrojó en el banco. Furioso por aquella insolencia, hacía yo esfuerzos por desprenderme de él y asestarle algunos golpes, pero no me podía mover: las manos de aquel mocetón me apretaban como un torno.

"—¡Qué quiere usted de mí?—grité sofocándome bajo el peso de su cuerpo—. ¡Váyase usted! ¡Déjeme en paz!

"En el primer momento, llegué a tener la idea de que me las había con un loco. El mocetón, excitado por la lucha, me apretaba cada vez más fuerte, y repetía con una alegría salvaje:

"—¡Espera, pequeño! Pronto te atarán a una cadena... Entonces sabrás lo que tienes que hacer..."

"Empecé a darme cuenta de la terrible verdad. Cuando mi verdugo se calmó un poco le dije:

"—Bien, me comprometo a no moverme. ¡Suélteme usted!..."

"Comprendí perfectamente que ninguna explicación serviría de nada con aquel bruto. No había más que tener un poco de paciencia. Aquel enojoso error se disiparía pronto, sin duda.

"Al principio, mi verdugo no hizo el menor caso de mi promesa de estar quieto, y continuaba apretándome entre sus terribles brazos; pero después, viendo que yo no me

movía, me soltó y se sentó frente a mí en el otro banco. Sus ojos me seguían continuamente, como los de un gato que vigila el menor movimiento de la rata; cuantas preguntas le hacía quedaban sin respuesta.

"El tren se detuvo en una estación. Of en el pasillo de nuestro coche una voz que preguntaba:

"—¿Está ahí el enfermo?"

"Otra voz respondió:

"—Sí, señor jefe.

"Se abrió la puerta y una cabeza asomó tímidamente, cubierta con una gorra encarnada de jefe de estación. Esperando que me sacara de aquella situación terrible, salté de mi sitio y exclamé con voz suplicante:

"—¡Señor jefe de la estación, en nombre de Dios!..."

"Pero apenas había pronunciado estas palabras, el jefe, asustado, desapareció. La puerta de nuestro departamento se volvió a cerrar... De nuevo me vi derribado en el banco entre los brazos de hierro de mi implacable verdugo.

"Por fin el tren se detuvo en la estación de N... Transcurridos diez minutos, vinieron en mi busca tres empleados. Dos de ellos me cogieron muy fuertemente por las manos; el tercero y mi verdugo me sujetaban por el cuello de mi abrigo.

"Me hicieron salir del coche. La primera persona a quien vi en el andén fué un coronel de gendarmes, de magníficos bigotes y bellos ojos azules, del mismo color de su kepi. Dirigiéndome a él, exclamé:

"—¡Señor coronel, sírvase usted escucharme! ¡Se lo suplico!

"Hizo señal a mis conductores de que se detuvieran, se acercó a mí y me preguntó con una voz muy cortés, casi acariciadora:

"—¿En qué le puedo ser útil?"

"Yo notaba bien que hacía esfuerzos para conservar su sangre fría; pero las miradas inquietantes que lanzaba sobre mí, así como la expresión de angustia extremada que se leía en su rostro, testimoniaban claramente que yo le inspiraba miedo. Comprendí que me debía contener y hablar lo más tranquilamente posible; de otro modo, también él me tomaría por loco. Y le conté, con voz serena y reservada, sin apresurarme, todo lo que había pasado.

"¿Me creyó o no? En ciertos momentos me escuchaba con una compasión muy viva, pero otras veces leía yo en su rostro la duda, como cuando se oye la charla de los niños o de los locos.

"Cuando terminé, me dijo, evitando mirarme directamente a los ojos, pero con mucha cortesía y dulzura:

"—Verá usted... Naturalmente, yo no dudo; pero... hemos recibido telegramas... Y, por otra parte, sus camaradas de usted... Yo estoy seguro de que usted es una persona completamente normal, pero... en ese caso, nada pierde usted con hablar unos diez minutos con el médico. Se convencerá inmediatamente de que sus facultades mentales se encuentran en un estado perfecto, y recobrá usted su libertad. Como usted comprenderá, eso no es de mi incumbencia... Yo no estoy autorizado para tomar decisiones.

"Fué tan amable, que despidió a tres de mis conductores, dejando tan sólo conmigo a uno, después de hacerme jurar por mi honor que no me rebelaría ni intentaría fugarme.

"Pronto llegamos mi guardián y yo al hospital. Era, precisamente, la hora de visita y la espera no fué larga. A los pocos minutos apareció el médico director, acompañado de algunos otros médicos, de unos veinte estudiantes y enfermeros.

"El director se acercó a mí y me miró fijamente, con una larga mirada escrutadora. —Aquí no tiene

usted enemigos y nadie le hará ningún daño. Sus enemigos se han quedado en otra población y no se atreven a venir aquí... Mire usted, a su alrededor no hay más que buena gente; algunos le conocen y se interesan vivamente por usted. Yo, por ejemplo... ¿No se acuerda usted de mí?

—Me tomaba de antemano por loco. Yo tuve deseos de decirle que se engañaba cruelmente, pero no lo hice; comprendía bien que cada una de mis frases, un poco vivas, serían consideradas como una prueba irrefutable de locura. Y preferí guardar silencio.

—Luego el director me preguntó mi nombre y apellido, edad, profesión, nombres de mis padres, etcétera. A todas estas preguntas di respuestas breves y precisas.

—¿Hace mucho tiempo que se siente usted enfermo?— me preguntó de pronto.

—Respondí que no me sentía enfermo y que gozaba de una excelente salud.

—Sí, naturalmente.— dijo él. —No hablo de ninguna enfermedad grave, sino... Dígame, ¿hace mucho tiempo que sufre usted dolores de cabeza, insomnios, vértigos, estremecimientos nerviosos?

—Al contrario, señor doctor, no sé lo que es tener un dolor de cabeza, y duermo siempre admirablemente bien. Únicamente la noche última dormí muy mal.

—Eso ya lo sabemos, — dijo tranquilamente el director. — Ahora, ¿no podría usted contarme detalladamente lo que hizo desde que sus compañeros de viaje, habiendo perdido el tren en la estación de Kivoretchky, le dejaron solo en el coche? ¿Por qué atacó usted al conductor? ¿Y por qué amenazó al jefe de la estación con aplastarlo cuando quiso entrar en su departamento?

—Repetí entonces una vez más todo lo que había expuesto yo al coronel de gendarmes. Pero mi relato no fué tan lógico y ordenado como la primera vez: estaba molesto por la atención impertinente de los que me rodeaban. Por otra parte, me irritaba el deseo del director, de hacerme pasar por loco a toda costa. En medio de mi relato, el director se volvió a los estudiantes y les dijo:

—Llamo su atención, señores, sobre el hecho de que la vida, a veces, es más fantástica que la fantasía de un poeta. Si hubieran leído ustedes esto en la literatura, hubieran dicho que el autor disparataba. ¡Es muy fantástico!

—Naturalmente, comprendí bien su ironía. Me puse encarnado de vergüenza y de cólera, pero no dije nada.

—Continúe usted, se lo ruego. Le escucho, — dijo el director con voz amable.



—Continué mi relato.

De repente me hizo una pequeña pregunta inesperada.

—Dígame, ¿en qué mes estamos?

—En el mes de diciembre,— respondí, tras una corta vacilación, sorprendido por aquella pregunta.

—¿Y cuál era el mes precedente?

—El de noviembre.

—¿Y antes de noviembre?

—He de confesar que los últimos cuatro meses del año que terminan en "bre" los he confundido un poco. Y esta vez tuve un momento de vacilación para acordarme de qué mes precedía a noviembre.

—Sí, sí... no recuerda usted bien el orden de los meses — dijo el director, negligentemente, como de pasada, dirigiéndose más bien a los estudiantes que a mí. — Esto ocurre con frecuencia cuando el sistema nervioso está un poco trastornado... Bien, continúe usted... Le escucho...

—La cólera me ahogaba y no podía conservar ya mi sangre fría. Lo confieso, aquello fué en extremo imprudente. Quizá aquel acceso de cólera me iba a perder para toda la vida, pero la insolencia del director me puso fuera de mí, y le grité con furia:

—¡Idiota! ¡Imbécil! ¡Está usted más loco que yo!

—Le repito que esto fué bestial, un verdadero acto de locura por parte mía; pero, ¿si usted hubiera visto cómo me trataba!

—Hizo una señal con los ojos.

—Inmediatamente los enfermeros se arrojaron sobre mí por todas partes. Excitado por una cólera terrible, golpeé a uno de ellos. Me tiraron al suelo y me ataron.

—Esto se llama en patología "raptus", un impulso inesperado y muy violento, — oí decir con voz tranquila al director, en el momento en que los enfermeros me sacaban de la sala...

—Le suplico, señor subdirector, que compruebe todo lo que acabo de escribir. Si obtuviera usted la prueba de que todo ello es verdad, no hay más que una conclusión que sacar: que soy víctima de un terrible error. Y en este caso le ruego, le suplico, que me devuelva la libertad lo más pronto posible. Mi vida aquí se hace cada vez más insostenible. Los vigilantes, por orden del director, — que, como usted sabe bien, es un espía alemán, — ponen todos los días estricnina y otros venenos en el alimento de los enfermos. Estos brutos son extremadamente crueles; anteayer me atormentaron poniéndome sobre el vientre y sobre el pecho hierros candentes... En cuanto a las ra-

tas, estoy más que seguro que son igualmente..."

* *

—¿Qué es esto, doctor? — pregunté, devolviéndole el manuscrito. — ¿Esto es una mistificación? ¿La charla de un loco? ¿Se han comprobado los hechos expuestos por el autor de este manuscrito?

Una sonrisa amarga se dibujó en los labios del doctor Butinsky.

—Efectivamente, fué víctima de un error, — dijo, guardando el manuscrito en el cajón. — He encontrado al comerciante indicado por el pobre hombre. Su nombre es Sviridenko, esto es, que está combinado, en realidad, con las letras s, r, d y k. me confirmó todo lo que acaba usted de leer. Aún me dijo más: en la estación donde bajaron él y el estudiante de la Academia de Artes, por última vez, dejando al pretendido loco solo en el departamento, abusaron un poco del ron y decidieron continuar la comedia; habiendo perdido el tren, telegrafaron inmediatamente a la estación siguiente: "Hemos perdido el tren; quedamos Kivoretchky. Vigilar enfermo".

Rutinsky encendió un cigarro; tras una breve pausa continuó:

—Naturalmente, esta broma fué muy pesada. Pero, ¿sabe usted quién perdió completamente a

ese pobre hombre? El director de la fábrica "Herederos de Karl Wundt y Cia.". Cuando se le preguntó si había notado alguna vez algo anormal en la conducta de su antiguo ingeniero, respondió sin la menor vacilación, de modo afirmativo: "Sí: le consideré siempre como un anormal. Sobre todo en los últimos tiempos daba pruebas irrefutables de locura". Creo que el director quiso, sencillamente, vengarse de su antiguo empleado.

—Pero, siendo así, — exclamé muy emocionado: — si usted sabe todo eso, ¿por qué retener aquí a ese pobre desgraciado? ¡Libérete usted, y si no puede hacerlo por sí mismo, haga lo posible por poner fin a esta injusticia irritante!

El doctor se encogió de hombros.

—No ha leído usted las últimas líneas de su manuscrito? El régimen estúpido de nuestras clínicas ha hecho lo suyo: hace un año que ese hombre está reconocido como incurable. Primero fué la manía persecutoria... ahora, ha caído en el cretinismo...

ALEJANDRO KUPRIN.

(Continuación de la pág. 7) REMINISCENCIAS DE TIEMPO DE GUERRA

presentación para un primo suyo que acababa de ser nombrado secretario de la Embajada francesa en Suiza, y desde ese instante todas las puertas se abrieron. El Embajador me recibió y me llamó "cher Monsieur" y "ami de la France". El cónsul de Lausanne, me visó el pasaporte y me dió una carta especial para las autoridades de la frontera y yo llegué a París casi triunfalmente, a ese París que me había rechazado durante tres meses como un sospechoso, un indeseable.

Antes de partir de Suiza había recibido dos cartas que debían tener gran importancia para mis futuros trabajos de correspondencia. Una era de Gómez Carrillo, que me pedía le señalara una de mis correspondencias, para incluirla en un pequeño

volumen que debía publicar por encargo de algún editor con el título de "Voces de la América Latina". La otra era de M. Armand Petijeau, en esos momentos ocupado en la sección de informaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores que con el nombre de "La Maison de la Presse" había fundado un verdadero establecimiento para uso y servicio de los corresponsales extranjeros.

Debo a M. Petijeau, antiguo residente en Chile, donde su familia tiene una posición respetable, los mayores servicios, las más afectuosas atenciones y en realidad, casi exclusivamente a él y a don Luis de Cazotte, todas las facilidades que pude, por fin, hallar en Francia para mis viajes, visitas al centro, informaciones, etc.

Era muy fácil entonces ser corresponsal a condición de servir a algún gran diario, americano o brasilero o de cualquier país de Europa. Era también fácil ser corresponsal si uno se avenía a quedar más o menos a sueldo de la propaganda francesa. Pero corresponsal de un diario cuyo nombre sonaba a des-

conocido a los funcionarios franceses, de ordinario en extremo ignorantes de todo, lo que ocurre más allá de las fortificaciones de París, corresponsal no inscrito en los registros de las burocracias de plumarios pagados para escribir, traducir, agitar, infundir, no era entonces una posición fácil.

M. Petijeau, movido por don Luis de Cazotte, pronunció mi nombre por vez primera en las oficinas del Ministerio cuando se pidió que me dejaran entrar a Francia, explicó por primera vez lo que yo había hecho, y seguía haciendo con mis correspondencias, enviadas durante los años 14 y 15 desde París y desde Londres, hizo saber por qué razones de salud había tenido que ir a pasar una temporada en Suiza, y lo gró que el mundo burocrático, donde parece que se retinan de ordinario, los únicos ciudadanos franceses que no son inteligentes, creyera y aceptara.

A mi llegada a París, mis dos amigos habían hecho mi situación más que fácil, agradable.

CARLOS SILVA VILDOSOLA.

putados dirigían la campaña de oposición, sentados el uno al lado del otro, don Zorobabel Rodríguez y don Isidoro Errázuriz. Haciendo un salto retrospectivo, le preguntamos a don Joaquín:

—Desearíamos conocer sus recuerdos de la Guerra del Pacífico, que a usted, si no nos es infiel la memoria, le sorprendió lejos de su tierra.

Hace un instante caudal de sus recuerdos y nos responde él:

—En efecto, me sorprendió en el extranjero. A principios de aquel año, los primeros días de enero, salí yo para el Perú, con el objeto de llevar a Jauja a una cuñada mía, que estaba en La Paz, con su hermano Francisco Valdés Vergara. Nos reunimos en Mollendo y salimos para Lima. Allí me encontraba cuando se hizo pública la controversia de nuestro Gobierno con el de Daza.

La prensa peruana se apasionó desde el primer momento en contra nuestra, sobre todo con la noticia del arribo del Blanco Encalada a Antofagasta. Aquella atmósfera, que todos los chilenos que estábamos en Lima apreciamos como precursora de una guerra, me obligó a quedarme en esa metrópoli con mi enferma, en espera de los acontecimientos.

Nuestro Ministro, don Joaquín Godoy, no tenía entonces ni secretario; había sido suprimido en el Presupuesto por economías, que tan angustiosa era entonces la situación económica del país. Algunos chilenos acudíamos a ayudarle en lo posible: don Bernardo Irrarrázaval, Abelardo Núñez y yo llegábamos a diario a su oficina. Al mismo tiempo nos reuníamos en casa de don Benicio Alamos González, con don Rafael Vial, que había vivido muchos años en el Perú, que había fundado muchos diarios y formado muchos periodistas, y escribíamos para la prensa peruana. Yo propiamente sólo redactaba las ideas que me daba don Rafael Vial. En un principio, había un periódico, de que era propietario un señor Zegers, que recibía cuanto le enviábamos; después exigió la firma del señor Vial en todos los artículos. El viejo periodista ponía bondadosamente su firma a cuanto escribían bajo su inspiración los demás.

Los acontecimientos se precipitaron; la guerra se vino encima y, en vez de ir a Jauja, debí yo regresar a Chile, en los últimos días de marzo. Al salir me hice cargo de una comisión, de que habla en su historia don Gonzalo Bulnes.

En efecto, refiere el señor Bulnes, en su "Historia de la Guerra del Pacífico", aunque no estudiado a la luz de una documentación completa de que acaso no dispuso, este interesante episodio, poco conocido y que acaso pudo ser decisivo en el destino de la guerra de 1879.

Pero oigamos como nos lo refiere don Joaquín, puntualizando todos sus antecedentes y consecuencias:

—Tenía listo don Joaquín Godoy un grupo de individuos chilenos, que habían vivido muchos años en el Perú y adquirido el acento peculiar del país, y había encomendado a un caballero que los condujera a Arequipa y Puno, a fin de vigilar el movimiento de tropas bolivianas, que era inminente, y que comunicaran los detalles a Santiago. En el último momento aquel caballero flaqueó en sus propósitos; y al ver yo la contradicción en que se encontraba el señor Godoy, me ofrecí para reemplazarlo.

—¿Y qué hace usted con su cuñada?—me dijo Godoy.

—Pues la llevo a buscar temperamento a Arequipa en vez de Jauja,—fué mi respuesta.

Y, en efecto, la llevé, premuniéndome de muchas cartas de recomendación.

Tocóme llegar a Arequipa el mismo día en que se acordaba la declaración de guerra en nuestro Consejo de Estado, y que por una indiscreción se hizo pública. Junto con bajarme del ferrocarril y dirigirme a un hotel, sentí el repique general de campanas en toda la

ciudad: la gente corría por las calles acudiendo al toque de rebato. En la puerta del hotel vinieron a saludar a mi cuñada don Samuel Valles Vicuña y don Manuel José Vicuña, que vivían en Arequipa consagrados a negocios de minas. Por ellos supe la declaración de guerra, y encontrándonos en el hotel en una situación bastante incómoda, sobre todo para don Manuel José Vicuña, porque había vivido muchos años en la localidad y aun mezclándose en la política interna, lo que le había concitado enemigos numerosos, se pensó en lo que estaría ocurriendo en la plaza y en los caracteres que aquel movimiento popular tomaría; y como yo arribaba en ese momento a la ciudad y no era de nadie conocido, me fuí a la plaza, me mezclé a la multitud y pude llevar a mis paisanos la poca grata noticia de que el pueblo pedía armas al prefecto y que, además, le pedía la cabeza de todos los chilenos que allí residían. En la noche me vi con el cónsul y le entregué las comunicaciones cifradas que llevaba del señor Godoy, dejándole dos individuos de los de mi comitiva de chilenos que hablaban como peruanos.

Al día siguiente, don Manuel Vicuña, que era un hombre tan inteligente como vehemente patriota, me habló de la conveniencia de que siguiera mi viaje hasta Puno y que procurara tener una entrevista con el general Corral, caudillo boliviano, que había escapado a las garras de Daza pocos meses antes y que debía estar, por consiguiente, irritado con él, como debía estarlo con el Presidente Pardo, del Perú, porque le había hecho notificar que debía alejarse de la frontera boliviana.

El señor Vicuña me exployó un proyecto de inteligencia con el partido de Corral, sobre la base de que éste derribara a Daza. La ulterior perspectiva del plan llegaba hasta ofrecer a Corral apoyo para que diera salida al mar a Bolivia por el valle de Arequipa.

Tenía yo veinticinco años en esa fecha y no fué difícil que me apasionara del proyecto de un hombre tan patriota y tan elocuente como era don Manuel Vicuña. Y, sin más que una carta de presentación suya, para el general boliviano, me lancé al interior, en medio de aquella agitación producida por la declaración de guerra.

Encargando a mis paisanos a mi cuñada, pues no podía saber qué suerte iba a correrme, y entregando a ella las claves y documentos que me acreditaron ante los cónsules del camino, tomé el día 5 de abril, a las 7 u ocho de la mañana, el tren de Arequipa a Puno, que hacía en esa época el viaje en dos días, porque pernoctaba en Vincoacalla, a catorce mil y tantos pies de altura.

El carro de pasajeros estaba dividido en dos compartimentos: de primera y de segunda clase. Aquél constaba sólo de dieciocho asientos, y todos iban ocupados, a excepción de dos. Los ocupantes quedábamos, dada la configuración del carro, en una aproximación nada conveniente para la situación en que me encontraba.

Comenzó el viaje y yo ahí abrí mi libro para no verme obligado a terciar en una conversación que se hizo inmediatamente gene-

ral, y cuyo tema, naturalmente, era la declaración de guerra de Chile al Perú.

—“Ya a estas horas estará bloqueado Iquique”, dijo una voz. —“Y como consecuencia lógica, contestó otra voz más enérgica, en quince días más estará bombardeado Valparaíso”.

Todos los rostros se volvieron hacia el caballero que tan halagüeña expectativa señalaba, y él amplió su pensamiento pintando las condiciones de superioridad que caracterizaban a la escuadra peruana sobre la chilena. Describió al “Manco Capac” y al “Atahualpa” como poderosos blindados que darían cuenta fácilmente del “Blanco” y del “Cochrane”.

Miré yo al orador que expresaba ese convencimiento, que había oído en Lima expresar a muchas personas ilustradas y que revelaba el sentimiento de confianza que dominaba en los hombres dirigentes del Perú, y reconocí en él al senador Luna.

Nada me gustó este reconocimiento, porque a aquel senador había sido presentado en Lima. La conversación general, con variantes sobre el mismo tema, continuó y yo me hice mi composición de lugar: antes de mucho, pensé, va a llamar la atención mi silencio o me va a interrogar alguno por cualquiera incidencia de viaje, y, en mi acento, reconocerán la nacionalidad. Resolví, pues, no negarme y dar francamente mi nombre; por una precaución, que entonces reconocí había sido conveniente, llevaba en mi bolsillo las cartas de recomendación que en Lima me dieran y en las cuales constaba que viajaba en busca de salud para mi cuñada.

No tardó mucho tiempo sin aclararse la situación que preveía. A la media hora de partir de Arequipa, se detuvo el tren en una pequeña estación, cuyo nombre no recuerdo, y, a poco, todos se preguntaban por qué no continuaba la marcha, hasta que alguien recogió del conductor esta explicación:

—Está detenido el tren por orden telegráfica de la Prefectura de Arequipa.

Como era natural, yo me pregunté: ¿será para sacarme a mí? Algunos minutos más tarde se anuncia un carro de mano, que venía de Arequipa. De este carro de mano saltaron dos personas en traje civil, no los gendarmes que yo esperaba pudieran venir en mi busca. Penetraron al carro las dos personas, y una de ellas pidió excusas por haber demorado un tanto el viaje de los pasajeros; había perdido el tren y obtenido que se le condujera hasta alcanzarlo; era el vizeconde de San Juanario, acompañado de su secretario, que viajaba por alguna misión especial del Portugal e iba en esta ocasión a Bolivia.

Continuó el tren su marcha y un caballero que se sentaba en un asiento próximo al mío me dice con mucha amabilidad:

—Nosotros sabíamos, señor, que este Ministro portugués debía tomar el tren, y como la única persona desconocida para nosotros era usted, lo habíamos considerado hasta este instante como el enviado portugués. Era mi momento solemne y debía yo abordar la situación. Dije al caballero que me interrogaba, quién era, por qué había venido a Arequipa y cómo, sorprendido a

mi llegada con la noticia de la guerra, había resuelto internarme hasta Puno, para buscar allí un temperamento para mi cuñada, porque dado el carácter efervescente de los arequipeños, acaso los chilenos se encontrarían en malas condiciones durante el desarrollo de los acontecimientos que podían sobrevenir. En medio de la conversación dije a mi vecino que no había alcanzado a presentar mis cartas en Arequipa; y, al efecto, le mostré las que llevaba: la mayor parte eran para personas de su conocimiento íntimo. Me dió su nombre, que era Lajara, hermano de la señora de don José Miguel Valdés Carrera.

Aquel culto caballero me hizo todo género de ofrecimientos y me pidió excusas por la libertad con que habían estado hablando sobre Chile.

Momentos después, el señor Lajara se acercó a los demás pasajeros; las miradas se volvieron hacia mí y el senador Luna se vino a mi asiento a reiterarme las excusas por la manera que había hablado,



En su parque de Nuñoa, en la chacra Placilla, que sus amigos le obsequiaron el día del primer aniversario de la batalla de Placilla, a la cual dieron este nombre como un recuerdo de su actuación en las jornadas parlamentarias que precedieron a la revolución y en la campaña de Iquique a Santiago.

sin sospechar que estuviera presente un chileno. Naturalmente, yo repetí al señor Luna las razones que me hacían salir de Arequipa para buscar donde establecerme en el interior; y con una amabilidad, que aún la agradezco, me dijo:

—En Puno, o en cualquier pueblo en que usted se sitúe, va a encontrar molestias durante la guerra. Nuestro Gobierno, por cierto, no le molestará, porque nosotros no expulsaremos a ningún chileno del territorio. Así es que, para que usted esté tranquilo y atiende a la salud de su cuñada, yo le ofrezco mi hacienda, a la cual ahora me dirijo, y que está situada a algunas horas antes de llegar a Puno. Insistió tanto en el ofrecimiento y en sus exigencias porque en lugar de seguir mi viaje hasta Puno me detuviera en su propiedad para cerciorarme del buen alojamiento que quería ofrecerme, que hube de aceptarle, confiando a recursos posteriores la manera de excusar lo anterior, para llegar a mi entrevista con el general Corral.

La cultura social de los peruanos se me reveló tal cual es, en el resto del viaje: no oí una sola palabra más sobre la guerra. Entre las personas que en seguida me hicieron manifestaciones de urbana cortesía se encontraba un señor Lemoine, cuñado también de otro chileno, don Ramón Sotomayor Valdés.

En la noche de aquel primer día de viaje dormimos en un hotelillo, que era más bien una carpa con departamentos divididos por tabiques de lienzo empapelado y en cada uno de los cuales había cuatro camas. Ibamos a dormir, pues, los dieciocho viajeros en un contacto estrechísimo. Y, como la mayoría de ellos, estaba afectada por la puna y yo tenía de joven el grave inconveniente de hablar dormido, surgieron mis temores de revelar cuanto pasaba por mi mente, preocupada de la primera misión diplomática que me tocó desempeñar en la vida. Así es que procuré velar lo mismo que los que se encontraban afectados por el so-roche.

En la tarde del segundo día de viaje llegué a Puno y me dirigí a un hotelito que me indicara don Manuel Vieuña al salir, de que era propietario un chileno, que después sirvió mucho en la guerra del Pacífico: don Adelaido Pozo. Inmediatamente comuniqué a éste la necesidad en que me encontraba de hablar con el señor Corral y le pedí que fuera a sondear su ánimo. Pozo, como hotelero de pueblo pequeño, tenía relaciones con todos los que llegaban a la localidad, y acentó gustoso el cometido.

Esa misma noche me recibió el general Corral en un dormitorio interior de su casa, a la que fui introducido por una puerta excusada.

Desde el primer instante me sentí alentado, porque el general principió por darme excusas sobre la manera como me recibía, pero lo obligaba a ello la circunstancia de vivir espionado allí por el prefecto del departamento.

Sería largo referir a usted los detalles de aquella entrevista. Después de entregarle la carta con que me presentaba don Manuel Vieuña, me habló con elogio de don Carlos Walker, de don Benjamín Vieuña Mackenna, de don Eulogio Altamirano y de otros chilenos.

Entrando yo al fondo de la cuestión que me había llevado a buscarlo, le esbocé el plan de Manuel Vieuña, que tenía como ulterior perspectiva la extensión de Bolivia hasta el Pacífico y el establecimiento de su capital en Arequipa. La idea cayó en buen terreno. Corral me manifestó su buena dis-



Con sus hijos, hijas, yernos, nueras y nietos.

posición para entenderse con Chile. Me habló con calor en contra del Presidente Daza y del Presidente Prado. Me pintó los estragos del Gobierno del primero y se quejó amargamente del segundo, que le había notificado que saliera del Perú, porque temía que estuviera tramando una revolución contra el Gobierno boliviano. Sólo me hizo una objeción: —¿Qué carácter oficial tiene usted para que hablemos de estas cosas? — Ninguno, general, le contesté; pero como usted tampoco tiene un carácter oficial en su país, no podría mi Gobierno enviar a usted un agente autorizado mientras no actúe de alguna manera dentro de su patria.

En definitiva, para no ser prolijo, convinimos en que el Gobierno de Santiago le formalizara proposiciones y se las enviara por conducto de don René Moreno o de don Luis Salinas, bolivianos entonces residentes en Chile.

Regresé a la mañana siguiente a Arequipa y me encontré con que la situación era imposible para los chilenos. Don Manuel Vieuña y los más conocidos se habían refugiado en casa de Mr. Sondec, ciudadano americano, contratista del ferrocarril de Mollendo a Puno. Y esa misma noche Mr. Sondec nos puso un tren y a la mañana siguiente nos embarcamos en el "Rimac", vapor de la Compañía Sud Americana, que

sus familias que aguardaban nuestro vapor desde días anteriores, hacinados en lanchas y allí entados por los buques de nuestra escuadra. Se les colocó como fué posible en puentes y bodegas, y no podía abrirse una puerta de un camarote sin remover a los infelices tendidos delante de ellos.

En Iquique fuimos, naturalmente, algunos chilenos a la nave almirante, y encontramos almorzando al almirante Williams, a don Rafael Sotomayor y al Estado Mayor de la Escuadra. Conocí allí a Prat, que ocupaba el último asiento en aquella nave, cuarenta y cinco días antes del momento en que en esa misma bahía había de pasar del último asiento al primer lugar de nuestra historia.

Recuerdo que, después de haber recibido algunos encargos de don Rafael Sotomayor y telegramas que debía poner al Gobierno, desde Antofagasta, me llamó aparte el joven Prat y me habló largamente, no de las operaciones bélicas, sino de la cuestión económica que iba a crearse con motivo de la suspensión del embarque del salitre. El tino y discreción con que me habló me causaron una verdadera sorpresa, y me vine recordando al inteligente marino que así me regalaba sus distinguidas dotes intelectuales.

Al llegar a Santiago fui recibido por don Aníbal Pinto y el Gabinete Prats, que ese mismo día presentaba su dimisión. Comuniqué al Presidente los pasos que había dado en Arequipa, mi entrevista con Corral, entregando un memorial al Ministro de Relaciones Exteriores, que era en esos momentos don Alejandro Fierro.

Algunos días después, y organizado el nuevo Ministerio, el Gabinete Varas, fui llamado por don Aníbal Pinto, que me habló con sumo interés de la entrevista con Corral y me pidió que buscara al día siguiente al Ministro Santa María. Lo hice así: expliqué todo lo que antes he contado a usted, con muchos detalles, a don Domingo, y me pareció que había cogido la idea de entenderse con los bolivianos, aun en aquellos momentos tardíos; pero no supe más hasta que se hizo público en el país que don René Moreno había llevado a Daza proposiciones del señor Santa María, y que Daza las había entregado a Prado en Taena.

El señor Santa María, acaso creyendo dar un golpe más eficaz, trocó los frenos; y, en lugar de enviar al señor Corral el emisario que él mismo había pedido, el señor Moreno, lo encaminó directamente hacia Daza, que tenía compromisos con el Gobierno del Perú y del cual había sido hasta ese momento un dócil instrumento para preparar la guerra del Pacífico.

En la próxima parte de estos recuerdos, hablaré don Joaquín Walker de la Revolución de 1891, de sus misiones diplomáticas, de los incidentes con Argentina en 1898, etc., etc.

"CHILE MAGAZINE"

La Revista para Todos

:: ARQUITECTURA - PINTURA ::
 ESCULTURA - MUSICA - SPORT
 :: INTERIORES - ETC. - ETC. ::

Número suelto \$ 1.50

Suscripciones:

Anual 15.00

Semestral 8.00

PUBLICADA POR LA
 EMPRESA ZIG-ZAG

TEATINOS 666

SANTIAGO

Dirección postal: CASILLA 84-D

SANTIAGO - CHILE

(Continuación de la pág. 9)

VUELVE POR UN QUESO!

merced, anoche...

El viejo no comprende al principio; hay en su gesto un comienzo de asombro; pero de pronto recuerda y su mano arrugada se aferra a la cachá de su bastón. Un terror animal, primitivo, estrangula su voz.

—Evarista, Carmen, Abdón!!

Dentro de Juan Sapo se retuerce contorsionado el diablillo de la alegría, como un zorro cogido en una trampa.

Aparecen sucesivamente dos viejas y un muchachito desgredado, con cara atontada.

—A buscar un queso a la bodega; pero no ilaten, por Dios; no ilaten. Es una manda...

Y desolado empuja a las viejas para que se den prisa.

Juan Sapo, imperturbable, mueve con misterioso tintineo, la única espuela, símbolo de su siniestra personalidad; el viejo, aterrorizado, constata por esto la identidad innegable del Satanás de la sierra.

Vuelven las viejas en un segundo. Ya se ha corrido por la casa que el diablo, conjurado la noche anterior en el rosario, ha venido a cobrar el queso que se le ofreció!

Juan Sapo ha bajado la vista. Teme que aparezca algún conocido entre los sirvientes del fundo y destruya el éxito de su travesura.

Recibe, por fin, el enorme queso, de agrio olor y dura corteza.

—Dios se lo pague, su merced...

—Cuando se le ofrezca, señor, tiembla, ahogada, la voz del viejo.

Y apenas Juan Sapo ha doblado la esquina de la casa, entre un concierto de ladridos, las manos de todos, como hipnotizadas, se persignan varias veces seguidas con devota unción.

El astuto Juan Sapo se mete por un descampado, espoleando al caballo.

—La Peta tiene queso pa too el invierno...

Mientras, on Juan Trejo, aún temblando, piensa en el queso que se le va y en ese Diabli que invoca a Dios para favorecer el obsequio.

—Pa otra vez ofrécele un pan, aconseja, con sentido práctico, doña Evarista.

—¿Querís callarte, vieja lesa? Queso es lo que manda el conjuro, replica el viejo, asustado.

MARIANO LATORRE.

(Continuación de la pág. 18)

L' HISTORIA DE LOS RECORDS

vez y llegando hasta los 203 por hora. Ese fué el record de 1913.

1914 vió pocas tentativas. La guerra vino a detener las actividades civiles, y el 1.º de agosto encontró a la aviación sin ningún nuevo record de velocidad. Después, los constructores sólo se dedicaron a hacer máquinas de combate. Los pilotos estaban todos en las filas y sólo de vez en cuando hablábase de algún record, casi siempre de altura, más interesante personalmente para el piloto, que los de velocidad. Por lo demás, la Federación Aeronáutica estaba deshecha y no había institución que controlase ninguna prueba oficial. Sin embargo, sabíase por los ensayos privados que las máquinas eran cada vez más rápidas, y en forma oficiosa podía conocerse que los grandes jefes pilotos de las fábricas francesas,—Sadi Lecointe, el mismo Page, Casale y tantos otros,—habían pasado los 250 kilómetros fácilmente y se acercaban a los 300. Los aviones más rápidos eran los Spad-Herbemont y Nieuport, en Francia; los Fokker, en Alemania; el Verville-Packard en Estados Unidos, y los Bristol y Sopwith, en Inglaterra. La guerra terminó, pero aún pasó un tiempo antes de que los records volviesen. 1919, que fué el primer año de actividad civil, marcó, sin embargo, una performance envidiable: 252 kilómetros, por Sadi Lecointe, sobre Spad, disputando la copa Deustch. Vino después

la preparación de la primera Gordon Bennet post-guerra y aquel piloto, Casale, Kirch y De Romanet comenzaron a prepararse.

El 28 de septiembre del año pasado, en Etampes, corriase la prueba sobre una pista de 100 kilómetros que era necesario cruzar tres veces. Triunfó en ella Sadi Lecointe, el popular piloto francés, a bordo de un pequeño biplanito Nieuport, motor Hispano-Suiza 300 caballos, realizando 271 kilómetros a la hora. Pero no contento, el 10 de octubre elevaba esa cifra a 296, y el 20 pasaba por primera vez los 300 kilómetros, realizando 302 en Villacoublay. De Romanet se preparaba entre tanto a batirlo, debiendo para ello, según los nuevos reglamentos, sobrepasar en un minimum de 4 kilómetros la velocidad anterior. Conviene decir también que los nuevos tiempos se establecen sobre 1 kilómetro que el aviador debe pasar cuatro veces, tomándose el término medio.

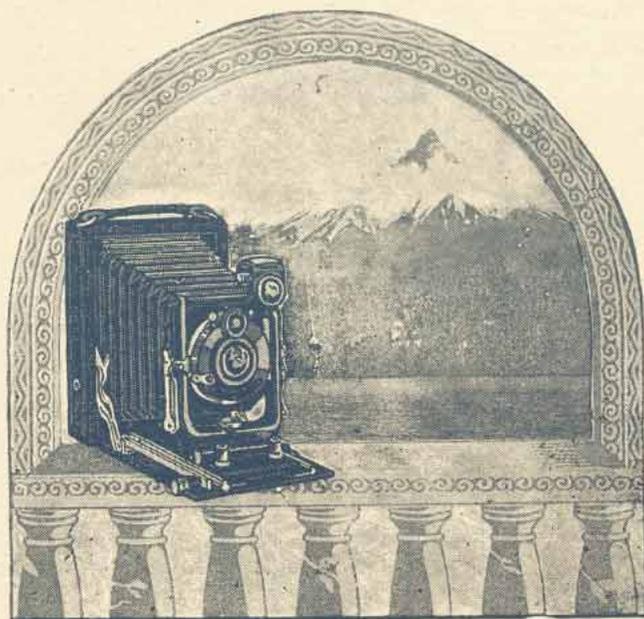
En los primeros días de noviembre, De Romanet consiguió su record, haciendo 309 kilómetros en su Spad-Herbemont construido en la casa Bleriot bajo la dirección de Herbemont, un joven y maravilloso ingeniero. Como dato interesante puede darse el de que, en una de sus cuatro pasadas, la máquina hizo 321 kilómetros de término medio.

El año no terminó así. Y el 12 de diciembre Sadi Lecointe en una nueva máquina cuya característica principal consiste en que el piloto va absolutamente encerrado, mirando hacia afuera sólo por unas ventanillas laterales, para disminuir aún la resistencia al avance, el record era elevado a 313 kilómetros. Así cerró 1920.

Y no hace muchos días el cable ha comunicado una nueva tentativa y un nuevo triunfo. De Romanet y su Spad han vuelto a triunfar, y el record se ha elevado hasta 319 kilómetros.

¿Hasta dónde se llegará? Es difícil decirlo. El ingeniero Herbemont afirma de que antes de finalizar 1921 se habrán sobrepasado los 400 kilómetros. Y el avión es ya y será cada vez más, el medio de transporte más rápido del mundo.

C. F. B.

**HANS FREY**

Valparaíso — Santiago — Concepción

La casa especialista más antigua y más renombrada de la Costa del Pacífico en

Artículos Fotográficos

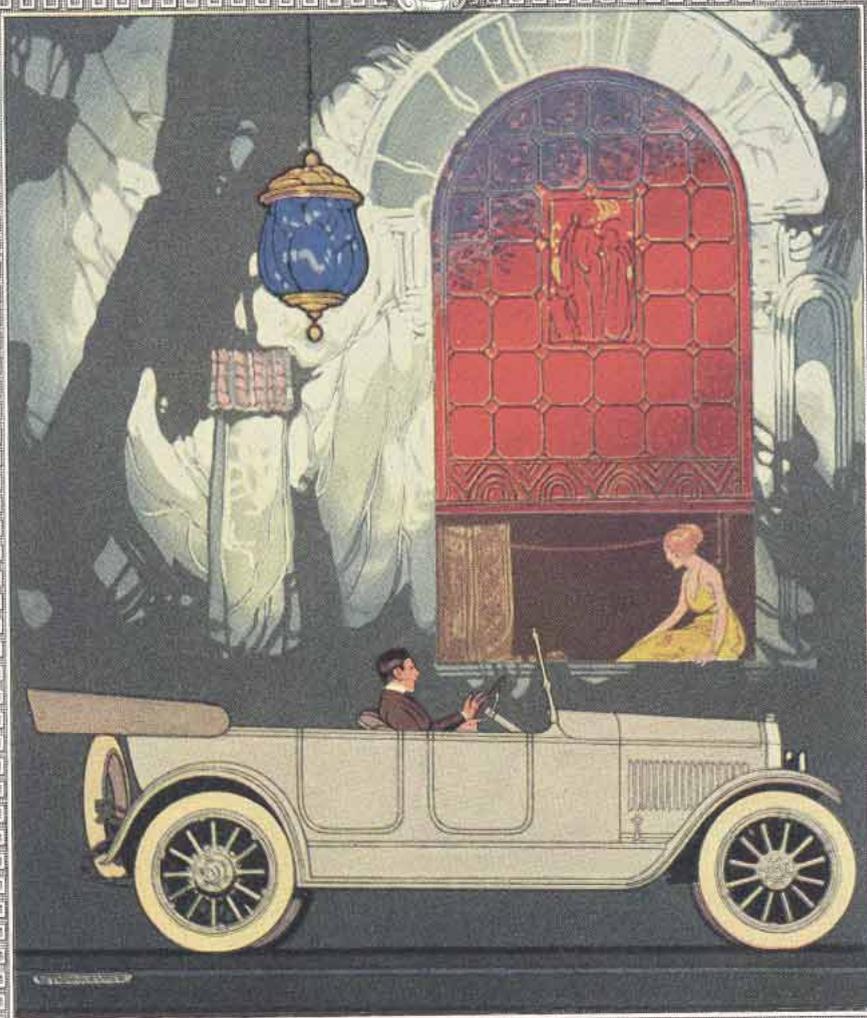
Aparatos de Proyección y de Cinematografía especiales para biógrafos y el HOGAR

A PESAR DEL ENORME RECARGO DEL ORO, OFRECEMOS UN LOTE DE APARATOS FOTOGRAFICOS EN "MONEDA CORRIENTE" Y A PRECIOS QUE REPRESENTAN UNA VERDADERA OCASION. APROVECHE USTED Y PIDA HOY MISMO NUESTRA LISTA ESPECIAL NUM. 106-B. A CASILLA 958 VALPARAISO.

GENERAL MOTORS



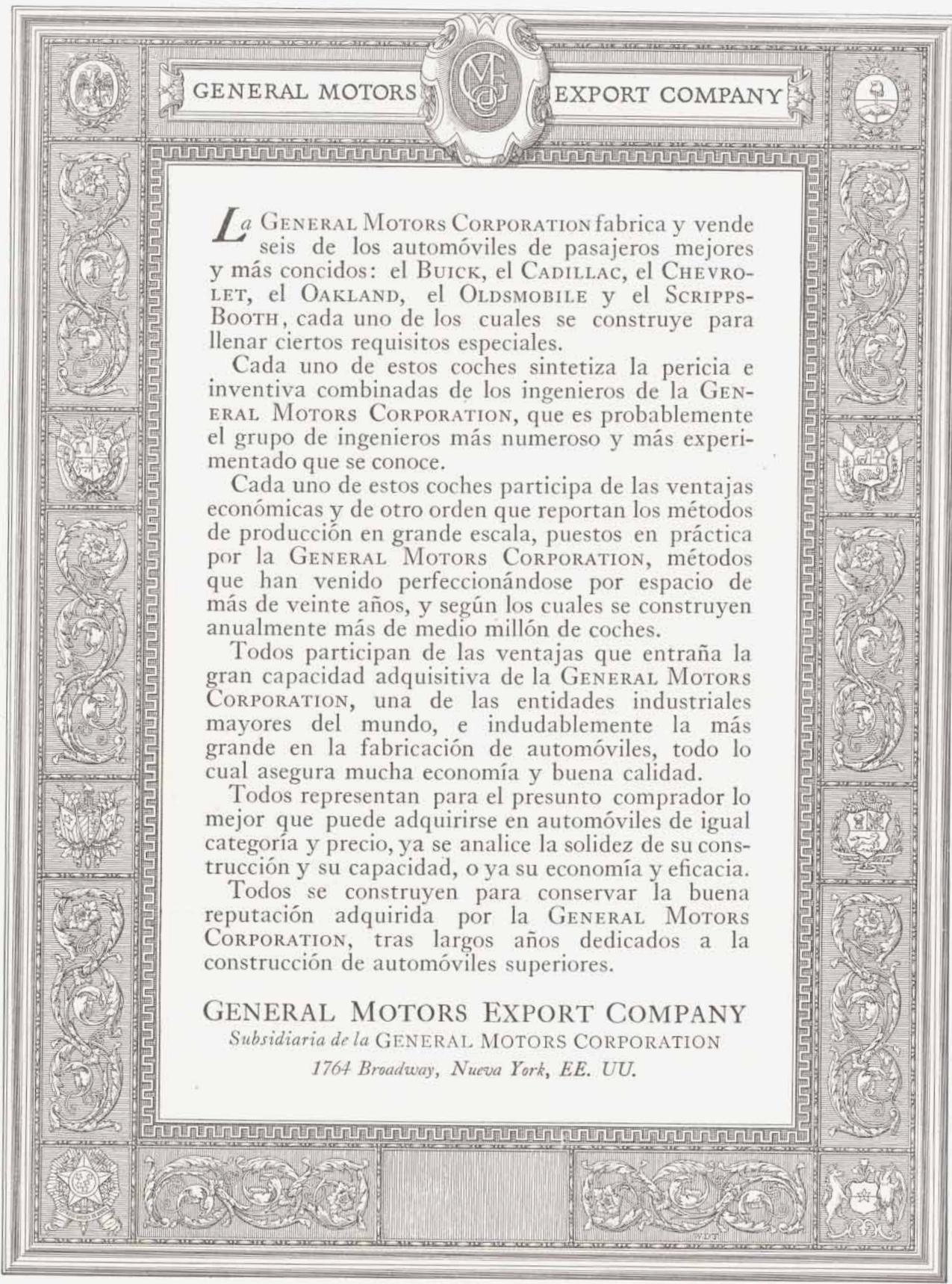
EXPORT COMPANY



El SCRIPPS-BOOTH

reune toda la originalidad y elegancia de los coches de mayor precio, con la economía de costo y conservación características de los automóviles pequeños. Es éste el coche ligero de lujo, cuyos detalles reflejan el buen gusto y acertado criterio de su dueño.





GENERAL MOTORS

EXPORT COMPANY

*L*a GENERAL MOTORS CORPORATION fabrica y vende seis de los automóviles de pasajeros mejores y más concidos: el BUICK, el CADILLAC, el CHEVROLET, el OAKLAND, el OLDSMOBILE y el SCRIPPS-BOOTH, cada uno de los cuales se construye para llenar ciertos requisitos especiales.

Cada uno de estos coches sintetiza la pericia e inventiva combinadas de los ingenieros de la GENERAL MOTORS CORPORATION, que es probablemente el grupo de ingenieros más numeroso y más experimentado que se conoce.

Cada uno de estos coches participa de las ventajas económicas y de otro orden que reportan los métodos de producción en grande escala, puestos en práctica por la GENERAL MOTORS CORPORATION, métodos que han venido perfeccionándose por espacio de más de veinte años, y según los cuales se construyen anualmente más de medio millón de coches.

Todos participan de las ventajas que entraña la gran capacidad adquisitiva de la GENERAL MOTORS CORPORATION, una de las entidades industriales mayores del mundo, e indudablemente la más grande en la fabricación de automóviles, todo lo cual asegura mucha economía y buena calidad.

Todos representan para el presunto comprador lo mejor que puede adquirirse en automóviles de igual categoría y precio, ya se analice la solidez de su construcción y su capacidad, o ya su economía y eficacia.

Todos se construyen para conservar la buena reputación adquirida por la GENERAL MOTORS CORPORATION, tras largos años dedicados a la construcción de automóviles superiores.

GENERAL MOTORS EXPORT COMPANY

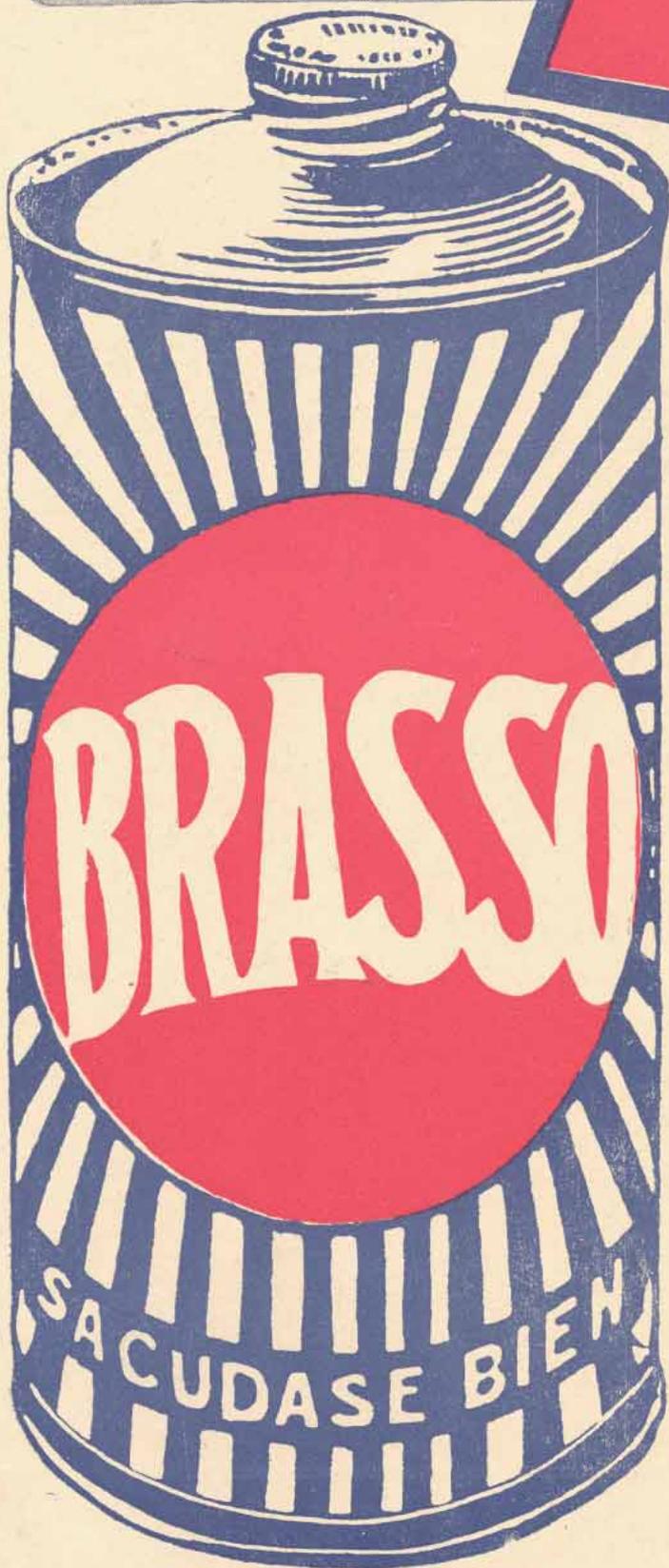
Subsidiaria de la GENERAL MOTORS CORPORATION

1764 Broadway, Nueva York, EE. UU.



Para distraerse los
Cigarrillos
“CABANAS”
SON LOS MEJORES

BRASSO



El mejor
Líquido
para limpiar
Metales